

Guillermo Thorndike

# HEROE DE JUANJUI

Jorge Cieza Lachos

De la Escuela  
de Guardias a  
Capitán y  
Mártir de la Patria

Fernando Flores-Araoz G. • Editor  
PANAL DE COMUNICACIONES S.A.

Guillermo Thorndike

**Jorge Cieza Lachos,  
Héroe de Juanjuí**

De la Escuela de Guardias  
a capitán y mártir de la Patria

Fernando Flores Araoz, editor  
Panal de Comunicaciones S.A.

Primera edición, 1998

Un aporte de Empresa Minera Retamas  
a la historia de los héroes  
del Perú contemporáneo

ISBN

*Biblioteca Nuestros Héroes*  
*Jorge Cieza Lachos, héroe de Juanjuví*  
© 1998, Guillermo Thorndike Losada  
*thorlos@mail.cosapidata.com.pe*

© de la presente edición  
Guillermo Thorndike y Fernando Flores Araoz, editor  
© Panal de Comunicaciones S.A.  
242-4327 242-4328

*Impreso en el Perú*  
*en los talleres de UNIGRAF S.A.*  
*\* San Pedro 956, Surquillo*  
*Lima 34, Perú*

Con la colaboración y participación  
de la Facultad de Comunicación Social  
de la Universidad San Martín de Porras

*Para Andrés Marsano Porras  
y su noble obsesión, el Perú.*

*A la memoria de su abuelo  
el coronel Andrés A. Cáceres  
héroe de Tarapacá, Alto de la Alianza,  
Chorrillos, Miraflores  
y la campaña de La Breña*

*Ser en la Vida un ejemplar de vida,  
¡y, entonces esperar a que la Muerte  
tenga el orgullo de vencer a un hombre!*

José Galvez, «Profesión de Fe»

*... Y los llamarán cuando la próxima guerra esté lista.  
...Millones de nombres demasiado numerosos para ser escritos en  
una sola tumba,  
Los héroes, la carne de cañón, los objetivos vivientes,  
Los mutilados, los muertos sagrados,  
El pueblo, sí, el pueblo.*

Carl Sandburg, «The People, yes»

# 1

## El último viaje del teniente Cieza

EL JUEVES 8 DE OCTUBRE DE 1987, exactamente veinte años después de la muerte del Che Guevara en Bolivia, una pequeña fuerza subversiva atacó la ínfima guarnición de Tabalosos, a un paso de Lamas y a diez kilómetros de Tarapoto, la ciudad más importante del departamento de San Martín. Sumaban treinta y uno. Usaban uniformes verde olivo con botas de jebe negras y en el brazo izquierdo un brazalete rojo en el que se descifraba el emblema de su organización: MRTA. Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Ninguno pasaba de cuarenta años. Los había de dieciocho o menos. Al revés de la escuálida guerrilla del Che Guevara, se les veía macizos, bien alimentados. Traían el pelo largo, con gorras de diversos colores. Manejaban sus FAL con pericia y parecía sobrarles cartuchos. La sorpresa dejó malheridos a cuatro guardias defensores del pobre domicilio de la Guardia Civil. Las autoridades consiguieron escapar por las huertas al monte. Tres policías cayeron prisioneros. Al rato los atacantes dinamitaban los edificios públicos. Otro guardia civil quedó despedazado en los escombros.

Tabalosos contenía el aliento. La prosperidad de la comarca del río Mayo que bajaba a encontrarse con el Huallaga, dependía de la cosecha de los cicales que el gobierno y la comunidad internacional ansiaban destruir. En verdad, la coca de San Martín y las fabulosas cosechas del vecino territorio de Huánuco, no tenían relación con el antiguo Perú, para cuyos pueblos había sido un arbusto sagrado. En esa parte del país, nadie chacchaba para preguntar como sería el futuro, dulce o amargo. La hoja reunida por traqueteros y acopiadores del Mayo y Huallaga terminaba en grandes piscinas llenas de coca macerada con ácido sulfúrico hasta producir una masa pestilente a la que agregaban lejía y kerosene. El producto: pasta básica de cocaína, más conocida por sus siglas, PBC. El kilo de pasta sucia llegaba a trescientos dólares. Una fortuna para la población rural. Lavada con acetona y prensada, el precio subía a mil. Del Perú pasaba a Colombia a refinarse con ácido clorhídrico y a veces con éter. Se cotizaba a cuatro mil. Puesta en Estados Unidos, veinticinco mil. Al menudeo rendía doscientos mil. El mejor negocio del planeta. Sólo el Alto Huallaga y el Mayo exportaban semanalmente varias toneladas de PBC. Las cuencas del Huallaga y el Marañón abastecían posiblemente a la quinta parte del mercado mundial de cocaína.

Siete años antes, los campesinos se habían sublevado contra una campaña nacional para quemar cicales. En el Alto Mayo, pasando la ciudad de Moyobamba, capital del departamento, prosperaban fundos ganaderos. Rumbo a Bagua se daban prodigiosas cosechas de arroz. Pero la coca solucionaba el hambre de muchas familias campesinas pobres. Además, los pueblos se habían cansado de las promesas del gobierno central. Pedían electricidad, caminos rurales, salida a los mercados de la costa peruana. En vez de ayudar, el gobierno pretendía fumigar los valles con substancias que mataban los arbustos de coca y que seguramente arruinarían otros cultivos. Coincidían los intereses de cocaleros y campesinos con los opositores perpetuos, dos o tres de muchas facciones comunistas. Una de las regiones más ricas y hermosas del país sería envenenada como Viet Nam durante la guerra.

Nació un *Frente de defensa de los intereses populares*. Demandaba legalizar el cultivo de la coca. Tabalosos se sumó a la causa.

Muchas *ciudades* de San Martín eran realmente pueblos de una sola calle, con una plazuela de árboles lluviosos y edificios públicos de quincha o madera con techos de calamina. Los tarapotinos tomaban el pelo a los de Tabalosos, con bromas pesadas sobre el vigor y la inclinación de sus sexos. En vez de crecer, Tabalosos se achicaba, pues había sido olvidado por la Carretera Marginal de la Selva que debía conectar al Perú en la vertiente oriental de los Andes y que seguía de largo a medio kilómetro de distancia. En 1982, hacía apenas cinco años, la gente de Tabalosos se había unido a la protesta bloqueando la Marginal. Se produjo una confrontación con la fuerza pública y Tabalosos recogió varios muertos y heridos.

Pero los rencores de Tabalosos no daban para aplaudir el fusilamiento de los infortunados policías capturados en la sorpresa, así que el pueblo mostró su desacuerdo durante un "juicio popular" y los siete guardias, cuatro malheridos, salvaron del paredón. Había sido un atrevimiento del MRTA, pues a la salida de Tarapoto estaba el cuartel de Morales, con medio batallón de infantería motorizada. Por cierto, el MRTA tanteaba la capacidad y velocidad de la respuesta militar del gobierno presidido por Alan García. Terminada la "asamblea del pueblo", a la que Tabalosos asistió a punta de fusil, agotados discursos y propaganda, los de verde olivo salieron a escape, llevándose armas, municiones y el dinero que habían *expropiado* a los ricos del pueblo. Dejaban el siguiente mensaje: el MRTA protegía los cicales. Llamaba a la insurrección y a un gobierno popular.

Al mismo tiempo, otra agrupación del MRTA capturaba por sorpresa el pueblo de Soritor, entre Rioja y Moyobamba. Después, a todos se los tragó la montaña.

En Lima, al otro lado de los Andes, casi otro mundo que parecía existir en un tiempo distinto, actual y complicado, el presidente de la república restó importancia a la primera aparición del MRTA en la región oriental. Ni siquiera los llamó subversivos sino “bandas de narcotraficantes” conectadas a los carteles colombianos. Por cierto, los resúmenes de Inteligencia —entregados cada mañana al presidente en ejemplar único que debía destruir después de su lectura—, habían mencionado muchas veces el nombre de Víctor Eloy Polay Campos como jefe supremo del MRTA.

No era un personaje misterioso para el presidente Alan García, además jefe del APRA, Alianza Popular Revolucionaria Americana, partido fundado seis décadas atrás por Víctor Raúl Haya de la Torre. Nacido en el Callao el 6 de abril de 1951, el jefe del MRTA era hijo de otro de los fundadores del APRA, el chino Víctor Polay Risco, y de Otilia Campos, toda su vida militante aprista. El futuro jefe del MRTA había estudiado primaria en un colegio religioso y secundaria en un plantel del Estado. A los siete años se había inscrito en el partido de su padre, perteneciendo a la CHAP “23 de mayo”. Para 1972, el chapista del Callao se había convertido en secretario del Comando Universitario Aprista y asistía a la Escuela de Dirigentes conducida por el propio Haya de la Torre, a la que también asistía Alan García, futuro presidente de la república. Ese año el APRA había ensayado algunas acciones terroristas para desestabilizar al caudillo Velasco. La policía detuvo a Polay por actividades dinamiteras en Ica y Lima. En la atestada prisión de El Sexto, Polay conoció a Antonio Meza Bravo y a otros militantes del viejo MIR que habían intervenido en las guerrillas de 1965. Pronto los amigos del APRA obtuvieron la liberación de Polay, despachándolo becado a Europa. En Madrid volvieron a encontrarse Polay y Alan García. Ahí conocieron al chileno Jaime Castillo Petrucci, que representaba al MIR de su país, entonces aliado del gobierno de Salvador Allende. Más tarde Polay y García fueron a París, uno a conectarse con el MIR internacional, el otro a seguir siendo aprista. De esa época procedían los

vínculos de Polay con los Montoneros y el M19 colombiano, además de sociedades secretas europeas y del Medio Oriente.

En cuanto al MRTA, policía y servicios de inteligencia compartían un expediente repleto de datos. Se trataba del encuentro de dos pequeños grupos, el PSR-ML (Marxista leninista), facción del Partido Socialista Revolucionario fundado en 1976 por un general cusqueño invernamente comunista, y el MIR-EM (Movimiento de Izquierda Revolucionaria El Militante), pacto que por un tiempo se había conocido como “La Convergencia” y que se llamó Partido Revolucionario Socialista Marxista Leninista antes de asumir la denominación definitiva de Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

Tampoco había sido difícil identificar a otros asociados del MRTA, pues en los años 80 era conocido que al MIR-EM pertenecían el veterano Elio Portocarrero, el antiguo dirigente campesino Meza Bravo y dos viejos amigos de París, Víctor Polay y Hugo Avellaneda Valdez. También era pública la división del Partido Comunista Unidad, del que salió el Partido Comunista Mayoría. Una facción se había integrado a las FRAS, Fuerzas Revolucionarias Antiimperialistas, con su jefe Miguel Rincón Rincón, que se había sumado al MRTA. En fin, era imposible ignorar a Néstor Cerpa Cartolini, dirigente sindical y ex senderista que había capturado el diario “El Nacional” de Lima en 1986, presentándose como uno de los jefes del MRTA. Todo había empezado con el asalto a un banco en 1982. A mediados de 1985 ya el MRTA había captado a una facción del MIR especialmente activa en Chiclayo, en el norte del país, así como a un pequeño contingente de sindicatos de la Carretera Central, atraídos por Cerpa. El mismo año se produjeron las alianzas con el MIR Juventud rebelde, MIR Yahuarina, MIR El Rebelde y MIR Coordinadora 23 de Octubre. Después habían seguido secuestros y coches cargados con dinamita, la extorsión de fábricas y negocios, ajustes de cuentas y ejecuciones callejeras. En memoria del Che Guevara, se había inaugurado el inhumano ministerio del Terror.

A LOS HERIDOS DE TABALOSOS los llevaron primero a Tarapoto. Dos necesitaban salvarse en el Hospital Central de las Fuerzas Policiales en Lima. El viernes 9 de octubre, el teniente Cieza aterrizó en Lima, para estacionarse en la base de la DIPA (División de Policía Aérea), en el aeropuerto internacional Jorge Chávez. Usaba uno de los bimotors incautados al Cartel de Medellín, cuyo equipamiento permitía volar sin escalas a Miami y bajar a ciegas en plena selva. A bordo traía a los heridos y varios cartapacios con información clasificada y hasta película sin revelar entregada por un audaz vecino de Tabalosos. En la base de la DIPA esperaba un equipo médico que se hizo cargo de los heridos. Por segunda vez viajaba el teniente Cieza con guardias mutilados en San Martín. Además de los ataques del MRTA, la Guardia Civil había sufrido emboscadas senderistas al sur de Tocache. También empeoraba la violencia del narcotráfico debido a la destrucción de cocales reiniciada por el gobierno a comienzos de año. La verdad, en el Huallaga se vivía de milagro. El teniente Cieza daba gracias a Dios de seguir intacto después de su primera época en Tocache, capital de provincia, en la frontera misma con el país de los crímenes, aunque todavía lejos de abominables acontecimientos como el asesinato a sangre fría de doce policías sorprendidos por una columna senderista en Tingo María, donde además habían pasado a cuchillo a diecinueve funcionarios y trabajadores de un programa agrícola internacional.

Repasó sus órdenes antes de telefonar a su esposa, el teniente Cieza. Llegaba a Lima en comisión por cuarenta y ocho horas. En realidad esperaba quedarse hasta la mañana del 12 de octubre, cuando su hijo cumpliría siete años. Pero apretaba la emergencia policial en medio país y Cieza tendría que volver en un vuelo especial a las 07:00 del domingo 11 de octubre, llevando armamento para la jefatura de la Sub Región de la Guardia Civil en Tarapoto. ¿Dónde acabaría destinado? ¡Un misterio por el momento! Daba saltos por la temida región del Huallaga, ocupando vacíos en pequeñas guarniciones. Tarapoto en agosto; después Saposoa, frente al monte pululado por traficantes y

subversivos. De ahí a Tocache Nuevo a fines de setiembre. En comisión a Tarapoto la víspera del ataque a Tabalosos. A Lima con los heridos y otra vez a Tarapoto. ¿Y después? Sólo Dios tenía la respuesta. Por ahora lo esperaban en casa. Estaba separado a la fuerza de su mujer y sus hijos porque a San Martín, zona roja en emergencia, viajaban sin familia. Diez años atrás había conocido a la estudiante de psicología Carmen Quiroz a bordo de un colectivo. Había sido un tímido amor a primera vista. A los dos años se casaron, cuando él recibió su despacho de alférez. Al menos hablaban todas las noches por el nuevo teléfono vía satélite. Ya en Lima, tenía que sellar su papeleta de comisión en la Dirección de Personal, en la primera planta del Ministerio del Interior. De ahí pasaría a la DIRIN, el servicio de inteligencia de la Guardia Civil que funcionaba en lo más viejo de Lima, frente a la tradicional Plaza Italia, en un anciano edificio que mucho tiempo antes había sido Ministerio de Gobierno. Sólo después podría ver a su familia.

De origen andino, el teniente Cieza estaba habituado al aire pesado y húmedo de Lima. Sentía mojarse los pulmones tan pronto bajaba a la capital. En San Martín se respiraba seco y caliente antes de las lluvias. Prefería la atmósfera azul y limpia de las montañas cajamarquinas, en las que había nacido. En Lima asomaba el sol pequeño de octubre, cuando solía temblar la tierra. La ciudad se veía hosca y gris, vagamente en guerra, con fábricas fortificadas y residencias encarceladas por temor al crimen. No necesitaba un ojo experto para detectar huellas de violencia. Al caer la noche se sucedían apagones, sincronizados con ataques dinamiteros e incendio de locales públicos y grandes tiendas. El teniente Cieza sentía el Perú a la defensiva, con sus fuerzas acuarteladas, a la espera del siguiente golpe. Empezaban a subir los precios y a devaluarse los intis, la nueva moneda estrenada en 1985. Aunque prefería estar lejos del debate político, no le gustaba que los conductores del gobierno jugaran a la izquierda en un país cada vez más dividido, a medio destruir por los asesinatos y las bombas de Sendero o el MRTA y a la vez escenario de grandes movilizaciones públicas derechistas,

opuestas a una expropiación de la banca privada; y socialistas, a favor de ella. Tanta distracción permitía que se propagaran las organizaciones subversivas como gigantescos hormigueros subterráneos, invisibles en la cotidiana superficie.

Le parecía más grande ahora la capital a la que había llegado por primera vez en 1973, a los diecinueve años de edad. Entonces un hermano mayor, capitán de la Guardia Civil, lo había puesto en la Escuela de Guardias. El teniente Cieza había empezado desde abajo, lo mismo que Carlos, su hermano, que ahora usaba galones de comandante. Ya había dejado de ser un moroco, como llamaban a los guardias sin experiencia, que estrenaban el uniforme, cuando fue admitido en la Escuela de Oficiales en 1977. Rumbo al Ministerio del Interior, atravesaba un distrito financiero con edificios de muchos pisos, verdadera audacia en una región de terremotos. Más peligroso el hombre que los desórdenes geológicos, las bombas terroristas pulverizaban cristales y hasta torcían esqueletos de acero y concreto que esbeltamente habían soportado periódicos desastres naturales. Aún de mañana, casi al mediodía, los transeúntes desconfiaban. A cualquier hora, en cualquier sitio estallaba la guerra. Hasta los policías de tránsito se protegían con chalecos blindados. En el vehículo del teniente Cieza viajaban con el dedo en el gatillo. La mole del Ministerio del Interior, hasta 1960 aeropuerto principal de Lima, se extendía corpudamente en medio de chalets que parecían clonados presuntuosamente. Carros con corazas de acero vigilaban las avenidas de acceso. Tranqueras y alambradas obstruían el paso. Poco antes de que cambiara el gobierno en 1985, el MRTA había introducido un coche-bomba en el estacionamiento ministerial. Cincuenta kilos de dinamita quemaron doce vehículos y, sobre todo, maltrataron gravemente el prestigio policial. Ahora nadie pasaba sin identificación, aunque vistiera uniforme. El teniente Cieza mostró su carnet de oficial, la papeleta de comisión, los documentos sellados en sus cartapacios y la muda de ropa que traía en una pequeña bolsa de lona. Después se dirigió a la Dirección de Personal, en la primera planta

de un ministerio transformado en fortaleza.

En la Dirección de Personal lo atendieron de inmediato. La DIRIN esperaba urgentemente. El teniente Cieza preguntó si su hermano estaba en Lima. Negativo. Había partido de comisión a Panamá, con cuarenta y cinco oficiales de la Guardia Civil que recibían cursos avanzados de lucha contrasubversiva. Ya se había entrenado en la célebre base de las fuerzas especiales en Mazamari. Pertenecía a la policía montada, como buen chotano, pues en Cajamarca los muchachos crecían a caballo. También era paracaidista. Aseguraba haber recorrido toda la cordillera a lomo de bestia. En lo peor de la lucha contra Sendero, acababa de pedir su traslado a Ayacucho, la zona más roja del país. El teniente Cieza quería seguirlo. Sólo esperaba subir a capitán. Aunque buscó amigos en la Dirección de Personal, no consiguió averiguar su puntaje para los ascensos de noviembre. Tenía una hoja de servicios ejemplar. Estaba seguro de haber obtenido buena calificación en los exámenes de 1987. Sólo faltaba que midieran su conducta y valor.

Le dieron otro vehículo para el viaje a la DIRIN. Aunque al producirse el ataque estaba en Tarapoto, había sido de los primeros en llegar con refuerzos a Tabalosos. Seguramente harían muchas preguntas. Lo subieron a una enorme camioneta, con dos suboficiales armados de fusiles AKM y un chofer locuaz que dijo vivir tres veces, pues había salvado de una mina que estalló a destiempo y de un coche-bomba que había volado en plena calle Chota, casi en la maestranza de la Prefectura de Lima. Malditos terrucos, una de sus máquinas asesinas los había desintegrado por error, mientras conectaban explosivos en un taller clandestino. Hablaba de los coches bomba del MRTA, que habían desaparecido desde mediados de 1986. Pero el domingo 23 de agosto de 1987 el MRTA había soltado un auto con cien kilos de dinamita contra el Cuartel Bolívar. Nadie murió aunque la explosión hizo polvo los vidrios en todo el barrio, aparte de rajar miles de piezas arqueológicas

en un museo cercano a las instalaciones militares. Al día siguiente habían hecho volar otro coche asesino en el cruce de La Colmena y el Jirón Lampa, en pleno centro. Milagrosamente nadie había muerto, pero dos transeúntes quedaron mutilados. Más de treinta habían sufrido cortes y perdido parcialmente la audición. Esa noche pareció que el Hotel Sheraton se derrumbaba. Un automóvil repleto de TNT había estallado en el segundo nivel de un estacionamiento subterráneo, destruyendo quince automóviles y causando un incendio que pudo ser sofocado al cabo de tres horas. Ya habían atacado el Citibank, la residencia del embajador de Estados Unidos y el nuevo gran edificio del Banco de Crédito en Miraflores. Mientras tanto, continuaban matando policías para tomarse el armamento o los seguían a sus viviendas para balearlos por la espalda cuando salían de franco. Sendero o el MRTA daba lo mismo, igual mataban sus balas. El chofer sacudía la cabeza mientras se abría paso por el tráfico denso de los Barrios Altos. Nadie moría tres veces, así que ya no tendría más oportunidades si volvía a cruzarse con un proyectil o una dinamita. ¿Y en la selva? El teniente Cieza no supo contestar. "Peor son los narcos", dijo al fin. Era verdad. Mataban a lo bestia. No era raro que el Huallaga arrastrase cadáveres decapitados. Realmente molían a sus enemigos o les quemaban manos y pies y desaparecían las cabezas para que nunca fuesen identificados. El teniente Cieza no quiso decir lo que casi todos sabían: narcos y subversivos se juntaban contra el gobierno.

En la DIRIN lo recibió un capitán con gafas oscuras. Pasó al despacho de un comandante con chompa negra y pantalón de combate. No usaba insignias. El teniente Cieza presentó otra papeleta. Una vez sellada, entregó los cartapacios. Apareció un oficial superior que tampoco llevaba galones. Debía ser un coronel. Escucharon su relato sobre Tabalosos al llegar una hora y media después de la fuga de los subversivos. ¿Por qué tanto tiempo? ¿No tardaba el viaje veinte minutos o menos? Cieza explicó: había entrado por las huertas con un mayor, un capitán, doce guardias civiles y ocho republicanos. Usar la carretera

habría sido un suicidio. Mejor caminaban que morían emboscados. Sólo cuando dieron seguridad a la carretera, habían permitido el paso a dos camiones con refuerzos. Repitió una historia conocida: el MRTA saqueaba dependencias públicas, regalaba víveres y autorizaba el reparto de bienes al populacho. Sometía a los guardias prisioneros a un juicio popular. La gente no quería fusilamientos. Se marchaban los subversivos, en compañía de algunos jóvenes del pueblo. Tal vez ya estaban adoctrinados. Tal vez los forzaban a cargar botín e impedimenta. El monte se los tragaba después. Por cierto, la jefatura de la Sub Región no tenía helicóptero para perseguir el rastro de los atacantes.

Mientras rendía su informe, el teniente Cieza descifraba una evidente tensión en la DIRIN. Trece días antes, un comando del MRTA había secuestrado al magnate de Huaral, Julio Ikeda Matsukawa, uno de los principales productores de aves de corral del país. Rastrillos conjuntos de la DIRIN y la DIRCOTE, la Dirección Contra el Terrorismo, habían permitido identificar varias pistas. Por primera vez actuaban juntas la Policía de Investigaciones y la Guardia Civil, que solían tratarse como perro y gato, más enemigas que los propios terroristas. Cuatro días antes del ataque a Tabalosos y Soritor, vigilaban en Lima tres casas con habitantes sospechosos. Durante la confiada noche de un domingo para lunes, habían intervenido simultáneamente en Salamanca, Surquillo y Maranga, barrios de clase media. No estaba el millonario Ikeda en una subterránea "cárcel del pueblo", pero caían tres bases del MRTA. Aún más, DIRCOTE y DIRIN estaban seguras de haber atrapado a los fabricantes de coches bomba.

En Maranga había caído una profesora de Química de la Universidad Nacional de Ingeniería. Tenía escondidos diversos mecanismos para detonar cazabobos, además de cien kilos de productos altamente explosivos. En Surquillo apresaron a una estudiante universitaria. Detrás de una falsa pared estaba escondida la espada del Libertador San Martín y la primera bandera de la república que el MRTA había robado de un

indefenso museo en el pueblo de Huaura. En la tercera casa tuvo que rendirse otra ingeniera, Iris Lucero Cumpa Miranda, entregando un sótano repleto de fusiles automáticos, pistolas, sub-ametralladoras y lanzagranadas. Un nuevo registro había desenterrado doscientos kilos más de materiales para fabricar bombas en Maranga. También tenían un torno usado en granadas caseras. La DIRCOTE creía que Lucero Cumpa había participado en el secuestro de Ikeda. Las capturas permitían seguir rastros que seguramente llevarían a otras bases subversivas. Esa mañana, la DIRIN había detectado un rápido arreglo entre los familiares del millonario y el MRTA. Lo dejaban en libertad casi por una propina. No había sido un secuestro limpio y los subversivos preferían soltarlo y que se perdiera su rastro rápidamente.

En la DIRIN no descansaban. Hacía meses que nadie disfrutaba de fines de semana libres, días festivos o asuetos extraordinarios. No importaba que fuese sábado, ordenaron que volviese a la mañana siguiente así que el teniente se apuró por visitar a su familia. Jorge Cieza Lachos había nacido en Querocoto, una comarca verde y montañosa de Chota, provincia de valientes en el departamento de Cajamarca. Era célebre Chota en la historia del país. Allí se había hecho famoso el teniente Zenón Noriega, chotano que aplastó una insurrección superior a sus fuerzas en los años 20 y que el 3 de octubre de 1948, siendo jefe del Ejército en Lima, entró solo con un chofer y bajo un diluvio de balas al Cuartel "Dos de Mayo" del Callao, sitiado por revolucionarios apristas, resistiendo siete horas hasta que llegaron refuerzos. Esa noche los disparos habían agujereado su capote sin llegar a herirlo y un proyectil de 105 m.m., disparado por un buque rebelde, decapitó al rondín que tocaba el tambor a su lado. El 27 del mismo mes, Noriega se encargó de confirmar en Lima el cuartelazo del General Odría producido en Arequipa, de quien fue Primer Ministro y Ministro de Guerra varios años. Después lo quiso derrocar y terminó exilado en Argentina. En Chota habían clavado en picas las cabezas de don Eleodoro Benel y sus más conocidos montoneros. Chota había

conocido la infancia de Alejandro Esparza Zañartu, la mano de hierro durante los ocho años de gobierno del General Odría. En Cajamarca juraban no conocer el miedo. En Chota se consideraban los más valientes de Cajamarca. ¡El colmo! Jorge Cieza Lachos reía de los cuentos sobre chotanos. Sólo recordaba una infancia pacífica, laboriosa, felizmente saciada. Su padre, Alberto, había sido dueño de un almacén. Comerció azúcar y productos cosechados en los fundos de un hermano mayor, que era el rico de la familia, agricultor y ganadero. Pero su padre había muerto antes de haber criado a toda la descendencia. El teniente Cieza tenía una memoria borrosa de él, en contraste con la longeva fortaleza de Rosita Lachos, que había dado a luz a hijas fértiles y a hijos de buena estatura y salud, fuertes y disciplinados. La tradición del uniforme empezaba con el tío Adolfo Cieza, que había llegado a capitán de la Guardia Civil antes de pasar al retiro en Trujillo. El tío había influido en la decisión de Carlos Cieza de hacerse policía, empezando por la Escuela de Guardias. A su vez el hermano mayor había llegado a capitán cuando Jorge Cieza apareció en Lima buscando futuro. Ahora estaba a un paso de ser capitán y se preguntaba si su hijo no sería la tercera generación de Ciezas en alcanzar capitánía o en subir a todo lo alto de la Guardia Civil.

Había llegado a Lima por primera vez hacía once años. La suya era todavía una vida corta y sencilla. Diez años antes había conocido a Carmencita Quiroz. Ocho se cumplían desde el matrimonio. Siete del nacimiento de su hijo. Cuatro cumpliría su hija Cinthia Lorena. De alférez había servido en el Rímac y como oficial de cuartel en la décima comisaría de Breña; de teniente pasó al enorme distrito limeño de San Martín de Porres y durante siete meses se había aburrido en la sección denuncias de la 31ª Comandancia. Después llegó la época más feliz, cuando lo trasladaron a Cajabamba, cerca de su tierra natal. Al principio habían dejado a su hijo Jorge Enrique con sus abuelos en Lima. Recordaba haber llevado a su mujer a conocer Chota y el célebre colegio San Juan, fundado por el Mariscal Ramón Castilla en 1861, donde había

estudiado la secundaria. Aún guardaban una fotografía de la selección de fútbol escolar de la que había sido capitán durante un famoso campeonato. A poco de mudarse a Cajabamba su esposa había quedado encinta. Ella lo visitaba en las minas de Algamarca, donde Cieza comandaba un destacamento. Nadie bailaba mejor que el joven teniente. Carmen siguió acompañándolo en los saltos y evoluciones de los carnavales cajamarquinos hasta avanzado el embarazo. Entonces viajó a Lima para alumbrar a la niña. Más tarde se reunió toda la familia, incluido el suegro, también cajamarquino, aunque de la capital del departamento, y ahí, en Cajabamba, habían estado tan cerca de la perfección de la felicidad que el teniente Cieza quiso creer que sus vidas nunca acabarían.

REGRESABA COMO SI APENAS HUBIESE salido esa mañana. Por el camino compró unos juguetes para los niños. Irse, volver, una rutina en su vida de policía. A veces estaba en paz, otras en guerra. Unos iban a los frentes de la guerra invisible, otros esperaban en casa. Nunca se sabía por dónde llegaba la tristeza. Mientras tanto había que reír y vivir, como en la canción de Rubén Blades que tanto gustaba al teniente. Nadie preguntaba cómo estaba la selva sin ley ni se atrevían a recordar la ferocidad de las noticias procedentes de Tocache. Esperaba la casa reluciente, de fiesta la sonrisa de los niños, la esposa de asueto. Por cierto, el sueldo de teniente no alcanzaba para mucho. Ella trabajaba en su profesión de psicóloga. Tenía dos hermanas, una profesora y otra periodista, y un hermano empleado de una empresa importante. Su mamá era modista y maestra de artes manuales. Todos luchaban por la vida.

Los dejaba reunirse, don Enrique Quiroz. Su yerno llamaba por teléfono al llegar a casa. Entonces Quiroz asaba los cuyes bien condimentados, horneaba papas serranas, daba su aprobación a la salsa de rocotos y salía con su parte de la merienda al cumplirse una hora. Estaban cerca. Por el camino recogía cerveza fría y refrescos para los chicos.

Con Jorge, cualquier día era una fiesta, sobre todo si estaba de retorno, aunque fuese por unas horas. Quiroz no olvidaba los días que había pasado con su hija y Jorge y sus nietos en Cajabamba. A veces llegaba media guarnición policial al almuerzo. Si un forastero no tenía donde pasar la noche, seguramente terminaba en un cuartito de huéspedes en casa del joven teniente. No siempre Carmencita aprobaba las invasiones a su hogar, así que Jorge se mostraba contrito sólo para reincidir al cabo de un tiempo. Ella se daba por vencida. Después de todo, así lo había escogido, generoso, leal, fiestero cuando era posible, dado a la alegría y también metódico, duro consigo mismo, un hombre en quien podía confiar.

Había vuelto a ser un hogar la casa de Cieza, no el escenario de una ausencia. Quiroz encontró a su yerno en sayonaras y pantalón corto, jugando con sus hijos. Cinthia Lorena se le subía a tocarle el rostro como si lo esculpiera, acaso intentando memorizar facciones siempre en fuga, que no podría recuperar hasta unos meses más tarde, que a ella le costaban como si fuesen décadas, vidas enteras. Jorge Enrique quería escuchar historias de la selva. ¿Realmente existían los reducidos de cabezas? ¿Había visto caníbales su papá? El teniente Cieza pudo decir que sí, que otra clase de caníbales, devoradores de humanidad o juventud, traficantes de veneno que se habían establecido en la distancia de una selva apenas conocida, que además enarbolaban las banderas de una rara insurrección protectora de la cocaína y el crack y, desde hacía poco, de nuevos sembríos de amapola. Sin embargo callaba. Prefería hablar de monos y guacamayas, del tamaño de los ríos, de las vacaciones que se acercaban. Quiroz lo conocía demasiado bien para ignorar una sombra interior en su mirada. Del joven alférez al candidato a capitán, Jorge Cieza Lachos había adquirido corpulencia y una sabiduría que no se expresaba en discursos sino en silencios. Una noche, hacía varios años, ambos habían sorprendido a un forzudo asaltante en pleno delito. Traía en la diestra uno de esos puñales de prisión, largo como un sable, que voló por el

aire a matarlos tan pronto aparecieron. Estaba desarmado pero Cieza no retrocedió. Su suegro tampoco había corrido. Era rápido el teniente. No vacilaba. Pudo arrancar el cuchillo de la mano asesina pero no consiguió sujetar al asaltante, ni siquiera con ayuda de Quiroz. Al fin había aparecido una patrulla. Se habían necesitado tres policías más para amarrar al salvaje. Quiroz nunca olvidaría la experiencia. Entonces a Jorge se le veía alto y nudoso, más bien delgado. Empezaba a ser hombre. Ahora estaba cubierto de una poderosa musculatura. Se acercaba al metro ochenta. Aún en reposo se le descubría el alma militar. Cumplía siete años de oficial. Había aprendido a dar órdenes y ejemplos, pues los hombres sólo seguían a los jefes verdaderos, quienes iban por delante, que se obedecían a sí mismos primero y entendían que los peligros eran para todos o francamente para nadie. El 24 de marzo, Jorge Cieza Lachos había cumplido treinta y tres años, justamente la edad de dar la vida por los demás.

PASÓ EL RESTO DEL DÍA CON LOS NIÑOS, llevándolos de compras y a unos juegos mecánicos. Después de ponerlos a dormir propuso a su suegro una caminata por el barrio. Ya a solas, al borde de un parque de árboles maltrechos y geranios sedientos, destapó sus preocupaciones. Enfrentaban a enemigos poderosos, de un lado una rebelión de fanáticos, de otro el negocio ilegal más grande del mundo, una coalición de intereses que pretendía adueñarse de la región amazónica tal como había llegado a controlar parte del territorio colombiano. No era fácil identificar al verdadero enemigo, pues millones de dólares de la coca compraban autoridades y roían secretos policiales hasta asegurar verdadera impunidad a los bandidos. El teniente Cieza miró fijamente a su suegro y dijo con amargura: "En Tocache no manda el gobierno y nadie habla de seguridad nacional. Es un desastre que recién comienza." Quiroz lo creyó desalentado y el teniente Cieza protestó. Todo concluía por saberse en Tocache. Quedaba en la confluencia del río del mismo nombre con el Huallaga, en un territorio sin ley, del que se habían marchado los pioneros originales y los colonos llegados por la nueva

Carretera Marginal. Tenía campo de aterrizaje, fondas, hostales y casas transitorias, de madera y techos de latón en los que repicaban las lluvias. Lo más importante de Tocache eran las agencias de los principales bancos del país, empezando por el Banco de la Nación, que cambiaban inmensas cantidades de dólares baratos por moneda nacional. A diario llegaban y partían aviones de los bancos transportando fardos de billetes. Principal abastecedor de dólares callejeros, por un tiempo Tocache había desplazado a Uchiza o Tingo María como capital amazónica del tráfico de coca. Llegaban personajes del crimen y se iban del Huallaga y las noticias volaban libremente a Tocache, donde nada podía hacer la policía para ir tras ellos o atraparlos. El crimen era más fuerte que la ley, así de simple. Llovía dinero sucio en toda la región y muchas autoridades terminaban por traicionar sus funciones y de ese modo al Perú. "¿Y los terrucos?" —preguntó Quiroz. Sendero bajaba por las montañas de Huánuco. Columnas senderistas campeaban por la Marginal cerca de Tingo María. Usaban la ruta de Huánuco para acercarse al Huallaga. Llegaban por grandes cerros boscosos a lo alto del empinado valle del Chuntayacu. De ahí amenazaban Uchiza o bajaban a cortar la maltrecha carretera de la selva. Las avanzadas de Sendero Luminoso estaban en pleno Huallaga. Un año antes había llegado el MRTA. Parecía sobrar espacio para todos...

Noche de viernes. Al pasar saludaban los vecinos. Hola señor Cieza. Qué tal Jorge, ¿hasta cuándo te quedas?. ¿Sigue usted en la selva, amigo Cieza? Tendría que cuidarse ahora que aparecían terrucos. "Ya ve usted, don Enrique, la gente ni siquiera sospecha la realidad", decía el teniente a su suegro. Justamente un año antes del ataque a Tabalosos, cuando se cumplían diecinueve años de la muerte del Che Guevara, el MRTA había anunciado su alianza con el M19 colombiano. Las agencias internacionales recogieron la noticia. El MRTA aportaba gente al "Batallón América" en las montañas del Cauca, donde instructores centroamericanos entrenaban a reclutas ecuatorianos de Alfaro Vive y del movimiento indígena colombiano Quintín Lame y a los

voluntarios peruanos del MRTA y chilenos del MIR. No faltaban aventureros argentinos y bolivianos. El propio M19 se había encargado de hacerle propaganda al "Batallón América". Pero el MRTA había estado activo en el Alto Huallaga desde comienzos de año, cuando antiguos militantes del MIR IV Etapa se dedicaron a organizar "la defensa de los cultivos de la coca" dirigidos por Antonio Meza Bravo. En junio de 1986 había llegado Polay. Ya entonces existía una organización clandestina del MRTA en la región. Hasta donde el teniente Cieza podía conocer, diversos reportes de inteligencia colombiana señalaban la presencia de Polay en el "Batallón América", armado con FAL belgas que el gobierno venezolano de Carlos Andrés Pérez había aportado a la insurrección contra Somoza en 1978. Durante casi un año, Polay y su comitiva del MRTA habían viajado por la clandestinidad colombiana mientras el "Batallón América" intervenía en diversas acciones en el Cauca hasta acabar desbandado por el Ejército de Colombia en marzo de 1987. Tres meses más tarde se había reagrupado el MRTA en San Martín. Según los servicios colombianos de inteligencia, habían llegado treinta peruanos y se iban veintisiete. Otra información señalaba que dos ingenieras de la misma agrupación habían recibido entrenamiento con explosivos. Estaban pasando armas de un país a otro. Mientras tanto, el MRTA había reclutado más jóvenes en la región. Se oía hablar de un misterioso "comandante Evaristo". Todo apuntaba a la preparación de una ofensiva desde la montaña del Alto Huallaga. Las FARC y el M19 negociaban con los carteles. Seguramente el MRTA calcaba el modelo colombiano.

Lo de Tabalosos y Soritor sólo había sido un ensayo. El teniente Cieza no creía equivocarse. Estaban frente a un enemigo fogueado y fuertemente armado, dispuesto a todo. No importaba lo que creyese un insignificante oficial destacado en la región o que en la DIRIN se preocuparan los expertos en inteligencia policial conforme montaban el rompecabezas terrorista. No mandaba la seguridad nacional. Mandaban las intenciones políticas, los intereses inmediatos de quienes

pasajeramente administraban el país. El gobierno prefería restar importancia a los subversivos del MRTA, sin siquiera conceder su verdadera identificación. Insistía en decir que eran bandidos rurales o narcotraficantes en fuga. Ni siquiera despachaban verdaderos refuerzos a San Martín. La Sub Región sólo podía jugar a las sillas musicales, pasando gente a los sitios que suponía amenazados para regresarla unos días después a sus guarniciones originales. "¿Y qué harías tú si estuvieses al mando?" —preguntó al fin don Enrique Quiroz. "Pasar a la ofensiva", dijo el teniente Cieza, "el que espera, pierde."

Después prefirió el silencio. Caminaban despacio, de regreso a casa. No hacían otra que esperar sentados en sus cuartelitos sin torreones ni paredes gruesas, con techos de hojalata y pobres centinelas de pie, a mitad de nada. Casi se podía creer que a nadie le importaban sus vidas. Quiroz también callaba. Estaba seguro del ascenso de su yerno. Tan pronto subiese a capitán, tendrían que cambiarlo de destino. Pobre Perú. Era su destino el que rehusaba cambiar.

## 2

### En el frente de la guerra invisible

EL TENIENTE CIEZA PODÍA DORMIR profundamente cuatro horas y despertar nuevo, para más tarde completar su cuota de sueño o estarse despierto hasta dos y tres días, con unos minutos de descanso cada hora, sin que nadie lo estuviese despertando. Los rigores del servicio habían afinado cierto reloj interior que lo hacía volver puntualmente a la vigilia siempre que fuese necesario. Pese al resplandor de la ciudad, casi un crepúsculo apagado por la neblina, le bastaba mirar la noche para calcular a qué distancia estaba la mañana. La amoratada inmensidad de Lima lo desorientaba a veces. En la selva no podía fallar, con su tiniebla total en el relevo de las 02.00 y remotas partículas de luz acercándose desde un sol todavía invisible a las 04.00 y después cierta tonalidad rosa, un pálido rubor que clareaba por encima de densos bosques tropicales. También la mañana tenía sus sonidos, una inquietud de pájaros, la humanidad que empezaba a moverse, el hambre de los niños. Hasta el viento cambiaba de dirección. Aunque no escuchase un clarín de diana, Jorge Cieza Lachos se incorporaba de un salto y salía a llenar sus pulmones de amanecer. Desde la infancia en Querocoto despertaba antes de que saliese el sol, bajo una amplitud celeste pronto incendiada en el horizonte. Su memoria quería conservar las madruga-

das de su existencia. Imposible. Se nos iban los paisajes al abismo inalcanzable del olvido, dejándonos porciones desde luego excepcionales, el convencimiento de que valía la pena vivir así, invitados a la inauguración del universo cada veinticuatro horas, sin ser nada más que arcilla organizada para pensarse a sí misma y para amar y multiplicarse en presencia de las glorias de la Creación.

El teniente Cieza nunca había salido al extranjero, pero le gustaba mirar fotografías a colores de otros continentes. Recordaba paisajes europeos, árboles monumentales en la soledad de verdísimos prados, suaves colinas cubiertas de pasto, campos que parecían parques en derredor de los palacios de la imaginación. Así eran ciertos parajes del Huallaga y el Mayo, en la ruta de Juanjuí a Tarapoto, que el teniente Cieza recordó esa mañana antes de salir rumbo a la DIRIN. Tuvo la sensación de que aquel podía ser el último desayuno en casa, observado a fondo por su mujer y sus hijos todavía con sueño. Unos tomaban cocoa y cereal, Cieza disfrutaba sorbos de café negro, preparado con caracolillo cajamarquino que le enviaban de una tienda en Moyobamba. No era sólo suya su vida, también pertenecía a sus hijos. Venía a ser un componente de otras existencias para las que era desesperadamente necesario, padre total que sin embargo se ausentaba hasta no ser más que una vocecilla telefónica, una escritura en rudas postales de la selva, una promesa que no siempre se daba cumplimiento. De nuevo vestía el uniforme y en su maletín de lona ya Carmen había colocado ropa limpia de reemplazo. De la noche a la mañana reaparecían lavadas y planchadas las camisas del policía. Jorge Cieza Lachos había abrigado personalmente sus zapatos, costumbre que no abandonaba desde su paso por la Escuela de Guardias. Cargó y besó a los niños, dejando que volviesen a dormir, y miró largamente dentro de los ojos de su esposa, como si quisiera empaparse con su súbita tristeza. Lo más probable era que adelantaran su regreso a San Martín. Cieza recogió su maletín de lona, tomándole el peso para confirmar que tenía su arma personal, una hermosa pistola belga con cargador de catorce cartuchos. No estaba seguro de volver esa tarde, así que se despidió hasta noviembre, cuando llegase a capitán. Abrió la puerta a las siete en punto. A la hora exacta llegaba un vehículo de la DIRIN a recogerlo.

El viejo edificio de la Plaza Italia quedaba vecino a un convento de clausura, que por casi cuatro siglos había conservado preciosa

celebridad debido a postres, confites y otras delicias que cocinaban las monjitas, traspasando secretos de una generación a otra. A ratos llegaban a la DIRIN perfumes azucarados, un vaho a canela y vainilla o el olor incomparable de bizcochos emborrachados, los huevos chimbos y los alfajores y polvorones que adornaban la mesa presidencial y los piadosos agasajos de la Nunciatura Apostólica, proximidad contradictoria con el olor a cuartel de las dependencias policiales, desinfectadas con creosota, con altos zócalos pintados de verde oscuro y pisos de antigua madera bien pulidos con cera y petróleo. Las monjitas recibían encargos y despachaban sus delicadezas a través de un torno, pues habían hecho votos perpetuos de soledad y hasta de silencio, y para su seguridad confiaban en Dios y, por cierto, en la numerosa guarnición concentrada junto a ellas. Al amanecer se oía rezar y cantar a las religiosas descalzas de hábito franciscano, casi hasta que sonaban los clarines de diana y el saludo a la bandera. Más tarde se confundían las campanadas religiosas con los silbatos y las voces de órdenes. El lugar más secreto de la DIRIN, casi a la espalda del convento, parecía contagiado de la paz perpetua que conservaban viejíssimos claustros. Ahí se acomodó el teniente Cieza, junto a una docena de oficiales, en su mayoría con sabatinas ropas de civil, a compartir datos sobre la zona de emergencia.

Sólo se oía a Cieza si contestaba una pregunta. No se explicaba qué hacía ahí, en una reunión en la que era el único teniente. En realidad sería un mensajero. Esta vez la DIRIN ni siquiera confiaba en clavegramas. La situación oriental se resumía en tres hojas de informe estrictamente confidencial y en los datos que él iba almacenando en la memoria. La DIRIN podía asegurar que tres de los siete integrantes del Comité Central del MRTA se habían reunido en San Martín: Polay, Avellaneda y el "comandante Evaristo" o Néstor Cerpa. En la DIRIN creían que Avellaneda se había trasladado a Lima, donde en agosto último había caído otro integrante del Comité Central, Alberto Gálvez Olaechea. Diversos informes de inteligencia recibidos de Colombia insistían en la nueva relación del MRTA con el Cartel de Medellín gracias al M19, lo que no sólo significaba protección de los subversivos a las rutas peruanas de la coca, sino abastecimiento de armas asegurado, fusiles automáticos y bastones chinos y equipos aún más sofisticados. No se trataba de simples bandidos con escopetas de retro carga. Los datos de la DIRIN coincidían con la información recibida de otros

servicios y agencias: hacía cuatro meses, en junio de 1987, Polay había aparecido por el Chuntayacu para encontrarse con el temido Waldo Vargas Arias, el famoso "Ministro", jefe de las bandas de colochos en el Perú. Uno y otro estaban protegidos por numerosos guardaespaldas. La "cita cumbre" había tenido como escenario el restaurante "El Tiburón", lugar bastante conocido a un kilómetro de la carretera que bajaba de Uchiza a la Marginal, en la otra ribera del Huallaga. Dos representantes de Polay habían concertado la conferencia: Rodrigo Gálvez, alias "Rodo", y Guillermo Arévalo Velázquez, "Bloquecito", que no se le habían separado durante las negociaciones. A "Ministro" lo acompañaban dos poderosos traficantes. Uno se llamaba Moisés Zamora, "Moshe". El otro, "El Greco", era representante personal de Gonzalo Rodríguez Gacha, alias "El Mexicano". Desde luego, "Ministro" también se entendía con Sendero Luminoso entre Uchiza y Tingo María. No se habían reunido a discutir una ganga sino la parte crítica del negocio ilícito más grande del subcontinente.

La DIRIN pretendía que pobres destacamentos policiales arrinconados en las soledades del Huallaga, vigilaran la conexión del narcotráfico con los movimientos subversivos. El teniente Cieza pensaba en la amodorrada lentitud de los comandos lugareños, en las fuerzas policiales aún divididas en tres instituciones rivales, en la diversidad de su armamento con calibres que ni siquiera coincidían. Sabían más en Lima que en Tarapoto o Moyobamba, donde supuestamente vigilaban las avanzadas del gobierno. Lo mismo que "Ministro" o "El Greco", pedidos por jueces y policías de siete países, además de Canadá, Estados Unidos y España, Polay y los jefes del MRTA se movían con aparente impunidad entre el Huallaga y el extranjero o la cordillera. En las horas quietas de Tocache, el teniente recordaba el zumbido distante de avionetas que se paseaban por la región, sin que fuese posible controlarlas. Con la Marginal arruinada, viajar a Uchiza tomaba un día por tierra y diez minutos por vía aérea. Aparatos de una y dos hélices pululaban los cielos del Huallaga, la mayoría de las veces usando campos de aterrizaje apenas visibles en las partes bajas, ya cultivadas, en esa frontera de una nueva civilización.

Cieza pudo estudiar borrosas fotografías que mostraban a los integrantes del "Batallón América" en un boscoso campamento colombiano. Se les veía barbudos, con el pelo largo, amistosos, de

asueto. Posaban para ojos complacientes, posiblemente aliados. Fotos parecidas se publicaban en periódicos liberales o socialdemócratas europeos que no disimulaban su entusiasmo por bandidosas rebeliones latinoamericanas, mientras que en sus propios países se dejaban gobernar por monarquías y políticos conservadores. Acaso así aliviaban conciencias maltratadas por la excesiva opulencia de sus vidas en el norte del mundo, en comparación con las miserias del Hemisferio Sur y las desdichas del subdesarrollo. Nada decían al teniente Cieza esos rostros estampados en papel fotográfico. Ahí estaba el enemigo y no lo parecía, hirsuto y favorable, con su pesado armamento en actitud de descanso. Intentó imaginar a cien o doscientos de ellos al ataque y prefirió considerar que nunca ocurriría. ¿Quiénes eran, cómo se llamaban, de dónde habían salido? Muchos pertenecían a la propia región del Huallaga. Se sorprendió al saber que los principales ya estaban identificados. No se veía a los comandantes Rolando y Evaristo, en realidad Polay y Cerpa, pero la DIRIN conocía positivamente a Antonio Meza Bravo, indultado en la década de los 70, y a otros dos personajes que calificaba de altamente peligrosos: Gino Orlando Dorregaray, responsable de la seguridad personal de Polay; y Sístero García, uno de los jefes del ataque a Tabalosos y Soritor. No mostraban duda los informes confidenciales de la DIRIN. Otros veteranos llegados de Colombia entrenaban al "ejército popular", Miguel Córdoba y Migdonio Silva Sangama, conocido como "Puma". En la región del Mayo estaba al mando Pedro Ojeda, el famoso "comandante Darío", también del "Batallón América" y originario del MIR V.R. El teniente Cieza recibió un sobre sellado con órdenes frescas para la Sub Región. Tenía el tiempo indispensable para llegar a la base de la DIPA en el aeropuerto internacional. Su destino: nuevamente Tarapoto.

Volar sobre los Andes era lo mismo que viajar al pasado. La región del Huallaga venía a ser un mundo perdido entre las montañas y la profundidad de la selva amazónica, por el que se volvía a siglos ya vividos y que a la vez estaban por cumplirse. Puebluchos de inmigrantes se sucedían en valles emparedados por inmensas montañas verdes. El Chuntayacu nacía en las alturas de Huánuco y caía en picada hasta calmarse cerca de Uchiza. Las aguas de la quebrada de Shilco bajaban cuatro mil metros en apenas cinco kilómetros de tormentoso cauce hasta dar con el río Tocache, cerca de un pueblo sin Dios ni ley llamado Tambo

de Paja. El teniente Cieza había patrullado la parte alta del valle a lomo de bestia, sabiéndose vigilado por ojos con miras telescópicas desde mal disimulados cocales montañosos, mientras él visitaba villorrios súbitamente vacíos o mudos. A veces salían niños descalzos y flacos de sus chozas de madera y hojalata, mujeres jóvenes y ya desgonzadas y sin dientes, viejas quejosas que miraban el suelo y repetían la misma lamentación por todas sus desdichas. Pashurungo, Ají, Cueva, Shilco. No había visto hombres, el teniente Cieza. Nadie parecía ocuparse de los campos a medio cultivar. A trechos se oía un rumor de abejas a petróleo, pequeños generadores de electricidad destinados a alumbrar guaridas de miseria, de paso activando primitivas factorías de pasta sucia. Por ahí acopiaban hoja y llegaban recuas cargadas de coca huanuqueña, pero nada había podido Cieza ver en su ingenuo patrullaje, observado seguramente por emboscados fabricantes de PBC. En verdad era un mundo recién terminado, lo más nuevo de la Creación, en ascenso desde la inmensa selva mojada por el Amazonas, todavía en fermentación, apenas tierra firme interrumpida por ciénagas enormes y lagunas negras sin fondo. Aunque agrietado por los terremotos, San Martín era un lugar estable, casi permanente, agrícola y fluvial, con setenta y siete distritos y doscientos mil habitantes que empezaban a apiñarse en ciudades recientes, sobre todo en Tarapoto y Juanjuí; y entre Moyobamba y colonias y pueblos que se sucedían por la Rioja, lo más lejos posible de Sendero Luminoso y el MRTA. Por cierto, Lima absorbía todo, incluida la democracia, pues poco o nada era resuelto por las autoridades locales en consulta con el pueblo. Hasta las órdenes vinculadas a la seguridad nacional debían descender por infinitos peldaños de rangos y jerarquías y niveles regionales o provinciales y tardaban una vida en llegar a quienes les daban cumplimiento.

DEL CRUCE HELADO DE LA CORDILLERA al súbito descenso en el campo de Tarapoto, apenas alcanzó el tiempo para que el teniente Cieza preparase su equipaje. Otros oficiales de la Guardia Civil compartían el avión. Pasaron rápidamente a la jefatura de la Sub Región. Ahí se enteró de que lo enviaban urgentemente a Saposoa. Los subversivos que habían atacado Tabalosos y Soritor parecían concentrarse en lo remoto del Porotongo, cuyas aguas iban a dar fuerza al río Saposoa, unos veinticinco kilómetros al NNO de los sembríos de Pasarraya, ínfimo

pueblo al que se llegaba por un espinoso camino de herradura. Antes de las instrucciones portadas por el teniente Cieza había llegado una orden superior del Ministerio del Interior: "¡Refuercen Saposoa inmediatamente!" El comandante encargado de la jefatura en Tarapoto miraba un gran mapa de San Martín como si fuese el retrato de la desolación. Movía gente de Tocache a Saposoa. Pedían tropa en Moyobamba. La seguridad de Tarapoto pasaba a depender del cuartel militar de Morales. Si atacaban al sur, tendría que pedir refuerzos de la Infantería de Marina o aún más distantes paracaidistas de Mazamari. Existía una tropa de concriptos en Picota, al norte de Bellavista. Pero las fuerzas del gobierno actuaban cada una por su cuenta. Por cierto, no existía un comando regional unificado. Sólo el 14 de julio de ese año habían declarado en emergencia la región de San Martín. Al teniente Cieza lo habían tenido de un destino a otro en San Martín. Al menos conocía Saposoa. Tan pronto hizo entrega de las encomiendas de la DIRIN, salió disparado al aeropuerto. Lo esperaba el cabo Alberto Salvo y dos guardias más, destacados por treinta días a otro sector de la 76ª Comandancia. Destino: Saposoa. Sumaban cuatro salvadores agregados a una guarnición de diecisiete...

No era tiempo de lluvias pero la Marginal se había vuelto peligrosa aún para un viaje corto a Picota, Bellavista y Saposoa. En 1985 mostraba pretensiones de autopista; colectivos y camiones volaban por el ancho tramo de Tarapoto a Moyobamba. Un automóvil tardaba menos de dos horas en ir a Juanjuí, al SSE. Antes de la carretera, San Martín había sido uno de los departamentos con más baja población del país. La nueva Marginal había atraído a colonos y pioneros. Los habitantes subieron a doscientos cincuenta mil. Después llegaron los traficantes de coca. Finalmente aparecieron bandas de subversivos y empezó un éxodo de sur a norte, a las tierras altas que se acercaban a Bagua y al departamento de Amazonas. El teniente Cieza solía decir que se repetía la historia del Salvaje Oeste. Si en Nevada y California habían buscado pepitas de oro, ahí reunían el maldito oro blanco de las drogas. En ese país en plena fundación, venía a ser un sheriff que se enfrentaba a los pistoleros y asaltantes de diligencias.

El cabo Salvo había pasado gran parte de su aventurera existencia con el uniforme de la Guardia Civil. Como a muchos chiclayanos, le bailaban los ojos frente a las mujeres bonitas. Seguía soltero a los 32

años. ¿De dónde venía el teniente? Los que habían cumplido el duro servicio de la selva, miraban con sorna a los capitalinos. Comentó el cabo que se dirigían a un lugar francamente peligroso. "Cómprate tu perro" —contestó en lenguaje de guardia el teniente Cieza y sonrió, dándole unas palmadas en la espalda. Había sido guardia de abajo, guardia de caballería como buen chotano, de la 42ª Comandancia que tenía sus barracas en el Cuartel del Potao, una unidad de gente recia, en la que no aceptaban a timoratos o ingenuos. Así había comenzado Cieza, moroco sin galones, guardia con polainas a quien mandaba el gobierno a las misiones más duras. Su primer peldaño había sido la 42ª Comandancia, tan respetada como la 41ª Comandancia y sus cuatro compañías de pura Guardia de Asalto. Ahí, en San Martín, había servido en la jefatura de línea en Tocache. Nadie había patrullado más lejos que Cieza, por la otra ribera del Huallaga, hasta llegar a las profundidades del valle del río Uchiza. Por cuatro días había explorado la llamada Cordillera Azul, una cadena de montes bajos que aún no estaban bien dibujados en los mapas de una comarca peligrosa, cercana a Tingo María. ¿De dónde había salido el cabo Salvo? La sonrisa socarrona desapareció del rostro del subalterno. ¿Y el equipaje? A bordo, mi teniente. Parecía imposible que el aparato repleto de bultos y pasajeros consiguiera separarse de la pista tarapotina salpicada de yerbajos. Otros querían meterse en la cabina para ocho pasajeros. El teniente Cieza creyó contar once, además del piloto. Viajaban con costalillos repletos de víveres, atados de ropa, valijas de cartón prensado, bolsas de lona, cajas amarradas con soguilla. Una costumbre nacional inspiraba diversidad de meriendas. Nadie salía de casa sin su camarico, con las alforjas llenas. Había que causear durante los viajes, aunque sólo tomara un cuarto de hora, así que los viajeros intercambiaban bocados como si se tratara de un agasajo. Muchos insistían en alimentar a pilotos demasiado ocupados en mantenerse arriba, zangoloteados por vientos que rodaban en avalancha de la cordillera. El teniente Cieza dudó en subir, pero no habría más vuelos de la DIPA hasta dos días después y tampoco quería ir por tierra sin un convoy armado. El cabo Salvo había reservado espacio en una estrecha hilera de asientos, cerca de la puerta por si había que evacuar la nave. Respetuosos de la autoridad, los pasajeros del taxi se apretaban al fondo. El piloto pidió que movieran bultos al frente para equilibrar el peso. Al fin cerraron la puerta y el

teniente Cieza se sintió embaulado, sin aire para respirar. Observó al piloto. Parecía loretano y llevaba unas gafas *ray-ban* y una pesada esclava de oro en la muñeca derecha. Nadie sabía bien dónde aprendían a pilotar los ases selváticos. Quiso girar la hélice, soportó dos o tres explosiones el único motor, la cabina se llenó de humo y al fin se produjo la esperada rotación que los arrastró casi a empujones, mientras el avión avanzaba sacudido por los baches hacia el extremo norte de la pista. La sonrisa del cabo Salvo parecía aprobar las maniobras que siguieron. El avión, de edad incalculable, corrió pesadamente por el campo casi hasta acabarlo. Subió entonces con dolorosa lentitud, desplumando árboles y aún más alto, hasta que a lo lejos se pudo ver el Huallaga gruesamente marrón, inagotable. El teniente Cieza pensó en la tremenda distancia que crecía entre él, su esposa y sus hijos, con quienes había desayunado. Seguían en el mismo país y sin embargo se alejaba por el tiempo, hacia un pasado imposible de predecir, una época antigua que faltaba completarse. Así era el Perú, nunca terminaba de ocurrir.

Medio siglo atrás, Saposoa había sido más importante que Juanjuí, entonces sólo distrito. Saposoa quedaba a mitad de un valle en pleno monte. Era uno de los puntos terminales de la república peruana, aunque estuviese lejos de las fronteras con Ecuador y Colombia. Hasta ahí llegaba el atrevimiento de caminantes y exploradores que salían del obispado de Chachapoyas a Moyobamba y atrevidamente a un territorio de indios en Lamas. Primero viajaban a oriente y después al sur desconocido, el gran vacío verde que asustaba a muchos valientes. Cien años más tarde, el progreso llegaba al revés, desde el sur. Una trocha para camiones conectaba Saposoa a la Marginal, por tratarse de la capital de la antigua provincia del Huallaga, casi siete mil kilómetros cuadrados con apenas doce mil habitantes, según el último censo, y siete u ocho mil habitantes de acuerdo con estimados actuales, posteriores al éxodo causado por las guerras del narcotráfico y la aparición de subversivos. Primero desaparecía la juventud, en peligro de leva por cualquiera de las partes. Después se marchaban las mujeres jóvenes, amenazadas por infames ultrajes. Hasta los niños se evaporaban, pues Sendero se los llevaba de ocho o nueve años a ser combatientes en la Guerra Popular Prolongada. Quedaban viejos y viejas. El valle de Saposoa comprendía cinco de los seis distritos de la

provincia, apiñados a la orilla de una carretera de barro seco que se ponía intransitable al comenzar las lluvias.

No habían olvidado al teniente Cieza, así que aceptó diversidad de saludos, con abrazos de costado por parte de la población inferior y con palmadotas en la espalda de otras autoridades. Durante el vuelo se habían sumergido en infinitos pozos de nada, para subir empujados por torbellinos calientes y a ratos quedar horizontales, sonriendo como si los hubieran arrojado a un parque de diversiones administrado por Dios. Tan pronto se tambaleó fuera del avión, el teniente Cieza se tuvo que abrir paso por el gentío apelonado en el campo de Saposoá, ansioso de conseguir espacio en el taxi de las nubes. Todo parecía igual, pero Cieza constató varias ausencias en los negocios del pueblo, gente rica que prefería pasar una prudente temporada de descanso en Bellavista, en plena Marginal, a un cuarto de hora de Picota, con campo de aviación y escape fluvial por el Huallaga. En Saposoá quedaban un capitán, dos sargentos, dos cabos y once guardias, con tres descuentos por hepatitis, en verdad trece y no dieciséis, además de cuatro efectivos de la Policía de Investigaciones y diez republicanos que debían proteger el aeropuerto, una cárcel escuálida, dos juzgados y una humilde subprefectura. Ahora daban un total de treinta y cinco.

Esa noche, el teniente Cieza se atrevió a preguntar por qué no concentraban sus fuerzas en un solo sitio. Mejor todavía: ¿por qué no trasladar las funciones de gobierno a una parte bien protegida junto al campo de aviación, donde fuese posible recibir abastecimientos por aire? El capitán echó a reír. ¿Qué pretendía Cieza, que los echaran a todos por andar alborotando la administración pública? No debían mostrar miedo, señor teniente. Tampoco sería posible mudar juzgados ni el señor subprefecto aceptaría vivir en un campamento. Vivían en estado de emergencia, nada más. Significaba suspender garantías individuales, obligar a que todos se identificaran, registrar domicilios sospechosos sin autorización judicial y mandar a los ciudadanos a sus casas temprano en la noche. Por ahí andaban bandidos que no se atreverían a meterse en Saposoá. Cieza quería jugar a la guerra. Insistió el teniente: al menos podrían acuartelarse unidos al caer la noche, Guardia Civil y Republicana, también los investigadores. El capitán volvió a reír. ¿Para que a la primera noche se liaran a trompadas o se dieran de balazos? Ni hablar. Ordenó al teniente que saliera de patrulla. Así se

convencerían todos de la pacífica realidad nacional. Cieza se mordió los labios. Unos partían por miedo, otros permanecían amparados en una inmunidad que no existía. El joven oficial no estaba autorizado a revelar informaciones de la DIRIN ni lo que había escuchado en el comando de la Sub Región en Tarapoto. Pobre capitán, sólo era un comisario de provincia, entrenado para dirimir pleitos vecinales o imponer un orden pequeño en una república falsamente feliz e inmutable.

En los días siguientes, el teniente consiguió cabalgaduras para recorrer la margen izquierda del Saposoá, siguiendo la huella que conducía a Pasarraya. Lo acompañaban dos guardias voluntarios y un ganadero amigo con dos de sus peones. Nadie había visto nada extraordinario en los últimos treinta días, ni una cara extraña, ni una avanzada de pelucones con uniforme verde olivo. Por ahí vadearon el Saposoá hasta encontrar el camino de herradura que llevaba a Agua Blanca, una capital de distrito con campo de aviación, visitada, además, por un desprendimiento de la carretera de Tarapoto a Juanjuí que pasaba al norte, a San José de Sisa. El teniente Cieza mostraba interés en esa ruta, pues si la carretera concluía en Shatoja, de ahí continuaba una huella rústica que subía por el monte paralela al río Mayo y se acercaba a la Marginal después del abra de Tahgarana. Ahí recomenzaba una carretera de verano que permitía acercarse a Moyobamba casi por la espalda. Sólo como una curiosidad anotó que había aumentado el consumo de leche condensada en lata. También estaban agotadas las conservas de atún y sardina. De pronto mejoraba el apetito en las riberas del río Sisa. Por ese rumbo tenía que estarse concentrando el MRTA. Cieza y sus acompañantes regresaron a las cuarenta y ocho horas. El capitán comisario lo recibió burlonamente. ¿Qué podría haber encontrado? Nada de nada. Claro, a menos que hubiesen aparecido sardinas comunistas.

Así pasó octubre, seco y caliente, rutinario, lleno de aburrimientos. Al MRTA se lo había tragado el monte. Tal vez estaba en otra parte del país. A pesar de toda la información que apilaban los servicios de inteligencia y las agencias de la policía, el gobierno no ordenaba mover fuerzas especiales al Huallaga ni fortificar endebles cuarteles de ciudad. Pobre Saposoá, en realidad era imposible de defender. Recibían las balas contadas. Mil cartuchos no servían para disparar ráfagas los fusiles AKM16 que la Guardia Civil había recibido en 1986. Sólo podrían usarlos tiro por tiro, como viejas carabinas militares. Tampoco les daban chalecos

blindados o cascos de combate. Ensayaban puntería una vez cada dos meses, con siete cartuchos por persona. Carecían de puestos avanzados de vigilancia o comunicación confiable entre los distritos y la capital de la provincia. A fines de mes, un clavegrama anunció la visita del jefe de toda la Región. Al rato bajaba un nuevo helicóptero UH1 de la DIPA. No perdió tiempo el señor coronel en entrar a Saposoa. Sin moverse del campo preguntó si habían efectuado reconocimientos. El teniente Cieza contó sus experiencias. Al comando lo preocupaba la capital del departamento. En efecto, Moyobamba estaba en el vértice de un triángulo cuya base se apoyaba en Soritor y Tabalosos. A falta del traslado de más policías a San Martín, tenían que reagrupar fuerzas. Ya habían cerrado el puesto de Sacanche, donde la Marginal se encontraba con la carretera de Saposoa. Todas las guarniciones aportaban refuerzos para Moyobamba. De Juanjuí salía casi la tercera parte de los guardias civiles. Al teniente Cieza y cuatro subalternos los mandaban a Juanjuí. Sólo quedaría una patrulla de la POLCAR, la nueva Policía de Carreteras, vigilando en Sacanche. Antes de partir en su helicóptero, el coronel jefe de la Región llamó a un costado al teniente Cieza. "Lo felicito", dijo dándole la mano, "informan de Lima que ya se aprobó su ascenso a capitán."

### 3

## Teniente, casi capitán en Juanjuí

UN ESCUETO RADIOGRAMA CONFIRMÓ el primer lunes de noviembre que el teniente Cieza debía trasladarse a Juanjuí, tercera ciudad de San Martín y la más importante en esa parte del Huallaga, con un buen aeropuerto que recibía vuelos regulares de Chiclayo y Lima, aparte un activo tráfico de aerotaxi que llegaba tan lejos como Pucallpa al sur e Iquitos al NE. También tenía Juanjuí una estación de ENTEL que la comunicaba por satélite con el resto del país, tres radioemisoras comerciales y varios *periódicos del aire*, Registro Electoral, cuatro farmacias importantes, catorce hostales y pensiones de todas las categorías, una célebre panadería, juez instructor penal y juzgado civil, concejo provincial y fiscalía, una fuente de soda a la americana y concurridas fondas que daban al malecón o al puerto, como llamaban al desembarcadero para deslizadores y canoas motorizadas; una iglesia dedicada a la Virgen de Las Mercedes, casa parroquial, dos colegios religiosos, varios planteles para menores y un gran colegio nacional dedicado a la memoria del educador e historiador Carlos Wiesse. Los generadores a petróleo de la empresa Electro Oriente propagaban un alumbrado público a ratos penumbroso y energía suficiente para recibir imágenes de televisión a color a partir de las seis de la tarde. Además de la Subprefectura existía un cuartelito para la jefatura del Tercer Sector

de la 76ª Comandancia de la Guardia Civil frente a la Plaza de Armas, que funcionaba con jerarquía de Subcomandancia, entre la iglesia de la Virgen de Las Mercedes, y, al costado y atrás, la casa y huerta de don Julio Campos, comerciante en telas e importante propietario de la provincia.

A diferencia de otras ciudades, Juanjuí no tenía acta de fundación ni fecha de nacimiento. *Juan-juí* había existido en lo que ahora se conocía como Juanjuchillo, antes Juanjuicillo y todavía antes quebrada de Chacho. Era el sitio donde se había escondido un indio Juan que escapaba de una venganza en Lamas y que se *jué* a encontrar ese paraíso en las riberas del Huallaga. Hubiese sido apenas otro poblado de indios, pues se le fueron agregando al Juan original atraídos por la abundancia en carne de monte, de no ser por el espíritu aventurero y obstinado de Gaspar López Salcedo, que seguía siendo realista veinte años después de consumada la Independencia del Perú. Cuando Torre Tagle se pasó al bando del General San Martín en Trujillo, el capitán Gaspar López se había marchado con otros realistas a juntar fuerzas en Cajamarca para defender al Rey, sólo para acabar perseguido por una columna de patriotas cajamarquinos, principalmente chotanos, y ser derrotado en el futuro territorio del departamento de Amazonas. Pobre capitán realista Gaspar López, llegó a Moyobamba cuando ya era republicana, así que siguió viaje a la región aún salvaje de Lamas, donde los indios se mataban de un barrio a otro con motivo de sus fiestas y borracheras, lo que a su vez originaba venganzas, fugas y persecuciones. Uno de los prófugos había sido precisamente el indio Juan, que tardó seis años en atreverse a regresar, cuando el vecino principal era el antiguo capitán Gaspar López, casado con una belleza lugareña, Valentina Lozano, de quienes habrían de descender todos los López de la bendita región del Huallaga. Por cierto, el capitán Gaspar López había escuchado con toda atención la historia del indio Juan, decidiéndose a seguir su rastro por el monte hasta acabar en un nuevo paraíso. Ahí cambió de nombre a la quebrada de Chacho, a la que llamó Juanjuicillo, reservando Juanjuí para la actual Plaza de Armas y las casas inmediatas. Así que realmente nadie había fundado Juanjuí, se había hecho sola, una futura ciudad a la que pronto enviaron un cura, en 1841, el reverendísimo padre Del Águila, activo misionero cuyo apellido comparten miles de chachapoyanos, moyobambinos, loreanos y por cierto juanjuinos.

Cien años después, Juanjuí seguía siendo una dependencia de Saposoa, capital de la enorme provincia del Huallaga. Todo cambió en 1940, a un año de la primera elección presidencial de Manuel Prado, cuando el senador Víctor Manuel Arévalo, que habría de ser padre de la patria por muchos años, propuso y consiguió la creación de la provincia Mariscal Cáceres, cuya capital pasaba a ser Juanjuí, joya predilecta del Huallaga. Había escuchado muchas veces la historia, el teniente casi capitán Cieza, pues con su elevación a provincia, a Juanjuí llegó el primer avión que se posó audazmente en un campo de fútbol en las afueras de la ciudad, trayendo a un sudoroso señor prefecto que de inmediato instaló a un alcalde y un concejo provincial, a la peruana, con c de cabildo en vez de s de sabiduría, integrado por concejales y no por consejeros, a quienes encargó las solemnes fiestas de la inauguración provincial para el 2 de julio de 1940. A Cieza lo admiraba la exactitud de los datos y el instinto histórico de los antiguos juanjuinos, que iban esculpiendo nombres y fechas en las vías públicas a fin de que no se olvidara su pasado. Bastaba visitar el aeropuerto para conocer el nombre de ese primer piloto y hasta del mecánico que lo había acompañado en el primer viaje a Juanjuí, los mismos que regresaron con el delegado presidencial, dos diputados, jueces y otras personalidades, a dar realce a una semana de celebraciones que los viejos describían como *una tremenda fiesta*.

El teniente Cieza había visitado muchas veces Juanjuí. Conocía bien a don Julio Campos, vecino de la Subcomandancia de la Guardia Civil. Al costado quedaban su huerta y su casa y, más allá, por el Jirón Grau, su tienda de telas y un edificio de su propiedad. A los guardias les vendía a plazos. A una cuadra de distancia, en la esquina de los jirones Grau y Mariscal Castilla, estaba la Jefatura Provincial de la Policía de Investigaciones del Perú, PIP, donde también funcionaba la DIDNO (División del Nor Oriente), dependencia de la DINTID (Dirección Nacional contra el Tráfico Ilícito de Drogas) en Juanjuí, principal base de apoyo para las investigaciones sobre drogas en Tocache y Uchiza, con un importante arsenal y un valioso archivo regional. La PIP funcionaba frente a la casa de don José Campos, dueño de la zapatería "El buen amigo", y al Registro Electoral, que ocupaba uno de los rascacielos de la ciudad, tres pisos de ladrillo y cemento, que manejaba el doctor en leyes y futuro Notario Público don Julián del Águila. La PIP

colindaba con la estación de ENTEL y el depósito de Coca Cola. Junto a ella se encontraban los generadores y tanques de combustible de Electro Oriente. A seis cuabras de distancia existía, además, un local destinado a los veinticuatro guardias republicanos que protegían los edificios públicos y las propiedades estatales. En las afueras de la ciudad, en una orilla de la Marginal que se dirigía al norte, no faltaban bebederos de mala reputación. Juanjuí había crecido mucho desde la aparición de la carretera. El entusiasmo de los radio periódicos inflaba la población a veinte cuando no pasaba de once o doce mil, casi dos terceras partes de los habitantes de la provincia. Si la ciudad antigua se había organizado a la vista del río, la parte nueva prefería pegarse al aeropuerto y su pista de aterrizaje. La quebrada de Juanjuchillo, como decían ahora a Juanjuicillo, cortaba la parte sur. Por ahí bajaba un torrente de lluvias en el invierno selvático, que descargaba en un Huallaga entonces crecido y peligroso. De diciembre a marzo daba miedo sentarse en el malecón a observar la masa turbia colmando la amplitud de su cauce, alimentada por infinidad de afluentes y avalanchas licuadas por un diluvio que rodaba desde lo alto de la cordillera. No existían puentes. Todo Juanjuí se apiñaba en la ribera occidental de ese río tributario del Maraón, a su vez padre del Amazonas.

En la comandancia de Juanjuí esperaban buenas noticias. El mayor Medina, jefe operativo de la Guardia Civil, le entregó un clavegrama ya descifrado. Jorge Cieza Lachos, ascendido a capitán. Sería efectivo a partir del primero de enero de 1988. Estaba autorizado para viajar a Lima en el siguiente vuelo de la DIPA que iría a Juanjuí con escala en Tocache el sábado. En el peor de los casos tendría espacio en un Antonov militar que pasaba el lunes con destino a Chiclayo y Lima. Era la una de la tarde del miércoles 4 de noviembre. Faltaban 66 horas para que cambiara su existencia. Se iría Cieza a las siete de la mañana del 7 de noviembre. Dos veces siete y el siete le había gustado siempre porque le traía buena suerte. Antes del mediodía del sábado estaría con su familia en Lima, festejando el ascenso. Acaso le concedieran parte de sus vacaciones atrasadas. Pidió permiso para comunicarse con Lima. Encontró a Carmen en el teléfono de la familia Quiroz.

"Llego el sábado", dijo en el estilo lacónico al que estaban obligados, "ya soy capitán." Era y no era teniente. A nadie lo reconocían capitán mientras no le agregasen la tercera barra de mando en el uniforme.

Estaba y no estaba en Juanjuí, el teniente Cieza. Acababa de llegar y ya partía. Vestía de teniente y ya era capitán. Se le iban los pensamientos lejos de ese territorio pero aún lo preocupaba la posibilidad de un asalto subversivo. Aunque le quedaran 66 horas solamente, deshizo su equipaje para acomodarse en uno de los dormitorios de oficiales. Sobraba sitio, pues sólo había tres, incluido Cieza: el mayor Medina y el jefe de sector, capitán Luis Napa. Mientras estuviera en Juanjuí, al teniente casi capitán Cieza le correspondía actuar como jefe de servicios. En el interior de un estrecho ropero de metal colocó las fotos de su familia, una lámina de Santa Rosa de Lima, los uniformes en hilera, su arma personal con cargadores llenos de cartuchos, una caja de munición fresca para el Smith Wesson de servicio, las botas de campaña y otras de jebe y un capote para las lluvias. Después fue a presentar su saludo al capitán Napa.

La gente de Juanjuí no parecía preocupada por la aproximación subversiva. A diferencia de otras poblaciones del oriente, a Juanjuí habían llegado varios jefes del Estado, la visitaban ministros, podía comunicarse por satélite con la capital de la república y, aún más lejos, salir al extranjero, a cualquier rincón del mundo; en fin, crecía más rápido que la capital Moyobamba y se sentía a salvo de los grandes peligros que acongojaban a la región. En efecto, colochos, gringos o nacionales, los personajes del narcotráfico preferían moverse al sur de Tocache o en el territorio oriental del Huallaga; los bandidos de Sendero Luminoso se mantenían en las montañas de Huánuco y el MRTA se había evaporado dejando un simple rastro de amenazas y conjeturas.

El teniente Cieza saludaba al pasar a antiguos conocidos. Casi perdía la cuenta de las veces que había visitado ese lugar confiado y feliz. Juanjuí era demasiado grande e importante para que se atreviesen a atacarla. Ni Soritor ni Tabalosos se comparaban con la joya del Huallaga a la que cantaban los juglares sanmartinenses, además protegida por veinticinco hombres de la Guardia Civil, catorce de la Policía de Investigaciones y veinticuatro de la Guardia Republicana. Junto al aeropuerto quedaban las instalaciones del Batallón de Ingeniería Huascarán, temporalmente desactivado pero símbolo del poderío militar de la república. En el peor de los casos, estaban a dos horas del fuerte del Ejército en Morales. El Sector de Saposoa vigilaba al norte. En la región no faltaba Infantería de Marina ni paracaidistas militares.

Juanjuí dormía a pierna suelta en pleno estado de emergencia.

Los cuatro recién llegados de Saposoa siguieron juntos al asignarse nuevos turnos de guardia y retén. El cabo Salvo prefería al teniente Cieza, simplemente porque había sido guardia y con él podía entenderse con pocas palabras. No se andaba con discursos, el guardia montado ahora teniente de a pie y pronto capitán. Sabía bien lo que costaba a veces cumplir con un deber sencillo y no por eso perdonaba la disciplina. Tampoco fue separado el guardia César Romero, casi paisano del teniente, pues había nacido y estudiado en Cajabamba, otra provincia de Cajamarca, aunque de antepasados chotanos. Completaba el grupo un furriel, suboficial de quinta Mario Pereyra, perfecto charapa nacido en Iquitos hacía veinticuatro años. El teniente casi capitán Cieza fue a mirar la Plaza de Armas, con sus árboles tan grandes como extranjeros, que protegían a los juanjuinos del fuego perpendicular del mediodía. Nadie sabía bien qué clase de árboles crecían en el centro mismo de la ciudad, grandes pero diferentes, algunos en flor, de exótica apariencia, de más denso follaje otros, de diversas estaturas, todos viejos, de troncos tan gruesos que era difícil abrazarlos. En verdad los había traído de muchas partes del mundo el célebre diputado don Grimaldo Reátegui, acaso el más viajado de los políticos amazónicos, de quien se afirmaba que había estado en los Himalayas por ambos lados, uno el de la India y el de China y el Tíbet el otro. Don Grimaldo Reátegui, famoso por su espíritu de innovación, solía desencadenar situaciones de progreso aunque con cierto desorden, como en el caso de la luz eléctrica, clamor en la antigua Juanjuí iluminada a vela y kerosene. Ya que no pudo reunir fondos públicos para obsequiar un motor a Juanjuí, el diputado Reátegui había hecho llegar tres mil metros de cable eléctrico olvidado por el Ministerio de Fomento en algún lugar de la república, originando una urgencia que los juanjuinos debieron solucionar comprando con una colecta su primer generador. Así encendieron los faroles ornamentales de esa plaza llena de árboles exóticos y sin nombre y escucharon las estratégicas emisiones de Radio Nacional del Perú en el Huallaga. Y es que de cada uno de sus viajes don Grimaldo Reátegui traía bolsas con semillas y aún tallos y hasta plantitas que mantenía verdes en sus travesías por el Atlántico y el río Amazonas al puerto de Iquitos, y de ahí en vapor con paletas por el Marañón y el Huallaga lentamente a Juanjuí. Por cierto, había trasladado lo mejor de sus

almácigos a la Plaza de Armas, donde nadie se atrevió nunca a quebrar una ramita o a quitar una hoja de las plantas del diputado, de modo que muchas crecieron con el espíritu de gigantismo característico del Amazonas, recibiendo nombres que al pasar les dejaba la gente, ceibas porque daban flores, sicomoros para un misionero que había estado en la India, baobabs para un marino que los conocía trasplantados hacía un siglo a Puerto Limón, en la parte atlántica de Costa Rica; pisonay para quienes bajaban de las sierras y ficus para los sabios de una expedición científica japonesa. Lejos de esa sombra espesa, se secaban plantas ansiosas de aguaceros. El Huallaga empujaba su propia brisa, que apenas disolvía el calor estancado al comienzo de la tarde. Los guardias se iban por grupos para el almuerzo. Unos a sus casas, como el cabo Saldaña, padre de siete niños. Otros a tomar pensión en fondas cercanas o en los puestos de comida que daban al Huallaga por Puerto Amberes. Salían, volvían, sin tiempo para descansar. Así era la vida de los policías, apurada, de pie, haciendo guardia, con ojos que rehusaban ver el aparente vacío de esas tardes de paz y secreta desolación.

Habían confirmado el ascenso del teniente Cieza y no sonreía. Fue a pasear por la plaza, sin saber qué molestaba sus pensamientos. Al rato entendió que eran los árboles, demasiado grandes, casi un bosque frente al improvisado cuartel urbano de la Subcomandancia de la Guardia Civil, cuya jefatura departamental estaba en Moyobamba, a muchas horas de viaje. Mejor fuese establecer a las fuerzas policiales en otra parte, con un plan conjunto de defensa bien organizada. Pero era demasiada propuesta para un simple teniente casi capitán. Las grandes decisiones las discutían de coroneles para arriba. Abajo era preferible observar y callar.

Quedaban desiertos los jirones entre una y dos, con sus veredas sin sombra, sin nadie que vigilara verdaderamente. Un cabo y cuatro guardias cuidaban la Subcomandancia, además de un solitario vigilante de puerta armado con un fusil AKM, a quien Cieza observó conforme se movía al interior, esquivando el peso insoportable del sol. Sobre ellos pasaba el día casi de perfil, con su esplendor en tránsito del río a la Marginal, de la selva a la cordillera que no llegaba a verse en Juanjuí. Para entonces ya el teniente Cieza había recibido el saludo de los servidores de esa mínima guarnición provincial. El sargento 1º Pérez Saavedra parecía un tipo confiable. Tenía a su cargo los trámites

documentarios, así que venía a ser el administrador policial de Juanjuí. El sargento 2º Elmer Girano atendía las denuncias. Ambos se pasaban la vida golpeando teclas de dos viejas máquinas de escribir, para despachar documentos por sextuplicado que iniciaban infinitos trámites judiciales o vecinales. Ya conocía al sargento 2º Pérez Tello, que manejaba los equipos de radio, el transreceptor con un *couple* para orientar la antena, unidad integrada a la red nacional HF/SSB que recibía clavegramas de la Comandancia o directamente de Lima; y un viejo motorola que servía para comunicarse con los *handies talkies* usados en las rondas. Completaban la guarnición un sargento 1º de descanso, los cabos Pinedo, Saldaña y Salvo, el SO5ª Manrique, el guardia Chávarry destacado en el aeropuerto, catorce guardias efectivos y cuatro descuentos, dos de comisión fuera de Juanjuí y dos con descanso médico.

Vistos por separado, no componían mucha fuerza pública en una ciudad de casi doce mil habitantes a quienes debían mantener en pacífica convivencia, además de protegerlos de terribles amenazas. Así era la antigua Guardia Civil del Perú, hecha con hombres de todo el país, algunos envejecidos en un servicio que rara vez prestaban cerca de casa, en verdad duro, mal remunerado, peligroso, con frecuencia incomprendido. El oficio de autoridad pequeña, a ras del pueblo, los forzaba a intervenir en conflictos cotidianos, en los que tenían que mediar o juzgar y hasta sentenciar a su manera, sólo para que no se convirtieran en grandes disputas con papel sellado y jueces que actuaban forzosamente según códigos irreales y estrechos en vez llevarse por el sentido común o el simple espíritu de justicia. La intervención policial podía desembocar en reprimenda; la de los jueces concluía con barrotes carcelarios o multas impagables. La Guardia Civil estaba ahí para evitar que la gente se maltratara, que no hubiese niños esclavos de sus mayores o mujeres apaleadas por maridos borrachos y celosos. Su función más importante consistía en mantener un equilibrio entre derechos y deberes, la armonía de los ciudadanos, la tranquilidad en la sociedad básica, primaria, distrital, el barrio a cuya gente conocían por el nombre de pila. Policía, juez de paz, párroco, maestro de escuela, vecindario. Tales eran las raíces de la patria. Hasta los alcaldes estaban más alto y lejos de la base misma del país que ellos. Vivían con el pueblo, los guardias. Terminaban el año con las botas roídas por tantí-

sima caminata. De tanto lavarse se les deshilachaban cuellos y puños de sus camisas de reglamento, casi siempre dos, una más vieja que la otra. Muchos tenían que construirse viviendas rústicas en los pueblos jóvenes, esas barriadas que empezaban con esteras y que tardaban una vida o más en crecer ladrillo por ladrillo. Compartían la pobreza de la mayoría. Los ascensos podían empujarlos unos peldaños arriba, a una clase media ni siquiera adinerada, cargada de urgencias. Algunos se distanciaban y endurecían. En todas partes afloraba la codicia y se malograban corazones. Los hombres conocían toda clase de desencantos y a veces se rendían y traicionaban. Algunos caían en las tentaciones del camino. Otros conocían el maltrato de autoridades superiores, políticas y transitorias, a veces enriquecidas no tan misteriosamente, en el peligro ausentes, que casi nunca rendían cuenta de sus conductas, no como los guardias que podían cambiar de destino aunque sin escapar nunca de la memoria popular y su mirada justiciera, ese rencor masivo que mataba el sueño. Observaba el pueblo a los caínes como si expresara el odio de Dios. Policías de pobreza, rasos de la sociedad, magistrados iniciales, tenían que dar el ejemplo sin permitirse ceder a los sobornos o intimidaciones. ¡Y qué difícil resultaba ser autoridad justa sin un centavo en el bolsillo! ¡Qué terrible defender la paz pública y sus leyes con los cartuchos contados! Al cabo de un año de guardia, tres de cadete y siete, ya casi ocho de oficial, tres como alférez pegado a la tropa y cuatro de teniente al mando inmediato de clases y suboficiales, Jorge Cieza Lachos sabía separar a los guardias no doblegados de quienes sucumbían a la comodidad, coleccionistas de objetos inútiles que en vez de adornar denunciaban la corrupción de sus espíritus.

Al atardecer del miércoles 4 de noviembre, el teniente Cieza pudo visitar al comandante Castro, de la Policía de Investigaciones. Aunque estaba al mando de la Jefatura Provincial, las operaciones más importantes pertenecían a la DIDNO, dependencia sub regional de la DINTID, que trabajaba con personal de entrenamiento superior, muchas veces preparados en el extranjero, lo que explicaba la presencia en Juanjuí de más oficiales que suboficiales o vigilantes. El nuevo Plan Nacional de Operaciones de Emergencia, colocaba al comandante Castro en el mando de todas las dependencias policiales, pues tenía el rango más alto en la provincia. Recibió a Cieza con muestras de simpatía. Ya estaba enterado de su próximo ascenso. Además conocía

al hermano mayor de Cieza. No hablaron mucho, pero se mostraron de acuerdo: si era preciso entablar un combate urbano, nada ganaban encerrándose en una casa transformada en cuartel. Se debía pelear desde los sitios más altos o buscar los descampados y vigilar las entradas y arrabales, no como entonces, confiados a la prontitud de tres o cuatro centinelas en toda la ciudad.

Más tarde, el mayor Medina, jefe operativo de la Guardia Civil, salió con el teniente Cieza para su cotidiana ronda social, una mirada a los antiguos juanjuinos reunidos en el Club Mariscal Cáceres, una corta visita al más activo Club Loreto, después el recorrido por establecimientos en los que ya fulguraban luces de neón. A esa hora se diluía el bochorno del atardecer y, todavía con el cielo pintado de colores chillones, esos fuegos propios de los crepúsculos de la selva, llegaba un viento tibio a favor del Huallaga para revolver el fatigado follaje de los árboles sin nombre y sacudir las planchas de latón que cubrían la mayoría de las casas. Parecía el mejor momento para todos, pues salían los paseantes a la Plaza de Armas, unos a murmurar y reír, otros a buscar pareja; parpadeaban los anuncios luminosos, se llenaban de gente los locales públicos y se daban encuentro autoridades y potentados para la cotidiana sesión de lo mismo, batir de dados, bebidas heladas y progresivamente espirituosas, un productivo intercambio de información, y, cerca y a la vez distantes, las imágenes a rayas y las voces profesionales que recitaban las noticias de hoy casi iguales a las de ayer y de antes y seguramente de mañana, la misma confrontación política, idéntico el debate sobre el futuro de la banca privada, repetida la muerte por ejecuciones políticas o explosiones de dinamita, calcadas de un día a otro las declaraciones de personajes nunca reemplazados, siempre en caída el valor de la moneda nacional y, al revés, acelerándose el ascenso de la inflación, la profundidad de la crisis, el tamaño de las deudas de la pobre patria cada vez más harapienta. Encima, al frente, en la penumbra, atrás, como un telón de fondo, en todas partes y a todas horas se repetía el rostro del señor presidente de la república, jefe supremo de las Fuerzas Armadas y de los servicios policiales, primer magistrado nacional, futuro senador vitalicio, jefe del partido, secretario general perpetuo, dedicado a convencer con voz mussoliniana que estábamos en paz confusa pero auténtica, que el péndulo de la historia salía del reflujó y que pronto daría impulso memorable a un salto

dialéctico transformador del porvenir andino y latinoamericano. Parecía que el Perú estaba hecho de sólo cien ciudadanos principales y que existía a partir de diez o veinte asuntos y que nada cambiaba nunca en las emisiones de noticias a todo color que llegaban por el satélite. Jamás se ocupaban de lo que sucedía en las provincias, ni se acordaban de San Martín, ni mencionaban Juanjuí o las comarcas del Huallaga a menos que fuese para dar cuenta de una tragedia o estuvieran contando muertos y las familias llorando sobre recientes sepulturas. La verdad, Lima sólo daba malas noticias del resto del país. Veía el Huallaga con truculencia o no lo veía en absoluto. Al contrario, los radio periódicos locales traían una correntada de rumores, saluciones, mensajes y tal cantidad de noticias, muchas de ellas felices y hasta festivas, que Jorge Cieza Lachos no se sorprendió al escuchar su nombre en la edición de las seis por *Ondas del Huallaga*, la primera en extenderle una calurosa bienvenida, pues era antiguo conocido, un excelente oficial que había servido ejemplarmente en Tocache, acabado de llegar con importantes refuerzos. En tiempo de emergencia, las emisoras debían abstenerse de informar sobre movimientos militares y policiales, pero más poderosa era la curiosidad pública así que saludaban el retorno de Cieza, dándolo como capitán efectivo, jefe de una tropa loretana que venía a incrementar la protección de la floreciente ciudad de Juanjuí.

Del miércoles al jueves descansaban los llegados de Saposoa. A la noche siguiente cargarían con lo pesado de la guardia. Algunos viejos conocidos de Cieza querían celebrar el ascenso. Pidió al mayor Medina que lo ayudara a excusarse por razones de servicio. En pleno estado de emergencia no parecía oportuna una parranda cívico policial. Estaba exhausto, además. Tal vez pudiesen reunirse al otro día o, mejor aún, la noche del viernes, al filo de su partida. Cierta inquietud lo visitaba a ratos, sin que llegara a ser una premonición. Al guardia llegado a teniente casi capitán lo preocupaba sentirse observado sin saber por quién. ¿Cómo devolver tan misteriosa vigilancia? Crecían edificaciones con azoteas que nadie se molestaba en controlar al caer la noche. Estaba demasiado quieto Juanjuí, con esa parte del Huallaga en paz mientras la cordillera, Lima y la selva eran zonas de guerra. ¡Estado de emergencia! Ni siquiera tenían el poder pata vigilar la Marginal, pues el pequeño destacamento de la POLCAR, la nueva Policía de Carreteras, tenía sus dos vehículos malogrados, en dudosa reparación.

Después de visitar la Jefatura Provincial de la PIP y a los agentes de la DIDNO, el teniente Cieza dedicó una mirada crítica a los tres pisos del Registro Electoral, preguntándose por qué no tenía un centinela de la Guardia Republicana. Acaso lo creían innecesario, pues estaba en la otra vereda de la PIP. Luces de neón blanqueaban las ventanas contra el cielo rojo por el que terminaba ese primer miércoles de noviembre. Entonces vio salir a don Julián del Águila, jefe del Registro en la provincia Mariscal Cáceres, a quien ya conocía. Hablaba fuerte, marcando las sílabas con el inconfundible acento del Amazonas. Saludó jovialmente al oficial y lo invitó a acompañarlo por el Jirón Grau. Más allá se les unió don Gilberto Peña, pariente de don Julián, pues también era del Águila, que había concluido las ventas del día en su negocio de combustibles, aunque sólo los acompañó un corto trecho, pues tenía asuntos urgentes que atender. El resto siguió hacia a la Plaza de Armas.

Los nombres de las grandes calles se repetían en las ciudades pequeñas del Perú. Recordaban a los verdaderos fundadores de una patria que no tenía la misma antigüedad en todo su territorio, francamente remota en la región andina del Cusco y también en Cajamarca, de casi dos siglos de edad en la capital de la república, demasiado joven en las planicies y selvas orientales que recién empezaban a poblarse. Pero en todas partes esos nombres alimentaban el sentimiento nacional. A ellos se debía que no estuviese el Perú en formación sino que fuese un país ya hecho o acabado de hacer, único, permanente, decidido a continuarse. Distante Juanjuí de la memoria andina, había olvidado al primero de los incas y prefería a Bolívar como libertador que a San Martín, a juzgar por la importancia de sus calles, y, por cierto, había dedicado casi dos kilómetros al libertador de los esclavos que había sido el Mariscal Castilla y que pasaba por la esquina de la PIP para seguir de largo al aeropuerto, paralela a la antigua pista de aterrizaje. La calle más concurrida, sin embargo, tenía un nombre repetido en la totalidad de provincias y distritos, casi como un sonido de la patria misma: Grau, Miguel Grau, almirante Grau, cuarenta y cuatro años de edad su muerte, ciento ocho años habitante de la gloria, el marino que había rehusado vivir rendido, entregado al adversario, porque a veces no tenía precio la muerte, ni siquiera la vida con sus amores interrumpidos, sus siete huérfanos sin consuelo, su viuda a perpetuidad. Avenida Grau, jirón Grau, plaza Grau. Lo que quedaba de su cuerpo

había recibido un solemne funeral en el campamento chileno de Antofagasta, con las fuerzas enemigas rindiéndole honores como si se tratara de su propio héroe. Y había sido Grau quien se admiraba de los elogios que le ofrecían en plena guerra, haciéndolo escribir una carta a un compadre y amigo con una frase que el teniente Jorge Cieza Lachos nunca olvidaba: "Si los héroes son como yo, declaro que no hay héroes en el mundo."

## 4

### **La guerra llega a Juanjuí (Noche del jueves 5 de noviembre)**

EL GUARDIA BENJAMÍN DEL CASTILLO relevó al cabo Rosendo Saldaña como jefe de grupo a las ocho de la noche del jueves 5 de noviembre. También cambiaban al vigilante de puerta y a los tres guardias que daban seguridad interior a la jefatura del Tercer Sector de la 76ª Comandancia de la Guardia Civil frente a la Plaza de Armas. El cabo Saldaña había empezado su servicio a las dos de la tarde del jueves. Hasta que acabara el viernes tendría que trabajar trece horas en dos turnos. El siguiente, la guardia a la que llamaban nona, empezaría a las 02.00 del 6 de noviembre. No descansaría hasta las nueve de la mañana. Siete horas más tarde, retén. Nacido en Rioja, el cabo Saldaña sentía orgullo de ser guardia civil. Aparte de la vigilancia y las rondas, desempeñaba su autoridad en el mercado juanjuino a partir de las cinco de la mañana, cuando se abrían las puertas y los mayoristas negociaban como si vendiesen sus vidas en vez de yucas y legumbres. Al escándalo de voces se agregaba el furor matinal de radio periódicos y músicas superpuestas, no en confusión sino en hileras, como capas de sonido, de modo que era posible separar canciones de noticias, voces de otras voces, el entusiasmo de los animadores selváticos, con su fuerte acento amazónico, de la impostada parlancia profesional de distantes locutores

colombianos; el español de la selva peruana del portugués de la frontera con Brasil, todo reunido en una orquestación de disonancias y anuncios y los últimos hits musicales de tres países y hasta verdaderas reyertas verbales entre caseras debido al constante aumento de los precios. Así sonaba Juanjuí en la cabeza del cabo Saldaña, magistrado final que liquidaba conflictos de mercaderes con respetado estilo salomónico, cortando por la mitad las ventajas de todos. Había nacido y seguramente moriría en San Martín. Aún si le correspondía descansar, el cabo Saldaña entraba en actividad desde el amanecer con una ronda gratuita hasta el Huallaga. Desde las cuatro llegaban embarcaciones al barroso desembarcadero, en cuya parte alta se apiñaban tendajos iluminados con lámparas de gas. Ahí desayunaban comerciantes, otros dormían en hamacas viejas y sucias que parecían bolsas, como frutos inmóviles en medio de un escándalo de transacciones y radios a todo volumen. Entonces ya estaban listo el batido de huevos, servían ponches para reconstituir el vigor de la existencia y un olor a fritura se confundía con las emanaciones del río y sus barrancas de lodo salpicadas de desperdicios. Ahí acostumbraban amontonar canastones de verduras cosechadas en la otra ribera del Huallaga o en los valles de Tocache y Uchiza. La guerra invisible modificaba las costumbres. El estado de emergencia no permitía el tránsito de camiones por la noche. Vehículos atiborrados de alimentos tenían que alinearse frente al mercado, esperando que la vida volviese a la normalidad. En la otra orilla del Huallaga se apiñaban embarcaciones, como si hasta el río hubiese suspendido el movimiento de sus aguas. Sólo se veía el resplandor a pausas de las lámparas a petróleo, bamboleándose al paio, y, en ésta orilla, a los cargadores ociosos, quietos, de cuclillas en el fango inmemorial de Juanjuí.

Aunque no estuvieran de servicio, los guardias nunca salían desarmados, ni siquiera a visitar a sus familias. Saldaña revisó su revólver personal, un antiguo y pesado calibre 38, antes de poner el Smith Wesson de reglamento en el armero bajo llave. Al salir se despidió de sus jefes. No estaban los sargentos. El mayor Medina había salido con el teniente Cieza. El capitán Napa tenía descanso. Saldaña dejó el mando al cabo Salvo, que estaría toda la noche en el cuartel, y se marchó a visitar a su mujer y siete hijos. Tomaría alimentos y descansaría un rato antes de volver a la Subcomandancia, para el turno de amanecida

del viernes 6 de noviembre.

### Pequeños anuncios del futuro (Toque de retreta en la Republicana)

A LAS CINCO, DIANA. Empezaba a salir el sol cuando la corneta los botaba de escuetas camas de campaña. A las nueve de la noche, retreta. La historia al revés. En los cuarteles apagaban las luces, oscurecían las cuadras, tropa y oficiales se tendían a dormir. Sólo quedaban en pie guardias y centinelas. En vez de concentrarse en las noches, la Republicana se fragmentaba en pequeños destacamentos. Antes había sido una fuerza realmente militar, armada con fusiles de guerra, destinada a servicios tan duros que no podían encargarse a los conscriptos. Cuidar presidios, vigilar fronteras remotas, proteger propiedades del Estado, servir de avanzada y custodia permanente, todo su trabajo exigía profesionales en sus filas. En los tiempos en que existía pena de muerte, la Republicana se encargaba de los fusilamientos. Más soldados que policías los republicanos, en caso de guerra marchaban al frente como tropa de choque. Hasta los años 70 habían tenido por jefe a un general del Ejército. En los años 70 habían organizado un cuerpo de comandos llamados *Llapan Átic*, expresión quechua que quería decir *quienes todo lo pueden*. En esa época la Guardia Republicana se había integrado al conjunto de Fuerzas Policiales. El cabo Oswaldo Lozano eligió la vida de guardia, cuando la Republicana se transformaba en una fuerza moderna, de jóvenes corpulentos en vez de los veteranos con polainas y fusil máuser original peruano, pesado y largo como un rifle napoleónico. A diferencia de guardias civiles e investigadores, a los republicanos no los cambiaban de destino constantemente. Podían establecerse, tener familia, integrarse a la población. El cabo suboficial de 2ª Oswaldo Lozano Ramírez había nacido en el oriente peruano. Jamás podría perder su acento de charapa. Estaba en Juanjuí desde 1983 y, fuera del cuartel, vivía con su mamá. Esa noche de jueves para viernes, descansaba hasta acabar la prima. Tenía turno de amanecida. Cuando se tumbó en su colchoneta después del toque de retreta, no consiguió dormir. Recordaba haber visto raros transeúntes frente a la Guardia

Republicana, mirones en las esquinas del Jirón Huallaga que no parecían de Juanjuí, desconocidos que paseaban con lentitud. No miraban, aprendían con los ojos. Al cabo de cuatro años, Lozano creía conocer al vecindario. Otros republicanos habían visto rostros nuevos. No abundaban viajeros en épocas de violencia y estaba inquieta la población de Juanjuí, no las autoridades ni los señores principales sino la gente de abajo, que observaba y sabía, que siempre sabía. Hasta la mamá de Lozano estaba preocupada. Le había cosido un detente por debajo del uniforme y le había dicho: "Ten cuidado, hijo, no vayan a presentarse los terrucos."

Al fin durmió, aunque apenas una hora. Se levantó al empezar la prima. El guardia Fidel Reátegui se instalaba de centinela en la puerta, concluía el turno del sargento De la Cruz. Nada parecía distinto, salvo la atmósfera cargada de cierta rara electricidad, anuncio de una tormenta imposible pues estaba limpio el cielo, repleto de estrellas, y el barómetro se mantenía estable. Ni siquiera se apuraba la brisa del Huallaga. Hasta el tiempo daba la impresión de haberse estancado después de medianoche. Casi se escuchaba la respiración acompasada de los juanjuinos que habían postergado la idea de una desgracia. Dos tercios de las casas de Juanjuí estaban hechas de barro tapiado mezclado con chamizos o cañas. Ni siquiera las habían construido de adobe. Hasta el importante Hotel Monterrey, en la céntrica esquina de los jirones Triunfo con Grau, era una edificación de madera y quincha, con balcones en el segundo piso y techos cubiertos de hojalata. Al menos a la Guardia Republicana la protegían paredes de ladrillo, aunque no ocupaban un cuartel verdadero sino una vivienda a medio transformar, que conservaba grandes ventanas para refrescarse del bochorno juanjuino. Aunque pasaban de veinte republicanos, sólo tres cumplían servicio en la Jefatura Provincial. Tres más protegían las instalaciones de Electro Oriente, a espaldas de la PIP, y otros tres prestaban servicio en la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, ENTEL, cuya antena en forma de disco servía para conectar Juanjuí con un satélite y cualquier parte del mundo. Además enviaban guardias al aeropuerto y el Hospital de Apoyo N° 16, al final del jirón Peña Meza, cerca de la curva de la Marginal que entraba a la ciudad. También cuidaban el Banco de la Nación y la Subprefectura, todo en turnos de siete horas más dos y otras siete de retén y las demás para descansar a medias, pues hasta

dormidos seguían de servicio, en calidad de refuerzo. Francamente desvelado, Lozano salió a la puerta donde el guardia Reátegui mostraba ese rostro quieto e inexpresivo de los centinelas que miraban sus pensamientos en vez del paisaje. "No es tu hora", dijo Reátegui. Faltaban cincuenta minutos para el relevo. Lozano se encogió de hombros. Daba lo mismo. Cuando fuesen las dos se pondría con su arma en la puerta y Reátegui pasaría a sentarse en la Prevención, sin separarse del fusil y el morral de municiones. "¿Qué te preocupa?" —dijo Reátegui. El cabo Lozano señaló la trinchera abierta hacía una eternidad por un contratista de obras públicas. Habían olvidado instalar nuevas tuberías de agua en la calle Sargento Lores, con una zanja que torcía a cien metros, por un costado del Jirón Huallaga, para seguir por el Jirón Peña Meza en casi toda su longitud. "Es un peligro", dijo Lozano, "ni que lo hubieran hecho a propósito. Cualquiera puede acercarse por ahí sin que podamos verlo."

### **Las autoridades reunidas para festejar el ascenso de Cieza (Después de medianoche)**

TODAVÍA EN PAZ, JUANJUÍ. La guerra nunca la había visitado. Ni siquiera se le acercaban terremotos. Los días del Huallaga empezaban antes de que saliese el sol, concluían con la última función de cine a las nueve o con las noticias de las diez llegadas por satélite. En época de emergencia, con las garantías suspendidas, hasta las fondas ribereñas apagaban sus luces de neón al llegar la medianoche. A partir de entonces, nadie debía transitar a excepción de autoridades o vecinos importantes, propietarios fuera de toda sospecha. El teniente Cieza consultaba su reloj con disimulado disgusto. El mayor Medina insistía en festejar su ascenso, como si ya hubieran puesto la tercera barra en los hombros del teniente. Un grupo de principales pagaba el agasajo,

dedicado, además, a las voleibolistas peruanas que volvían a la patria después de ganar un campeonato mundial en Japón. Por cierto, los caballeros habrían preferido la conquista de un mundial de fútbol, pero lo mismo daba para una celebración. En Juanjuí brindaban por todo, resultados electorales, victorias deportivas, nacimientos, efemérides, fiestas religiosas, hasta por ciertas defunciones que anunciaban una indudable elevación a la gloria de Dios. No era raro escuchar saluciones a la memoria de muertos recientes, en velorios y aún a mitad de los funerales. Nada quedaba sin haber sido correctamente festejado. Esa noche, la televisión por satélite había mostrado a una multitud que esperaba catorce o quince horas en el aeropuerto internacional de Lima, con banderas y carteles de agradecimiento a las campeonas. Lamentablemente se habían demorado en su extenso viaje desde Osaka. Un engolado locutor dijo que las voleibolistas volvían "coronadas de gloria" y que personificaban "la grandeza de la Patria". Otra voz llena de astucia pidió que el gobierno las premiara con casas y automóviles. También las emisoras del Huallaga se floreaban en sus peroraciones sobre el coraje y belleza de la mujer peruana. Las noticias de las nueve anunciaban el regreso de las campeonas para las doce; el informativo de las diez dijo que llegarían a las tres o cuatro de la mañana. Mientras tanto, Cieza daba motivo suficiente para seguir bebiendo hasta el amanecer. Pero el teniente casi capitán había resultado un aguafiestas. Se negaba a mojar la garganta, ni siquiera con cervezas francamente inofensivas, mucho menos con espléndido ron destilado en Huánuco o explosivos cañazos que servían para macerar culebras medicinales y raíces de la selva que fortalecían el sexo.

Aparte del frustrado pero siempre triunfal retorno de las campeonas, el jueves 5 de noviembre había sido un día cualquiera, igual a la víspera ante los ojos de los juanjuinos. Seguía la confrontación entre los bancos "intervenidos" y el gobierno de intenciones expropiadoras. Los dueños de los bancos protestaban porque no se cumplía el mandato judicial de reponer sus derechos como accionistas. Al contrario, seguía la usurpación de gerencias, directorios y presidencias ejecutivas. El presidente de la república hablaba del futuro de la industria petrolera nacional, anunciando grandes inversiones para la región de la selva; visitaba un hospital para enfermos de cáncer, recibía a un ministro de Estado español y calificaba a ciertos empresarios de alarmistas por

vaticinar una inflación incontrolable del 110 por ciento a final de año. Nadie imaginaba las profundidades a las que podría llegar la catástrofe nacional, alimentada por la disensión política, el aislamiento económico, la improvisación hacendaria y la presión insoportable de la guerra invisible, pero la poderosa CONFIEP, una confederación de empresarios, financistas e industriales, revelaba que en vez de inversiones se propiciaba la especulación cambiaria y que las exportaciones habían bajado en 15 por ciento mientras las importaciones aumentaban en 49 por ciento, resultando en una balanza comercial negativa. En Juanjuí se distraían los televidentes: pérdida de cuatrocientos millones en reservas, peligro de una bancarrota nacional, los exportadores en desventaja, fábricas funcionando a un tercio de su capacidad, desastre, hambre, desempleo. En la Izquierda Unida se arrancaban los ojos mientras el alcalde socialista de Lima paseaba Moscú por el 70º aniversario de la revolución soviética. Salud, caballeros. Esa gente de la capital no tenía compostura. Se agotaban las noticias en la televisión por satélite y no habían dado una sola noticia de Juanjuí o del Huallaga.

Faltaba el subprefecto, a quien habían atacado unas bacterias estomacales, así que los gobiernistas estaban en minoría. Antes de medianoche crecía un tono de crítica opositora y la charla se concentró en el abandono de las fuerzas policiales. Mandaban unificar instituciones. Mientras tanto todo era transitorio, hasta las jefaturas. Realmente los rangos actuales no servirían para siempre, ni las fojas de servicio, ni la experiencia en una especialidad. Uno de los comensales recordó que antiguos gobiernos habían hecho perseguir a los apristas en su época original de catacumbas y terrorismo, cuando la gente conservadora les decía aprocomunistas. Entonces se parecían más al APRA Rebelde convertida en MIR que al partido socialdemócrata cuya identidad reclamaban en el presente. ¿Acaso no habían empujado a los pueblos a perpetrar crímenes revolucionarios, asaltos a cuarteles y asesinatos de uniformados indefensos? ¿No había sido el APRA la primera en causar apagones y en poner bombas de dinamita, inaugurando el arma política del Terror apenas cuarenta años en el pasado? Los principales no habían nacido ayer, recordaban épocas tremendas. Voces prudentes recordaron que la humanidad estaba en perpetua evolución, que los rebeldes de ayer solían convertirse en los conservadores de mañana. Hasta los representantes del gobierno concedían cierta mínima

aprobación. ¿Quién buscaba y encarcelaba? Policías, guardias civiles, investigadores, rurales, republicanos. Después de medio siglo, ¿quién gobernaba? Un presidente del APRA. A lo mejor quería cobrársela en quienes habían ejecutado las órdenes, y hacerse amigo de quienes las habían impartido. Sólo así explicaba un comensal (antigua autoridad de una administración anterior) que las fuerzas policiales tuviesen los salarios más bajos del país o el abandono de patéticas guarniciones en pleno infierno de drogas y contratos de muerte, aparte de los cartuchos envejecidos, las botas de mala calidad, las continuas purgas y enjuiciamientos, los maltratos administrativos, hasta la inconsecuencia de los medios de comunicación y la indiferencia oficial ante huérfanos y viudas de los caídos en el cumplimiento del deber. El teniente Cieza recordaba sus tiempos de guardia, cumpliendo su primer mes de servicio, otro más de los novatos a quienes los guardias viejos llamaban "morocos", escuchándolos aceptar con fatalismo la tremenda pobreza del servicio tan importante que prestaban. Sin ellos desaparecía todo, hasta la civilización, el ordenamiento jurídico, la república misma. Y tenían que pagar las balas gastadas. Prohibido quejarse. Los más antiguos solían decir: "Si me emborracho, lloro." Autoridades de la pobreza, agentes de una ley que se iba desdibujando conforme su cumplimiento se alejaba de la gran metrópolis capitalina, salían agotados de un servicio que jamás terminaba, pues eran policías siempre, en todas partes. Policías para prevenir delitos. También policías para morir. Si me emborracho, lloro. Otras voces coincidían en esa reunión de la que el guardia ahora teniente y ya casi capitán ansiaba escapar. No estábamos en guerra desde hacía siete años, cuando Sendero Luminoso había apagado las luces del país en plena inauguración presidencial. Esa noche del 5 al 6 de noviembre de 1987 la guerra cumplía veintidós años, pues había empezado realmente con una matanza de guardias civiles en Yahuarina en 1965. Y en esa guerra, hasta esa noche, la mayoría de los muertos pertenecían a las fuerzas policiales, sobre todo a la Guardia Civil.

Al fin se incorporó, pidió un permiso, salió a la calle el teniente Cieza. Su reloj había registrado el paso de la medianoche y el cambio de fecha. Viernes 6 de noviembre, al fin. Tan sólo siete los días, simplemente se iban borrando de la memoria. Estábamos entrenados para conservar fechas, números, como si fuese lo mismo un lunes que

un domingo, un martes que un viernes. Ni siquiera su mamá se acordaba en qué día de la semana lo había alumbrado. Un 24 de marzo, muy bien. ¿Sábado, miércoles, un amistoso viernes? Los viernes le habían parecido importantes y ahora se preguntaba si era por su inclinación festiva o su temperamento industrioso, de apuro y final, pues en verdad cerraban las semanas, esos pequeños capítulos de la existencia. En la zona de emergencia eran días peligrosos, los viernes. No faltaban fiestas, se ausentaban o malograban las autoridades. A veces las parrandas duraban hasta el domingo. Aún más peligrosas eran las noches, pues nadie contestaba los teléfonos del gobierno en Lima, como no fueran adormilados ordenanzas temerosos de importunar el elevado descanso de sus superiores.

Tenía para rato la reunión de principales. Realmente no era necesaria la presencia del teniente. Se festejaban solos. Los dejó hablando de los malditos subversivos. Sobraban epítetos. Gente perversa, asesina, capaz de todo, metida en negocios criminales, gente secuestradora. Sendero explotaba a los infortunados habitantes de las regiones que caían bajo su dominio. A los pobres indios los sometía a una esclavitud que llamaban revolucionaria. El MRTA levaba muchachos para meterlos en la subversión. Ni uno ni otro se andaba con delicadezas, aunque el MRTA procuraba difundir una imagen casi romántica y generosa. Ambos usaban el terror como instrumento de dominación política. A los guardias civiles asesinados a balazos en Tingo María, los habían decapitado después de muertos. No era nuevo, desde luego. El teniente casi capitán recordaba a sus tíos contar que en Cajamarca, sobre todo en Chota, clavaban las cabezas de los bandidos en la Plaza de Armas. Había sido costumbre hasta los años 30. En otras partes colgaban a los ajusticiados hasta pudrirse o que fuesen devorados por los buitres. Lima ponía a sus ahorcados en la Puerta de Desamparados, junto al palacio de virreyes y presidentes, como un aviso de crueldad justificada a quienes venían de la cordillera. Ahí quedaban hasta que los huesos se desmoronaban de puro viejos. En el Huallaga ocurría al revés. Los bandidos clavaban las cabezas y colgaban los cadáveres de las autoridades.

En el lenguaje del teniente Cieza se trataba de delincuentes subversivos, DDSS como abreviaban los partes policiales. Se trataba de un gravísimo delito. Los DDSS eran aliados de los traficantes de

drogas: otra verdad, aunque en el mundo del crimen nadie tuviese amigos ni socios ni había nadie que confiara en el prójimo. ¿Y quiénes traficaban? ¿Solamente colochos, bandidos y terroristas? ¿De dónde salían las cosechas? ¿Quiénes convertían decenas de miles de toneladas de hoja en pasta asesina? ¿Cómo podía llegar tantísimo ácido sulfúrico y acetona inflamable a lo remoto de la selva o la cordillera? La destrucción de cocalos no autorizados se realizaba siempre cerca de la Marginal y sus caminos secundarios. Imposible entrar a la profundidad del monte, a echarle candela a las plantaciones clandestinas. Además, con el primer diluvio de enero volvían a brotar arbustos que parecían muertos. La coca se aferraba a las laderas andinas, propagándose como la mala hierba. Seis veces al año cosechaban y acopiaban cuarenta o cincuenta millones de kilos de hojas de coca cada vez. ¿Qué volumen podían tener trescientos millones de kilos de hoja si se apilasen simultáneamente? ¿Qué rutas seguía el transporte de un millón y medio de kilos de PBC? Callaban los policías. Los traficantes debían tener cómplices y amigos poderosos. La misma ley salvaje imperaba en Colombia: plata o plomo. Veían pasar de reojo a lugareños prosperados, autoridades enriquecidas no se sabía cómo ni por qué. Los policías estaban en el Huallaga para ocuparse de la otra ley, la pequeña ley aplicada a los comunes, la pobre ley popular tan parecida a los mandamientos de Dios, la inofensiva administración de los inocentes. Los policías veían pasar y callaban. *Si me emborracho, lloro*. A los jefes del MRTA los atendían ciertos hacendados. Usaban avionetas para viajar del Ucayali al Marañón y a Colombia, ida y vuelta, cuantas veces quisieran. A su vez Sendero expedía pasaporte a los colochos representantes de los cárteles. No olvidaba el teniente Cieza las palabras de un veterano suboficial que servía en Tocache: *de día gobernantes, de noche traficantes*. No parecía una exageración hablar así de ciertas autoridades locales. Después de todo, Tocache era la ventanilla bancaria más importante del país, por la que pasaban montañas de billetes extranjeros. Callaban los policías, pues su pobre ley común no servía para mucho en semejante territorio. Ni siquiera tenía comandancia propia, Juanjuí. En Tocache existía un puesto de línea. Seis guardias de la POLCAR habían quedado en Sacanche para vigilar la Marginal. Si el Perú estaba en contra de los traficantes de cocaína, había olvidado cerrar las puertas del Huallaga. En cuanto a los DDSS, más allá de los

informes de inteligencia y de los furiosos epítetos que despertaban sus acciones, el teniente casi capitán Cieza no olvidaba las palabras de un cabo en Tocache: *Tienen sus creencias*. No eran simples ladrones de ganado. No respetaban las leyes que consideraban burguesas, ni las trabajosas democracias sudamericanas, ni la imperfecta república que ya existía, ni la sangre que por ella se había derramado, ni creían en la conveniencia del consenso o en la libertad de los inconformes, ni en el poder de la coincidencia, ni en la limpieza del dinero. Rompían las leyes que ellos mismos despreciaban. Eran unos bandidos, pero tenían su modo de pensar y hasta de morir.

### Sin novedad en Juanjuí...

(Las 02:00 a.m.)

DON GILBERTO PEÑA SOLÍA DORMIR DE UN TIRÓN siete horas cada noche de su ya prolongada existencia. A veces se levantaba de madrugada, sin despertar del todo, sólo para aliviar la vejiga. Antes de acostarse tenía la costumbre de revisar ventanas y cerraduras y, sobre todo, la tranca de la puerta principal. A las diez estaba en cama, a las cinco salía a su huerta, a las seis abría parte de su negocio, la venta de gasolina. Tenía un sueño casi perfecto, pero esa madrugada del viernes 6 de noviembre apenas si cerraba los ojos, atento a la respiración de su nieto enfermo. Al fin quedó dormido, sintiéndose arrastrado por aguas que no conocía, en una comarca raramente seca y sin vegetación por la que pasaba un río estéril, un torrente poderoso incapaz de mojarlo. Una voz susurró que las almas eran impermeables y don Gilberto pensó que había empezado a morir, que se estaba separando de sus amadas entrañas al cabo de cincuenta años, apenas medio siglo. Acaso confundía la profundidad del sueño con el destierro final, tránsito a sólo Dios sabía dónde, para el que se venía preparando desde la juventud, pues don Gilberto era de los pesimistas, quienes creían que morirían pronto, hoy o mañana, y no quería quedar como un cobarde, aullando de pánico en vez de pronunciar una despedida inteligente y hasta inolvidable. Después penetró al sueño la sospecha de que la muerte podía estársele acercando para cargar con su nieto adorado y abrió los ojos del todo, no a medias como era su costumbre, despierto como si

ya fuese de mañana. Lo primero que vio fueron las agujas fosforescentes del reloj señalando la una y cincuenta. Se acercó a la cama del niño. Descansaba tranquilo, sin fiebre. A don Gilberto lo empapaba el sudor y recordó haber soñado un imposible río de aguas secas, una vida al revés que desandaba los tiempos cumplidos, y entonces masculló que tendrían muerte en Juanjuí. No había perdido la costumbre de contar sus asuntos después de enviudar, sólo que ahora se conversaba a sí mismo, lo que tenía sus ventajas pues nadie lo contrariaba y estaba a salvo de amarguras y discusiones. Cambió de camiseta rumbo al baño. Después fue a la puerta principal. La tranca estaba firme en su sitio. Sintió que había despertado demasiado como para volver a acostarse y durante un rato observó el Jirón Grau por una ventana protegida por una reja. A veinte pasos de distancia estaba la estación de la PIP y en la esquina con el Jirón Castilla se veía a un centinela armado con un fusil. Era una noche sin nubes, cargada de estrellas. La idea de una desgracia se disolvió en el atribulado espíritu de don Gilberto Peña. Centinelas en sus puestos, calles quietas, la ciudad dormida, la claridad del universo derramándose sobre el Huallaga... ¿qué podía ocurrir que interrumpiese una paz incomparable? Volvían a pesarle los párpados cuando oyó pisadas. Nuevamente miró por la ventana. Pasaba la ronda de la Guardia Civil. Estaba por irse a la cama pero alguien más se apuraba por el Jirón Grau. Otra vez observó, sin identificar al transeúnte. Estaba seguro de haberlo visto con uniforme de oficial de la policía.

Se encendieron y apagaron las luces de la farmacia La Merced, en plena Plaza de Armas. Estaba de turno esa noche y un ayudante del farmacéutico atendía asuntos de emergencia por una ventanilla. El Hospital de Juanjuí quedaba al otro extremo del Jirón Huallaga. Un viejo enfermero y un interno imberbe cumplían la guardia. Si se presentaba una verdadera emergencia, tenían que telefonar al médico principal, el doctor Carlos Gutiérrez Enríquez, encargado del Área de Salud. Los casos extremadamente graves se trasladaban a Tarapoto. Las grandes complicaciones exigían viaje por avión a Lima. Los males menores, cólicos o dolores de garganta, se atendían directamente en las farmacias.

Quienes cuidaban la estación de ENTEL solían ser los primeros en enterarse de muchas noticias. A esa hora de la mañana nadie se preocupaba por despachar clavegramas de Lima a Juanjuí. Pero una

transmisión vía satélite permitió conocer que PIP y Guardia Civil acababan de atrapar en Arequipa a seis de los ocho del MRTA que dos días antes habían asesinado al cabo GC Juan de Dios Roque Apaza, durante un asalto al puesto de la Guardia Civil en Porongoche. Dos civiles y otro policía habían quedado heridos durante el ataque, finalmente rechazado. En una operación de rastrillo, las fuerzas policiales habían descubierto cuatro bases y un arsenal clandestino. Confirmaban que el MRTA había atacado con coches bomba los cuarteles del Ejército "Mariano Bustamante" y "Salaverry", además de la Clínica Militar y la oficina de la Southern Perú Copper Corporation. Los mismos terroristas habían capturado las emisoras Texao, San Martín, Hispana y Melodía, forzándolas a transmitir proclamas revolucionarias. El cabo Lozano no dijo palabra mientras recibía los datos por la línea directa con la ENTEL. Infortunado cabo Juan de Dios Roque Apaza, lo habían acerbillado en su miserable puesto de Porongoche sin siquiera haber tenido tiempo de dar el alto. Primero mataban, después preguntaban los terrucos. Estarían presos un rato, hasta que espantados jueces los dejaran ir para no acabar con un tiro en la nuca en la puerta de su casa. Plata o plomo. Más barato el plomo. Lozano conocía los tristes funerales de varios caídos en la guerra invisible, con viudas que gemían y aferraban los cajones baratos reservados a los héroes de esa década infame. El MRTA bajaba del norte, Sendero Luminoso se aproximaba por el sur. En el centro, Juanjuí. Una columna senderista quiso destruir el puente de Shumanza, que pasaba sobre el Huallaga en el tramo de la Marginal que unía Juanjuí con Nuevo Tocache. La Guardia Republicana lo impidió, pero tres guardias quedaron muertos y varios malheridos. Después vino el ataque senderista a Campanilla, treinta y cinco kilómetros al sur de Juanjuí. Entonces bajaron refuerzos de Tarapoto y en Tocache se estacionaron dos helicópteros artillados. Con la aparición del MRTA en Tabalosos y Soritor se habían marchado los refuerzos. Y ahora, ahora hablaba la gente en los arrabales de Juanjuí: habían visto afuerinos paseando calles importantes, se habían hecho lustrar zapatos que parecían militares en plena Plaza de Armas, todo lo habían mirado con ojos de estar memorizando y después se habían evaporado. El miércoles llegaron extraños a merendar en las fondas que daban al Huallaga. Esa misma tarde, el cabo Lozano había descubierto a los mirones que acechaban su Jefatura Provincial. Pasadas las dos de la mañana se

dio el trabajo de confirmar novedades por la red telefónica que comunicaba a los destacamentos de la Republicana. Aeropuerto tranquilo, en la estación de ENTEL se distraían con el anuncio de la llegada de las campeonas mundiales de voleibol. En paz el Hospital de Apoyo, la ciudad quieta por el rumbo de Electro Oriente, nada que informar en el Banco de la Nación. Empezaba su guardia de amanecida, con el guardia Reátegui en la Prevención. Se plantó en la entrada con una pistola ametralladora FMK3 a desconfiar de una lenta madrugada.

EL CABO DE GUARDIA EN EL MALTRECHO control de Sacanche escuchó que se acercaban vehículos. Nadie debía circular a esa hora como no fuesen unidades militares o policiales. Ni siquiera embocó el primer cartucho en su fusil AKM. Su mirada con sueño se concentró en las luces que crecían por la Marginal. Se dirigían al sur. Adivinó una camioneta y un camión. No se detuvieron ni él intentó detenerlos. Había visto soldados que saludaban al pasar. El cabo contestó somnoliento. "¿Quiénes son?" se oyó al sargento desde el cuartucho donde descansaba. Era último jefe de una patrulla de carreteras que había quedado a pie. El cabo respondió desganadamente: "Parecen tropas de Morales que van a Juanjuí, mi sargento."

*El dedo en el gatillo de la ametralladora descansó en el primer vehículo. Los del camión también sosegaron la puntería de sus fusiles. El "Comandante Evaristo" sonreía en la penumbra de la cabina. En la parte trasera del camión Volvo, los uniformados se entonaban con sorbos de alcohol de caña. Algunos lo mezclaban con pólvora de cartuchos para asegurarse que serían invencibles. El comandante "Rolando" había pasado temprano en otro vehículo y esperaba en las afueras de Juanjuí. Se cumplía la sorpresa tal como estaba planeada. Iban a capturar una ciudad importante y el centinela de ese control policial medio desarmado les hacía adiós con la mano...*

Se sentía cómodo el guardia Garay en compañía del suboficial Manrique. Cumplían la ronda de la una y media a las dos como quien daba un paseo. Veintitrés años atrás, al guardia Garay lo habían bautizado con dos nombres tomados de las carteleras de cine en Huánuco, Marlon y Jerry. No se parecía en nada a las estrellas originales, pero no importaba. Garay se había acomodado perfectamente a

los nombres elegidos por sus padres. Por cierto, alguna vez, viendo una coboyada en un maltrecho cinema de Pucallpa, se había sentido pariente del actor principal. Esa madrugada de viernes le tocaban las rondas de vigilancia. Ya había pasado frente a la Guardia Republicana, donde Reátegui conversaba en la puerta con el cabo Lozano. En la esquina de Castilla con Grau había contestado el saludo el alférez James John Trissolini, que montaba guardia exterior con una pistola ametralladora FMK3. En la Jefatura Provincial de la PIP se escuchaba conversaciones en la Prevención. Por la mirilla de la puerta de metal de Electro Oriente los había observado otro republicano. Garay había llegado a Juanjuí el diez de octubre. Reconoció al teniente Gil Agurto en la puerta de la Jefatura Provincial de la PIP. "Buenas noches, mi teniente", dijo con respetuosa costumbre. "Buenas noches, guardia. ¿Todo tranquilo?" Garay asintió. "Sin novedad, mi teniente." Pudo ver a dos conocidos de la PIP, el suboficial Calderón y el cabo Perdomo Panduro, charapa cuya memoria fotografiaba a los pequeños ladrones del Huallaga, el Marañón y parte del Amazonas. Los vio con sus fusiles AKM y sus bolsas de cartuchos, cerca de la entrada, y siguió en su primera ronda, escuchando las incansables historias del suboficial Manrique hasta darse con el guardia Élver Díaz Hoyos que bajaba por La Merced. Aeropuerto, sin novedad. El barroso embarcadero en paz. En sus tendajos batían ponche y huevos, las mujeres alistaban desayunos para las cuatro o cinco de la mañana. Del otro lado del río ya se veía las luces de las embarcaciones que traían fruta y verduras. Quieto Juanjuchillo, desierta por ahora la curva de la Marginal, las casas a oscuras, nadie en las veredas, vacías las calles como si fuese un lugar abandonado hasta más tarde. En una que otra fonda se escuchaban charlas borrachosas detrás de puertas trancadas. Juanjuí dormía profundamente.

LA ÚLTIMA NOCHE DE SU VIDA. Llegaba levisimo el mensaje como una brisa apenas con fuerza para un sacudimiento de hoja, ni siquiera para arrancarlo del laberinto de sus distracciones. Soplabla desde la profundidad del teniente casi capitán. Avisaba él mismo sin escucharse. Por momentos le parecía vivir dos veces y reconocer el tiempo al que ingresaba en forma inexorable. Se daba vuelta a sí mismo, Jorge Cieza Lachos. Sólo para esa noche había existido. Sólo para morir era todo

ese asunto de la vida. Sin quererlo empezó a repasar imágenes del pasado más lejano. De Juanjuí volvía a sus montañas de Chota, al robusto regazo de don Alberto Cieza a quien conocía mejor por fotos amarillentas conservadas en cartulinas antiguas. Había sido como él, más blanco que sus hermanos, con parecida sonrisa de dientes grandes y bien pulidos, la mirada reluciente y la edad interrumpida, eternamente joven la momentánea impresión que había dejado en las memorias de su propia gente. Y no estaba más ahí, ni él podría quedarse a perpetuidad, ni nadie de su estirpe o de otras sangres habría de resistir la necesidad a veces furiosa de morir.

El teniente Cieza atravesó la Plaza de Armas con lentitud en su corta caminata de regreso a la Subcomandancia. Pudo ver como se juntaban en la puerta quienes cumplirían las rondas de la nona, entre las 02.00 y las 09.00 del viernes 6, o entre las doscientas y las novecientas del viernes cero seis, como solían decirlo en lenguaje de militares. No parecía difícil una sorpresa. Los centinelas ni siquiera se volvían a mirar quien se acercaba con pisadas fuertes. El teniente podía adivinar el cansancio del cabo Saldaña y los tres guardias que lo acompañaban. La repetición de sus existencias empeoraba el rigor de los horarios. Siempre faltaban hombres en la Guardia Civil, de ahí que trabajaran doble, sin más descanso que dos veces catorce horas libres cada semana, ni otra recompensa que un humilde salario plagado de descuentos. A veces hasta compraban sus balas. Constantemente eran sometidos a encuestas y juicios internos. Cumplida su función de dar paz pública y prevenir la ocurrencia de delitos, pasaban a aporrear máquinas de escribir o a llenar cuadernos escritos a mano, en los que iba quedando registrada la historia nacional de las insignificancias. Partes, atestados, ocurrencias, relevos, consignaciones, providencias, inspecciones, requisitorias, visitas médicas, sanciones. La vida pequeña que también era la vida. Los mínimos conflictos del vecindario fundamental, donde empezaba la humanidad contemporánea. Todo debía quedar escrito, clasificado, sellado y aprobado por el inmediato superior y luego por otro y otro más, sólo para acabar en archivos indescifrables pero básicos, universales, un compendio de la confusión humana al final inservible. Pobre la pobre Guardia Civil del Perú, cargaba con todo, errores propios y ajenos, republicana, siempre nacional, andina, autóctona, peleadora en la primera línea de muchas batallas, dueña

de estandartes enemigos extranjeros, secundaria y a la vez imprescindible, vieja policía olvidada por quienes calculaban los presupuestos y a veces por los autores de las leyes, fuerza cotidiana, en los malos tiempos zurcida y sin embargo en las calles, presente y disciplinada, rehecha por la benemérita española hacía sesenta años, cuyo peso político llevaba sobre la espalda como una deformidad que no le pertenecía. Pobre la pobre guardia chola, con su romance en contra y García Lorca salpicándola de horror desde otro continente, junto a falangistas fusiladores y a prisioneros que marchaban en una sola dirección. Pobre la pobre Guardia Civil del Perú que viajaba muchas veces a pie por una cordillera multiplicadora de las distancias, que subía y bajaba y se enredaba hasta convertir una simple línea recta en un viaje en derredor del mundo. Pobre la pobre guardia peruana con sus héroes caídos en el olvido, llevados a enterrar sin corneta de silencio, ni descargas al aire y ni siquiera una bandera de tocuyo que abrigara sus miserables ataúdes que parecían de cartón. Verde noche, verde juanjuino en la oscuridad del Huallaga, verde de serpientes invisibles, verde inflado de baobabs extranjeros, verde de su soledad, verde rabioso de los espinos, verde feliz de las ceibas, verde de muerte acostumbrada, verde olivo. Difícil viento verde de la libertad, imposible verde sauce de la inocencia. Pobre verde de la Guardia Civil congregada de a pocos en esa noche que nunca acabaría para el teniente casi capitán.

El guardia Fernández ya había tomado su puesto como vigilante de puerta hasta las nueve de la mañana. El teniente Cieza pasó a la Prevención. El cabo Pinedo, jefe de la guardia, conversaba con el cabo Alberto Salvo. Todo tranquilo, mi teniente. Por el transreceptor apenas crujían rachas de electricidad estática. Era un nuevo *motorola* sintetizado, del sistema HF/SSB que se conectaba a una red nacional. Madrugada de viernes: nadie enviaba mensajes. El teniente observó un fusil AKM junto al cabo Pinedo y una bolsa de lona para munición, seguramente con los dos cargadores de costumbre, cada uno con treinta cartuchos. Sería su penúltima noche en Juanjuí. Más allá de la Prevención existía una pared de ladrillo que protegía el paso al patio. No era verdaderamente una estación policial o un pequeño cuartel de ciudad sino simplemente una casa convertida en jefatura. A izquierda y derecha de la puerta se abrían ventanas demasiado grandes, hechas para tolerar la brisa del Huallaga. El Tercer Sector de la Guardia Civil era un buen

sitio para el descanso o la contemplación de los magníficos atardeceres de la selva. Más allá de la Prevención, del lado derecho estaba la cuadra de clases y suboficiales; después, el baño y las duchas. Del otro lado dormían los oficiales. No existía torreón de vigilancia, ni estaban blindadas las puertas. Nadie se había preocupado jamás por bloquear de noche las calles que conducían a la Guardia Civil y la PIP.

La fuerza pública existía como un vecino más de Juanjuí. El teniente se despidió con un lacónico buenas noches. A los cabos les pareció verlo fastidiado y agotado.

Ninguno preguntó por el mayor Medina, a quien tocaba pernoctar al mando de su gente.

Por alguna razón que nadie nunca podría explicar, el teniente Cieza se echó a descansar casi con las botas puestas. No usaba borceguíes militares sino botines de quitar y poner. Conservó puesto el pantalón del uniforme y sólo cambió la camisa veraniega por una camiseta militar. Un pequeño ventilador refrescaba la soledad del dormitorio. Posiblemente durmió de inmediato, pues los cabos no volvieron a escuchar su voz hasta pasadas las cuatro de la mañana.

### **Aproximación de la muerte** **(Lo que queda de la noche)**

JORGE CIEZA SOÑÓ QUE SE SOÑABA. Acaso la realidad no era más que una puerta de escape temporal desde otras dimensiones y no fuese en verdad tan rápida la luz, ni tan grande el universo, ni siquiera infinito si es que entraba en la palma de la mano de Dios. Muchas veces se había preguntado si morir no sería lo mismo que despertar del sueño de la vida. Un viejo maestro del Colegio San Juan de Chota había explicado una vez que aprovechábamos sólo una parte mínima de la inteligencia. Quería decir que vivíamos disminuidos, elementales, en los peldaños inferiores de una evolución que llevaba a la santidad o a los infiernos, según el rumbo elegido por la propia especie. Existíamos arrinconados, incapaces de manejar la totalidad de nuestras sensaciones o al menos de aumentar la porción de humanidad que nos estaba concedida. Se duplicaba Jorge Cieza en un sueño por el momento apacible, soñándose existir desde pequeño, a la vez soñado

por sus padres y hasta por sus hijos. Se sentía rebotar en los espejos de otras miradas también inconclusas, en las que aparecía conforme lo veían y no como realmente era o creía haber sido. En derredor de su sueño veía oscuridad, a la manera de un túnel que perforase lo profundo de un Cieza desconocido. No alcanzaba la conciencia a iluminar los confines de la parte oculta de su vida, que posiblemente contenía la memoria prohibida de la muerte y hasta un rastro de la idea original que había desencadenado el universo al que teníamos acceso. Después se empezó a estrechar la penumbra mientras Cieza caía en sí mismo, al pozo de todo lo vivido. Como al final de un viaje, se detuvo en un sueño pequeño y remoto, apenas alumbrado por las vacilaciones de una vela amarillosa y casi acabada, y pudo ver reunida a su mujer y sus hijos y, atrás, en lo espeso de su propia noche, la forma remota de su padre joven al que se arribaba la madre anciana. Sintió que contemplaba un absurdo retrato de familia, en el que las edades no coincidían y donde él estaba ausente. Desde el retrato lo miraban alejarse, tal vez morir, cómo saberlo.

*Carmen Rosa Quiroz también soñó el rostro de su marido. Esa tarde habían hablado por teléfono. Confirmaba el teniente casi capitán que el sábado viajaría a Lima en un vuelo de la DIPA. Lo había sentido cariñoso, con ansias de encontrarla. En sueños, Jorge Cieza Lachos estaba de uniforme antiguo, el blanco veraniego que usaban los cadetes en las grandes ocasiones. Lo vio más joven, casi al conocerse. Sonreía Cieza, amándola, mientras sus ojos parecían ver ahora y después, muchísimo tiempo después. Después partió el teniente y el sueño de Carmen enrojeció, mojándose, pegoteándolo todo hasta que ella supo que soñaba sangre, raudales de sangre calurosa, imposible de enfriar.*

A las tres, los guardias Garay y Élver Díaz salieron nuevamente de ronda, siempre con el suboficial Manrique. Y a las cuatro, otra vez de vigilancia. Pura rutina. El cabo Saldaña los despachó a revisar la Plaza de Armas y, más lejos, a dar una vuelta por el jirón Eduardo Peña Meza, con su mitad abierta por la zanja del desagüe sin acabar. Después subirían por la calle Sargento Lores a echar una mirada a la Jefatura Provincial de la Republicana, y volverían por la calle Triunfo a seguir cuidando la Plaza de Armas mientras Saldaña marchaba, como todas las madrugadas de su vida en el Huallaga, a estacionarse en el mercado de abastos, donde sería suprema autoridad hasta las ocho de la mañana.

Esta vez salieron en grupo, los guardias Marlon Jerry Garay, Élver Díaz y el suboficial Wálter Manrique, chofer de a pie pues no estaban disponible las camionetas asignadas a la Guardia Civil, una en reparación y la otra estacionada pero sin llaves, que debía tenerlas el mayor Medina. La móvil de la Jefatura Provincial de la PIP, una Chévrolet nueva con tracción en las cuatro ruedas, pasaba la noche en un terreno vecino al Registro Electoral. Las Cherokee de la DINTID se alineaban en otro estacionamiento. Por cierto, la PIP no prestaba vehículos a la Guardia Civil, ni nadie compartía nada en las dependencias estatales o en las instituciones republicanas, así que guardias y suboficial emprendieron su ronda a zapato limpio, cada uno armado de un fusil AKM16, con un cargador completo y otros sesenta cartuchos en el morral de lona.

El suboficial Manrique confiaba más en su pie derecho. Rara vez se levantaba con el izquierdo. ¡Mala suerte! Con el derecho emprendía saltos difíciles, aceleraba y frenaba los vehículos, marcaba el paso si era necesario. Esa noche iba empujando guijarros con el pie de siempre, su favorito, responsable de la rectitud de su marcha por una madrugada que se iba contagiando de un remoto resplandor diurno, un viernes todavía infantil para cuya luz total faltaban una hora y cuarenta minutos. Cerca de la línea ecuatorial, los días y las noches de Juanjuí duraban lo mismo y sólo se diferenciaban las estaciones por las lluvias o su ausencia, volteando el calendario, pues el diluvio llegaba con el verano austral y lo llamaban invierno porque enfriaba las noches y diluía el perpetuo bochorno de la región. Francamente, al suboficial Manrique no lo preocupaba patrullar las noches de Juanjuí, de a tres o cinco, pues nunca pasaba nada peligroso. Desconfiaba de la Marginal o de fangosos desvíos y de las curvas donde solían esperar minas y emboscadas. Al sur, cerca de Tingo María, no se podía viajar como no fuese en convoy y el primer vehículo o el último no siempre llegaban a destino. Había aprendido a sentirse observado, el suboficial Manrique. La selva tenía ojos, miraban los cerros, contaban pasar a la gente desde los árboles y él sabía, se le endurecía el cuerpo, se preparaba para la muerte cada vez que era tocado por los ojos invisibles, que nunca parpadeaban. Esa madrugada, al doblar por Grau al jirón Peña Meza, supo que lo estaban persiguiendo unos ojos de la noche. Se volvió bruscamente y nada: apenas lo escoltaba una oscuridad vacía. Vigiló ventanas: nadie

asomaba. Continuó su marcha mientras ojos numerosos se acercaban a su espalda. No podía equivocarse. Otra vez miró atrás. Nada de nada. Sacudió la cabeza, como si así pudiera espantar el presentimiento de una desgracia. Los guardias Marlon Jerry Garay y Élver Díaz se le adelantaban, distraídos en el murmullo de su conversación. Prefirió callar a que se burlaran de él y le dijeran miedoso con esa frase de los policías que ardía en el alma: "¿Tienes miedo? Cómprate un perro." Apuró el paso mientras intentaba escuchar otras voces, una identificación del peligro. Todavía lejos, verdaderamente lejos, se oía llegar vehículos. Tenía que ser más tarde de lo que había imaginado.

### **La avanzada de los sediciosos** *(Después de las 04:00 a.m.)*

EL GUARDIA REÁTEGUI SALIÓ A LA PUERTA de la Jefatura Provincial de la Republicana cuando escuchó que se acercaba un vehículo por la estrechura que había dejado intacta la envejecida zanja del nuevo desagüe. Encontró al cabo Lozano con el dedo en el gatillo, dos pasos adelante en la vereda, en actitud de dar el alto. Se trataba de una Cherokee gris plomoso, opaco, que se desdibujaba en la oscuridad, llena de ocupantes que saludaron con la mano. Ambos reconocieron el emblema de la Policía de Investigaciones estampado en las puertas laterales y la dejaron seguir de largo. Iba hundida hasta los muelles por el peso de pasajeros y equipaje. La zanja cambiaba de dirección en la siguiente cuadra y la Cherokee pudo apurar su marcha.

Lozano observó su reloj pulsera: las cuatro y doce minutos de la mañana.

Juanjuí entreabría los párpados, bostezaba, quería despertar desde que empezaba el canto de los pájaros, cerca de las cuatro y media de la mañana. Una luminosidad rosada impregnaba el fondo de la oscuridad más allá del Huallaga, creciendo por el oriente. Entonces cambiaban los sonidos campestres, pues se agotaba el chirriar de los insectos y crecía la voz de las aves. Hasta los gallos cantaban puntualmente media

hora antes de las cinco de la mañana. Silenciosos murciélagos pasaban de regreso a sus madrigueras, grandes como cuervos, bamboleándose por el aire como si no encontrasen el rumbo exacto. En las ciudades de la costa, el toque de queda terminaba a las cinco. En la selva se adelantaba media hora. Por el Jirón Progreso se propagaba el perfume a pan acabado de hornear, se encendían luces todavía pequeñas a lo largo del malecón, al fin se aproximaban lanchas al embarcadero de tabloneros que apenas cubrían la lodosa ribera del Huallaga, un viejo sacristán pasaba la escoba por el atrio de la iglesia de La Merced, ayudado por el Padre Pepe, corpulento párroco de Juanjuí. Pronto crecería la luz silbante de las lámparas a gas en los comederos portuarios, indios que trabajaban como bestias de carga subirían con bultos inmensos por el barro insoportable de Juanjuchillo y, sin que dejara de ser de noche, abriría sus puertas el mercado de abastos para su actividad más importante: las transacciones mayoristas que fijaban precios para el resto del día. Otra noche terminaba sin novedad.

Lentamente flotaba Cieza rumbo a la superficie del ser no siendo que había sido esa noche de anunciación en el sueño. Iba en ascenso como una hoja innecesaria arrancada por el viento, ya no la brisa casi imperceptible que le había susurrado la proximidad de su muerte sino el soplo en aumento de una trágica tormenta. Subía al encuentro del último amanecer, no como un condenado a muerte sino con su libre albedrío puesto a prueba, aunque sin salvación posible porque Jorge Cieza Lachos no iba a vender su alma al miedo, ni su uniforme a una rendición deshonrosa. Era libre de elegir pero no era capaz de darse por vencido y entregar su espada y su bandera al enemigo, fuese quien fuese, ni siquiera por ser también peruano. Un pobre trapo la bandera y sin embargo suya, al precio de un solemne juramento nacional que todos los siete de junio, en memoria de los coroneles Bolognesi y Ugarte y de todos los mártires peruanos del peñón de Arica, repetían civiles y militares y cadetes de todas las instituciones y reclutas de todas las armas, escolares y también los comunes, hombres y mujeres de los pueblos del Perú. Cada siete de junio los peruanos pronunciaban las palabras dichas por primera vez en 1880 por el coronel Bolognesi, que él y su pequeño ejército habían cumplido hasta el exterminio en una cumbre de roca viva, acorralados por un enemigo varias veces más numeroso: *Pelearnos hasta quemar el último cartucho*. Bandera y

Cieza, último cartucho, la invicta tradición del anciano Bolognesi, el sacrificio de Ugarte inolvidable, un hombre rico y feliz que prefirió salvar su bandera tirándose al precipicio con ella, viejas palabras que el viento devolvía conforme el teniente Cieza ascendía en constante aceleración hacia sí mismo, tendido boca arriba en un débil cuartel al centro mismo de Juanjuí. Empezaba a escuchar el mundo exterior, los rumores del amanecer que admitían un repentino sonido de vehículos llegando a toda máquina a la Plaza de Armas, a destruir la rutinaria quietud de las mañanas y sus vidas.

En la Guardia Republicana, el cabo Lozano oyó un solitario estampido al final de la noche. Habían disparado al aire. Daban la señal de ataque. Por puro instinto buscó la delgada protección de una pared apenas hecha de una hilera de ladrillos y gritó a Reátegui que se cubriera.

En la Guardia Civil, el cabo Rosendo Saldaña esperó las cuatro y treinta en punto para controlar la ronda antes de seguir rumbo al mercado. De paso visitaría su casa, en la segunda cuadra del Jirón Libertad. Pronto saldría el sol, terminaban los peligros de un asalto nocturno. Sería una caminata de rutina, casi un paseo, así que sólo cargaba el revólver Smith & Wesson de reglamento, con seis cartuchos en el tambor y seis de repuesto en el cinturón del uniforme. Hacía rato que el cabo Salvo descansaba en el dormitorio de suboficiales. Al salir, el cabo Saldaña se despidió del cabo Pinedo, comandante de guardia. En la puerta vigilaba el guardia Fernández con un AKM bajo el brazo. A las cuatro y treinta dos, cuando empezaba a cruzar la calzada, el cabo Saldaña oyó mugir un motor a gasolina llegando por el Jirón Huallaga, del otro lado de la Plaza de Armas. Pudo ver una camioneta roja en apariencia repleta de soldados. Viró a la izquierda para subir a toda máquina por el Jirón Grau, dirigiéndose a la espalda de la Subcomandancia de la Guardia Civil. A la vez llegaba un gran camión Volvo celeste, con la tolva cubierta por una lona. Saldaña retrocedió, observando el pelo demasiado largo de supuestos soldados amontonados en la camioneta roja. El camión Volvo siguió a la esquina de Huallaga con La Merced. Atónito, el cabo Saldaña vio desparramarse por la plaza una multitud subversiva con uniformes verde olivo. Corrían en busca de posiciones de ataque. Saldaña calculó cien enemigos y él no tenía más que un revólver y doce cartuchos. Entonces estalló el infierno.

—¡Terrucos! —gritó el cabo Saldaña mientras empezaban a granizar balazos.

El guardia Fernández puso una rodilla en tierra y contestó el fuego. El enemigo se movía rápidamente por la Plaza de Armas gracias a la protección de los árboles. Esa noche, al guardia Fernández le correspondía estar de ronda, no como vigilante de puerta, responsabilidad que recaía en el suboficial Manrique. El cabo Saldaña cambió sus destinos. Prefería en la puerta a un veterano de la Guardia Civil antes que a un chofer desmontado. Juan José Fernández era de los viejos en la guarnición de Juanjuí. Pasaba de cuarenta años. Ni siquiera pertenecía a la parte oriental del país. Había nacido en Cañete, pariente de otros Fernández de la hacienda Hualcará que habían alcanzado celebridad en el fútbol. Sobrino nieto en tercer grado de Lolo Fernández, eminencia deportiva en la historia del país, el guardia Fernández raspó a balazos la lejana carrocería del Volvo celeste y persiguió después a los de verde olivo que subían a los techos de la Plaza de Armas.

Pegado a un filo de la puerta, el cabo Pinedo también disparaba. “¡Entra!” —gritó Pinedo por encima del estruendo que crecía como una tormenta— “¡No te hagas matar! ¡Atrás, atrás!”

El cabo Saldaña levantaba a su pequeña guarnición. Terrucos. Nos asaltan. Rápido. Las paredes exteriores soportaban el golpe de incontables proyectiles. No permitan que se acerquen. Cuidado con la dinamita. Rebuscaba sus ropas sin encontrar las llaves del armero de servicio. Al fin consiguió abrir la puerta de metal. Sólo encontró tres fusiles AKM16 y seis bolsas de lona con sus cargadores llenos. Salían el cabo Salvo y los tres guardias que dormían en la cuadra y Saldaña dejó el armero abierto mientras pasaba a gachas en busca de sus jefes. Tenían que abrir el arsenal, donde guardaban el resto de fusiles AKM, no recordaba bien cuántas pistolas ametralladoras G3 y, sobre todo, más cargadores y cajas de munición. Vio al mayor Medina demacrado en la puerta de su dormitorio, con una pistola en la diestra. Se le salían los ojos y abría y cerraba la boca sin soltar sonido alguno. El repentino trueno del asalto subversivo lo tenía clavado en el suelo.

Más tarde habría de recordar el guardia Avenzur Alvarado Chávez que esa mañana había entregado una teleclave al mayor Medina con

un mensaje de Moyobamba avisando la sospecha de actividades subversivas en la zona de Juanjuí. Lo vio aparecer a medio vestir, con su pistola personal aún fría en una mano. Las descargas del MRTA remecían las paredes de la Subcomandancia. En la parte delantera retumbaban los disparos de dos o tres defensores. Al mayor Medina se le paraba la respiración. Jadeaba para no desmoronarse. “¿Qué está pasando, por Dios?” —se adelgazó su voz. El guardia Alvarado siguió hacia la puerta delantera sin responder.

Estallaban las balas al chocar con los muros y el pavimento y llenaban el aire de malditas esquirlas que acuchillaban a los guardias civiles. Al cabo Pinedo le sangraba el lado derecho del rostro y una mano. El AKM que entregó al guardia Alvarado estaba salpicado con su propia sangre.

Entonces apareció el teniente Cieza en la parte delantera de la Subcomandancia, con su pistola belga cruzada bajo el cinturón militar y un fusil AKM en las manos. El MRTA atacaba con toda su fuerza. Las balas caían de todos los rumbos, de azoteas en derredor de la Plaza de Armas, también a ras del suelo, de las cuatro esquinas, en tiro cruzado y constante que se reunía en esa miserable puerta astillada, imposible de cerrar, y en las ventanas ya deshechas entre paredes agujereadas. El primer cohete instalaza había abierto un feroz agujero en una finca vecina. Arrojan cargas de dinamita cada vez más cerca, causando explosiones que rajaban el edificio y hacían saltar las calaminas de los techos. A la primera mirada comprendió Cieza que estaban perdidos a menos que rápidamente se organizara un contraataque desde el exterior o que por un milagro llegasen por sorpresa tropas del cuartel de Morales. Los de verde olivo también atacaban a la Guardia Republicana y a la PIP, donde existía un valioso arsenal y, desde lo alto del Registro Electoral, hacían fuego contra el patio posterior de la Guardia Civil.

*...viva viva la revolución muera el gobierno...*

Frente a los ojos de Cieza estallaba infinidad de fagonazos. Cincuenta atacaban por la Plaza de Armas. El cabo Pinedo miró al teniente Cieza con desesperación. Se agotaban los cartuchos. Cieza ordenó al guardia Fernández que fuese a traer cargadores abastecidos mientras él tomaba su lugar en la defensa de la entrada. Detrás del

teniente aparecía su paisano, el guardia Romero. Le tocaba defender la parte posterior, pero aún nadie quería entrar por retaguardia. Venía a reforzar la puerta principal. El teniente Cieza señaló la ventana derecha aún vacía y Romero asintió, pasándose a ese flanco para abrir fuego.

*...viva la guerra popular viva viva la revolución...*

¡Mayor Medina, esperaban sus órdenes! ¿Dónde se había metido el jefe de esa diminuta guarnición? La ronda, ¿qué se había hecho de la ronda? ¿Los habrían matado? Si aún vivían, ¿por qué no llegaban a tirotear las espaldas de los atacantes? ¿Quién operaba el equipo de radio?

*...para qué derramar más sangre si están vencidos...*

Se aplacaba el tiroteo enemigo para que los defensores de la Subcomandancia escucharan una voz cascada por un megáfono portátil que proponía rendición a los guardias.

*...escuchen guardias les hablan las fuerzas populares viva la lucha armada revolución revolución no escuchen a sus jefes y entreguen sus armas salgan con las manos en alto...*

La voz aseguraba que el MRTA respetaría los términos de la Convención de Ginebra y que los rendidos serían tratados como prisioneros de guerra. En caso contrario, tendrían que liquidarlos.

*...rendición con honor unirse al pueblo y seguir viviendo o aceptar la muerte...*

“¡Aquí nadie se rinde!” —tronó el teniente Cieza. Las balas aún no lo habían elegido, así que por un momento se mostró en la puerta, aceptando el combate aunque fuesen cada vez menos guardias civiles contra cincuenta. Frente a él volvieron a encenderse las fulguraciones del fusilamiento. Tiraban desde la plaza, de lejos y cerca, de arriba y los costados. Estuvo ahí, erguido, a pecho descubierto, posiblemente todo un minuto, una eternidad en medio de un combate. No lograban darle. A su vez los disparos calentaban el AKM en las manos del teniente. El puñado de defensores se contagiaba de tanto atrevimiento. No se rindan. Sigán peleando. Los guardias se gritaban unos a otros. Resistan. Qué se han creído malditos terrucos. Somos guardias civiles. Fatal es. Que nadie retroceda. Tenía que llegar ayuda. Aún si no llegaba, no iban a entregarse. Fulguraban los AKM. Por encima del estruendo, el teniente

Cieza oyó la voz de uno de los defensores: “¡Aquí comemos bala y cagamos terruco!” Heridos por las esquirlas pero enteros, tiznados, salpicados de manchas rojas, su puñado de guardias civiles encarnaba a un Perú que, gracias a ellos y a otros como ellos, nunca habría de morir.

## 5

### Héroes de Juanjuí

EL PRIMER MINUTO HABÍA SIDO SUFICIENTE para que el cabo Pinedo entregara fusiles AKM y cargadores frescos a los guardias Gilberto Rojas y Avenzur Alvarado, que salían del dormitorio de la tropa. Se movían a tientas, de memoria, pues de inmediato habían apagado las luces. El cabo Saldaña se obstinaba en propagar una alarma innecesaria: las explosiones achicaban su voz y habían arrancado a todos de sus literas de campaña. En un minuto había disparado al menos diez veces el guardia Fernández, vigilante de puerta, demorando la aproximación del MRTA a la zona frontal de la Plaza de Armas. Apenas un minuto bastó para que el guardia ahora teniente Cieza se metiera en sus botines, recogiera su pistola belga y el AKM que conservaba bala en boca al alcance de la mano y saliera en la dirección correcta, hacia la puerta principal donde encontró de regreso al cabo Pinedo con su propio fusil y dos bolsas de cartuchos. En menos de un minuto el guardia César Romero salió a su puesto en la parte posterior, que daba al patio de la Subcomandancia y a las propiedades del vecino don Julio Campos, sólo para cambiar de rumbo, pues entonces nadie atacaba aún por retaguardia, y sumarse a los defensores de la entrada principal. Solamente un minuto duró la infortunada aparición del mayor Medina con el rostro desencajado y un revólver que disparó a ninguna parte

mientras preguntaba a gritos qué estaba ocurriendo en Juanjuí. En el minuto que había inaugurado el asalto subversivo, la vieja construcción de la Guardia Civil había soportado más de doscientos impactos de bala y el atroz sacudimiento de varias cargas de dinamita rajaba sus muros principales y deshacía sus vidrios. Cien inflamadas pulsaciones, pulmones al rojo, cada quien a solas con su destino en un cortísimo minuto. La eternidad también, el hombre revolcado por sus instintos básicos. Sobraba un minuto para morir. Suficiente un minuto para acabar muchas vidas. Como hecho de nada ese minuto delantero y definitivo, hilo de arena, imperceptible latido de esferas digitales, a golpes de sangre inflando arterias que no querían derramarse, un minuto apenas registrado por ojos turbios, sofocados por el humo de disparos y explosiones que empezaba a estancarse bajo el follaje espeso de la Plaza de Armas. En un minuto había cambiado el mundo y era otra la historia de Juanjuí.

SESENTA VECES UNA ETERNIDAD CADA MINUTO. Sobraba para propagar el infierno a la Jefatura Provincial de la PIP, en la otra esquina del Jirón Grau. Concluían de apostarse tiradores enemigos. Habían subido a los balcones del viejo Hotel Monterrey para dominar un costado de la Plaza de Armas. Desde atrás del grifo de Ibáñez, en el Jirón Castilla, quemaban un flanco de la PIP. Cruzaban el fuego de lo alto del Hostal Rosalvina, en la esquina opuesta, a la que habían llegado por el Jirón Jorge Chávez y el campo de aviación, lo mismo que a un baldío pegado al depósito de Coca Cola, cuya tapia posterior usaban para tirotear el otro flanco de la PIP, además controlando los patios de ENTEL y hasta la antena del satélite. Había sido suficiente eternidad para que los atacantes rompieran el ingreso al Registro Electoral, en el edificio de don Julián del Águila, para tomar el tercer piso que dominaba la puerta de la Jefatura Provincial de la PIP al Jirón Grau. Lo peor era una ametralladora de trípode instalada en una azotea frente a Electro Oriente, que barría el patio posterior de la PIP lo mismo que la retaguardia de la Guardia Civil. Al revés de la policía, el MRTA despilfarraba munición. A lo lejos retumbaba otro combate, seguramente en la Jefatura Provincial de la Guardia Republicana. El comandante PIP Hugo Castro Morán quiso hablar por un radio portátil con el mayor Medina. Contestó un cabo GC que no llegó a identificarse. No estaba el mayor, el teniente Cieza había asumido

el mando, se encontraba en la parte delantera. El comandante Castro quería saber cuántos subversivos atacaban la Subcomandancia. La voz dijo que parecía un centenar. Tenían terrucos en todas partes, tiradores subidos a los árboles de don Grimaldo Reátegui y a ras del suelo, protegidos por troncos impenetrables; también se movían por los techos de la Plaza de Armas. Una serie de explosiones interrumpió la comunicación. Después volvió la voz desesperada. La Subcomandancia no podría resistir mucho rato. Avisen a Tarapoto. Fatal es. En fin, buena suerte. Cambio y fuera.

EN LA PUERTA DE LA GUARDIA REPUBLICANA, el cabo Oswaldo Lozano había visto pasar una Cherokee de la DINTID a eso de las cuatro. Llamó su atención verla repleta de pasajeros. Tal vez llevaba diez ocupantes comprimidos en su interior. Por las ventanas habían salido manos en señal de saludo. El cabo Lozano no contestó. Desconfiaba con la FMK3 a medio apuntar desde la cintura. Al rato recordó que ninguna de las Cherokee de la DINDO-DINTID en Juanjuí estaba pintada de colores pálidos y sin brillo. Dos eran azules, casi azul de aguas profundas, y otra de un bronce ahumado, todas a la moda, con un intenso fulgor metálico. La DINTID usaba, además, una Chévrolet que había pertenecido a un traficante, de un rojo francamente chillón, con faros de luz halógena y otros amarillos, para la niebla, y más luces sobre la cabina de modo que resplandecía como una marquesina rodante. Se sintió estafado el cabo Lozano. No podía ser un vehículo de la DINTID juanjuina y la DINTID de Uchiza o Tocache no andaba paseándose por la Marginal en plena noche. La voz de Lozano anunciaba peligro cuando sacudió al guardia Reátegui para comunicarse con la Subcomandancia de la Guardia Civil y la Jefatura Provincial de la PIP. Sin novedad, habían contestado. Dejó a Reátegui en la puerta mientras pasaba a la radio a dar sus datos. Reportaba una Cherokee sospechosa por el Jirón Huallaga. Después volvió a la entrada. A las cuatro y quince oyó un misterioso balazo al aire. Más tarde comprendería que había sido el aviso para que el MRTA entrara al ataque.

La camioneta roja con quienes irían al asalto de la PIP y el camión Volvo celeste que descargó a los subversivos en la Plaza de Armas,

habían evitado a la Guardia Republicana. Tenían que haber subido por Loreto y Libertad para entrar al Jirón Huallaga donde no había zanjas para el nuevo desagüe. El cabo Lozano escuchó voces a lo lejos, gritos a la manera militar, y empezó a cubrirse por instinto mientras corría el seguro de su FMK3 y buscaba el gatillo. Entonces brilló el primer relámpago de un disparo. Invisibles terrucos habían llegado por esa perfecta trinchera que era la zanja sin acabar. Cruzaban fuego y el cabo Lozano sintió zumbas la dureza de muerte de incontables proyectiles de FAL que buscaban su cuerpo. Tenía buena puntería, el enemigo. También Lozano. Para matar había que ofrecerse, poner la propia vida a la vista, sin prisa, hasta dar el tiro ahí donde se producía el fogonazo enemigo. Contestó los disparos, uno a uno, y le pareció que los terrucos se movían en lo profundo de la zanja, alejándose, tal vez sólo a otras posiciones. Hubiese preferido un AKM, verdadero fusil de guerra, más exacto que la FMK3 que servía para combate en corto, soltando un chorro de proyectiles cada vez que le tocaban el gatillo. Perseguía la luz de las detonaciones hasta que creyó detenido el asalto.

El sargento Agustín de la Cruz oscurecía el interior. Tenían de todo y a la vez nada para soportar un ataque militar. Al tacto reconoció dos fusiles malogrados, FAL hechos en Argentina que nunca habían reemplazado por nuevos AKM. Las pequeñas Uzi israelitas no parecían lo mejor para el momento: servían para ir al ataque, con un enemigo a menos de cien metros. No abundaban cartuchos para las poderosas G3. Tomó una pistola ametralladora FMK3 y todas las bolsas que pudo arrastrar consigo. Llegó a tiempo de escuchar a un atacante que gritaba después de recibir un balazo. Entonces enfureció el asalto. La Jefatura Provincial no era un cuartel sino una casa bien ventilada, a la que ni siquiera habían abierto troneras o protegido con sacos de tierra. Reátegui pidió cartuchos. Se le había perdido un cargador. Ahora volvía al combate. Tres contra muchos y ni siquiera era posible parapetarse. Cada vez que disparaban tenían que mostrar el cuerpo. El sargento pasó una bolsa al cabo Lozano. ¿Qué hacemos, mi sargento? Agustín de la Cruz, republicano toda la vida, estaba al mando. Esperaban sus órdenes. No iba a engañarse. Ocupaban una posición perdida. Por la Plaza de Armas empeoraba el combate. El sargento debía defender la jefatura pero también cuidar la vida de sus subalternos. ¿Por dónde emprender retirada si no existía ruta de escape? ¿En qué sitio

reagruparse?

Llegaban más terrucos al asalto de la Guardia Republicana. Lozano sentía abrirse paredes de apenas un ladrillo en fondo. Qué le vamos a hacer, mi sargento, no quedaba otra alternativa que seguir en la pelea. En ese momento parecía haber dos personas al interior de Lozano, una que enfriaba la puntería, otra que se despedía de los recuerdos felices. Un Lozano quería matar, otro recordaba a su madre. La guerra no era otra cosa que un odio total espesándole la sangre, hasta ponerla casi negra y golpear por dentro su carcasa y todo ese pellejo tenso, lacerado por mínimas astillas que volaban del rebote de las balas, resonándolo como si le hubiesen puesto lo de dentro afuera, tambor al revés que anunciaba el ritmo en crecimiento de la furia y la vida en retirada, dos Lozanos que se miraban, el frío y el rabioso, el que mataba y el que no quería morir, ambos atrapados en la lentitud de un tiempo distinto, la hora final.

EN LA ESQUINA DE GRAU Y CASTILLA, a quince pasos de la puerta de la PIP, el alférez John James Trissolini vio llegar una camioneta roja de la que saltaban raros uniformados de apariencia militar y cabelleras largas, como disciplinados vagabundos. Le tomó una fracción de segundo comprender que no pertenecían al Ejército sino al MRTA. Entonces oprimió el gatillo de su FMK3, despachando medio cargador de una sola vez. Estaba solo en la calle frente a muchos adversarios. Imposible hacer la cuenta. Otros se acercaban al trote por el campo de aviación. Tomaban por asalto el edificio del Registro Electoral y empezaban a disparar desde el otro extremo de la calle, donde quedaba el Hostal Rosalvina. Al mismo tiempo que Trissolini, rompieron fuego los atacantes y el infortunado alférez sintió que le arrancaban el brazo derecho y trituraban su pistola ametralladora. "¡Mataron a Trissolini!" —se oyó la voz rabiosa del teniente Pablo Gil Agurto que salía con un fusil AKM a la puerta principal. Oscurecían Prevención y almacenes. El suboficial 3º Calderón seguía al teniente Gil Agurto en la defensa de la entrada. Por todo Juanjuí crecía la crepitación de la fusilería, acompañado por el trueno de bombas de mano hechas con dinamita y el sonido asesino de las piñas de fragmentación. No sólo atacaban la Jefatura Provincial de la PIP. Al costado se oía disparar a los republicanos que protegían la ENTEL y Electro Oriente. Chasqueaban proyectiles en la enorme

parabólica que conectaba Juanjuí con el satélite. Se acordó de todo el petróleo almacenado en los tanques de la planta eléctrica y del enorme cilindro con mil galones de gas licuado que existía en el patio lateral de ENTEL y se dijo que bastaba una bala perdida o la explosión de una granada para calcinar a todos en una gigantesca bola de fuego.

Trissolini no estaba muerto. El tiro le había quebrado el hueso, arrancándole un pedazo de brazo. Debía ser grande la herida, pues derramaba hasta su pecho una densa mancha roja. Desde el suelo pudo ver a los atacantes que tomaban posiciones. Unos subían a los techos detrás de la casa de Ibáñez, donde también almacenaban combustible. Otros estaban apostados en el techo del Registro Electoral. Más tiradores se colocaban en un terreno próximo a la casa de don Beno Ruiz. Después sintió nublársele la vista y se arrastró de espaldas, alejándose de la esquina por el Jirón Castilla hacia La Merced, donde alguien lo ayudaría a bloquear la hemorragia. Desde el vecindario de Ibáñez, un maldito terruco ensayaba puntería con Trissolini que siguió cargándose a sí mismo, llevándose hacia atrás con dolorosas contorsiones. Sentía como se enterraban proyectiles a un palmo de su cuerpo. Por momentos sentía perder el brazo hecho piltrafa. Al fin se abrió una puerta y un vecino y su mujer salieron a esconderlo detrás de una delgada fachada de ladrillos. La totalidad del combate retumbaba al amanecer con la violencia de un terremoto.

TAN SÚBITO ESPANTO SORPRENDIÓ a la patrulla de amanecida cuando avanzaba por la sexta cuadra del Jirón Peña Meza, de regreso a la Subcomandancia. Sólo ellos parecían quedar con fusiles y cartuchos para acudir inmediatamente en defensa de los sitiados. Enfurecía el tiroteo en la Plaza de Armas, con los terrucos exasperados porque nadie se rendía. El asalto por sorpresa debía haber tumbado a centinelas y defensores. El MRTA traía una ventaja de diez a uno, además de verdadero equipo de guerra, con devastadores RPG o bastones chinos, superiores a las bazucas, con suficiente poder para desfondar un carro acorazado; y lanzadores de granadas API, proyectiles de 40 mm que todos conocían como instalaza. Usaban, además, bombas de dinamita rellenas de shrapnel o charneles, la misma metralla con que se mataban los ejércitos desde hacía quinientos años, y abundancia de bombas

incendiarias, simples botellas de gasolina y tal vez sofisticadas granadas de fósforo blanco. Pero la pobre patrulla de tres había quedado en el medio de la ofensiva terrorista y no imaginaba el poder y número del enemigo. A su izquierda asaltaban la Jefatura de la Guardia Republicana. Por la Plaza de Armas se estremecían las casas desde los cimientos. La gente de Juanjuí asomaba de perfil por las ventanas de sus casas, trancándose por dentro como si llamasen al juicio final sólo que al revés: en vez de ángeles, terrucos. Los veían, en todas partes, de verde olivo, con cabelleras largas y rostros cubiertos con pañuelos rojos, sitiando las dependencias estatales. Habían llegado libremente por la Marginal, en vehículos capturados entre Sacanche y Saposoa o San José de Sisa. De seguro aún resistía la ínfima guarnición de Electro Oriente o ya se habrían extinguido todas las luces. Los guardias Marlon Jerry Garay y Élver Díaz conferenciaron con el chofer Manrique. Cada uno tenía sesenta cartuchos. Si conseguían llegar por atrás, acaso desbandaran a los atacantes. El SO2ª Manrique recordó que el MRTA solía esconder tiradores para proteger su retaguardia. Eran sus *escuadras de contención*. Marlon Jerry Garay dijo que no podía haber tantos terrucos. Además, el impalpable poder del Estado y sus leyes estaba de su parte. Juanjuí era una verdadera ciudad y su población tendría que darles respaldo. Retrocedieron por el Jirón Peña Meza, protegiéndose con los tubos de desagüe aún sin enterrar. A trechos se escuchaba chicotear balas perdidas que maltrataban fachadas inocentes. Como aumentara el estruendo, decidieron apurarse por la calle Dos de Mayo hacia el Jirón Huallaga, la ruta usada por los subversivos para ir a la Plaza de Armas. Por delante desconfiaba Marlon Jerry Garay, con el dedo en el gatillo de su AKM16, una versión contemporánea del famoso Automat Kalishnikova desarrollado por los rusos en 1947, más conocido como el AK47, que usaba el calibre 7,62 mm estrenado por los alemanes hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial: un buen fusil de asalto, duro y simple, copiado por chinos y coreanos, verdadera y temida celebridad en Viet Nam. Hasta Israel había tomado gran parte del Kalishnikov para producir su Galil; cambiándole el calibre a 5,56 mm, mucho más liviano, que usaban las tropas de Estados Unidos. Los fusiles AKM16 de la Guardia Civil habían sido fabricados en Corea del Norte y eran armas de asalto, que debían gastar mucha munición, concentrando ráfagas en un enemigo a cien o

doscientos metros, y, de bala en bala, para tiro de precisión hasta mil metros de distancia. Sin embargo, Garay y los suyos tenían que contar los disparos en corto, lo mismo que los sitiados de la Subcomandancia. Para la ronda ni siquiera cargaban granadas de guerra, pues la suya no era una militar sino policial. Al llegar a Dos de Mayo los recibieron a balazos. Marlon Jerry Garay abrió fuego. Élver Díaz también barrió a los agresores. Pasaban de diez, algunos de paisano, de verde olivo el resto, todos con FN-FAL belgas. Aunque un balazo derrumbó al chofer Manrique, no dejó de tirar del gatillo. Los subversivos escaparon hacia Puerto Amberes, llevándose a sus heridos.

El suboficial Manrique se persignó. Aún no habían llegado prometidos chalecos blindados a Juanjuí. Un terruco lo había elegido para vaciarle un cargador al cuerpo. Sólo una bala le había pegado en el pie derecho, su preferido, con el que se levantaba todas las mañanas. El tiro había perforado la bota y huesos que funcionaban como engranajes, aunque sin cortar venas importantes. Dolía como si lo hubiesen cortado con una sierra. Más allá del balazo concluían sus sensaciones. Creyó haber perdido todo un pedazo, la mitad de sus pisadas. Lo ayudaron a enderezarse. Conservaban sus fusiles. Sólo a Manrique se le había perdido un cargador. Apoyó un brazo en cada compañero y a saltos sobre el pie intacto avanzó por el Jirón Dos de Mayo. Garay insistía en entrar disparando a la Plaza de Armas. ¿Y Manrique? ¿Dónde dejaban al chofer baleado? Cruzaron el crítico Jirón Huallaga. Habían desbandado a una escuadra de contención. Garay señaló el Hostal Acuario, con una azotea a casi seis metros de altura. El dueño los dejó entrar. El reloj del conserje marcaba cinco para las cinco de la mañana. A pesar de la sorpresa y del número de atacantes, el MRTA no conseguía silenciar a la PIP o a la Guardia Civil. Continuaba la resistencia de la Republicana. Los guardias instalaron al chofer Manrique en una habitación, con la pierna en alto y un torniquete para frenar la hemorragia. El hostelero juró protegerlo. Garay y Élver Díaz subieron al techo, rampando hasta la cornisa que daba al Jirón Dos de Mayo. A su izquierda veían las fulguraciones del asalto a la jefatura provincial de la PIP. A la derecha, en los techos de la manzana que daba a la Plaza de Armas, resplandecían disparos de francotiradores y hasta el aire parecía vidriarse y reventar más lejos, donde funcionaba una ametralladora de tripode, posiblemente una vieja ZB30, una *perra*

como la llamaban los policías. Por un megáfono demandaban rendición a la Guardia Civil. Garay reconoció el sonido de los AKM policiales que rehusaban callar. "¡Hay que ayudar!" Élver Díaz se negó con la cabeza. De techo a techo estaban perdidos, los barrió el MRTA. Imposible acercarse a la Plaza de Armas. Debían ser más de cien terrucos al asalto de la PIP y Guardia Civil. "Ya hicimos correr a su gente de contención, podemos sorprender la retaguardia", insistió Garay. Élver Díaz señaló a los sediciosos subidos a los edificios en la esquina del Jirón Grau con la calle Triunfo. Estaban por encima de ellos. ¿Cuántos cartuchos te quedan? Menos de cuarenta. El otro tenía apenas un cargador intacto.

DOS MINUTOS HABÍAN DURADO veinte años en el alma del guardia ahora teniente casi capitán Cieza. Luego el tiempo se convirtió en una substancia indivisible, una totalidad que no podía ser transitada, que se estaba quieta a pesar de su movimiento perpetuo, péndulo en una sola dirección, masa total el universo que ya nadie podía cortar y numerar y clasificar en épocas o años ni en vida o muerte, ni siquiera en ayer o memoria ni en premonición ni mucho menos en actualidad o mañana: se estaba, simplemente. Igual antes y lo mismo después, un paisaje incambiable, algo así como haber quedado prisioneros en una fotografía eterna, el ojo y la imagen observándose en muchas dimensiones. Había sido todo una repetición, la humanidad que se calcaba a sí misma apenas cambiando de apariencia. ¿Cuántas veces había sido Cieza y cuántas Lachos, infinitos abuelos, todas las sangres absorbiendo cada una su pequeña historia hasta dar con el primero, desconocido e innumerable, cuántas veces hombre, cuántas padre y madre, cuántas veces agonía y muerte? Pobre Cieza abandonado por sí mismo, arrancado del antiguo registro de su existencia sólo para estar ahí, en esa guerra que jamás acabaría y que ocupaba la amplitud de sus sentidos. Consumada su elección, no tenía otra alternativa que continuarla y no retroceder, seguir valiente, mientras otro Cieza ascendía hasta fundírsele y asumir el mando de esa vida casi muerte. Entonces el Cieza inmediato, apenas anterior, había podido verse de dentro y fuera, ya no contenido por sentimientos o emociones sino por un destino inexorable, manejado por una capa más profunda de instintos, pues no era vivir la servidumbre ni la especie toleraba a los vencidos. No bastaba conservarla, algo

mandaba subir por ella, empujar la vida a peldaños superiores. Tenía el alma por fin en libertad, desencadenada del miedo y las insignificancias de una identidad transitoria, un rostro asignado sólo por esta vez, a imagen y semejanza del gran misterio original, la soledad de la energía capaz de generar el verbo: un ser que se pensaba para seguir siendo y que así cumplía su propia continuación, perfectible y el mismo, recién iniciado y a la vez terminal, último y primero, polvo de huesos vuelto arcilla y nuevamente fruto, Cieza por un rato y también Cieza siempre, repetición de un misterio distraído en seguir el rastro de la luz en fuga.

Llameaba la humosa oscuridad de la plaza y por momentos el resplandor de los explosivos alumbraba la profundidad del paisaje, lo que quedaba de él, un rectángulo hecho pedazos a través de la puerta principal de la Sub Comandancia. "¡Nadie se rinde!", repetía el teniente Cieza, "¡hagan puntería! ¡No sean gelatinas!". Fatal es, mi teniente antes guardia. Qué le vamos a hacer. Si había que pelear, peleaban. Si era necesario morir, morían. Fatal es. Somos guardias civiles, mi guardia llegado a teniente casi capitán. Ninguno de esos cinco defensores que rodeaban a Cieza necesitaba comprarse un perro. Nadie pedía nada, un kilo de valor, una ración de cojones, una bolsita de patriotismo. Peruanos contra peruanos, lo peor de todo. Una sola sangre y parecían dos países, odiaban como extranjeros los malditos terrucos. ¿A quién le hablaban de pueblo? ¿A los guardias? Se da usted cuenta, mi teniente, como si nadie ahí fuera pueblo, soldado desconocido, carne de cañón de la historia, patria en vida, masa con uniforme verdadero, no un nuevo disfraz de irregulares. Unos a otros se animaban los defensores. Tranquilos, hagan puntería. Y siempre la misma voz exasperada: ¡Faltan cartuchos! ¡Abren el almacén! Desde su lugar agujereado el cabo Pinedo contaba a los defensores. Cinco por el frente y dos en la parte trasera. No quiso preguntar dónde estaba el resto.

Los del MRTA insistían con sus voces de megáfono: *...invencible la revolución arrojen sus armas somos generosos en la victoria viva viva la guerra popular manos en alto ríndete de una vez guardia clase suboficial no te hagas matar por los explotadores del pueblo...* Romero buscaba con su fusil al que gritaba por el altavoz. Nadie se rinde. Ya vendrían refuerzos. ¿Cuántas veces habían intentado acuchillarlo en siete años, cuántas? ¿Y cuántas veces se había puesto en peligro por defender a los necesitados, gente mínima, desprotegida? Mientras la

voz artificial del megáfono pedía que los guardias se cambiaran al servicio auténtico del pueblo, Romero recordó a una mujer a la que había salvado de un huaico, aunque la avalancha siempre los había arrastrado un centenar de metros. Habían salido medio muertos. La mujer juntaba las manos, lo bendecía después, una pobre vieja que acababa de perder su casucha de barro apelmazado con piedras. Mientras escuchaba los mensajes del MRTA, de nuevo se sumergió en el torrente inmenso del Huallaga a sacar personas que se ahogaban. Tres veces lo había repetido. A la cuarta lo habían tenido que sacar otros guardias civiles. ¡Cambiar al verdadero servicio del pueblo! ¿Y al servicio de quién había estado durante esos siete años de una vida peligrosa y mal remunerada? Empezaba a clarear el firmamento. Romero pudo ver al guardia ahora teniente casi capitán Cieza envuelto en el vapor del combate. Era recio su paisano, daba orgullo saberlo cajamarquino. Parecía habersele tiznado el rostro a Cieza de tantísimo disparo. Más allá, el guardia Fernández pedía cartuchos. Tenía el rostro arañado por esquirlas de infinitos rebotes. Lo recordó amoratado, con los pulmones llenos de humo después de rescatar a unos niños de una vivienda incendiada. ¿Al servicio de quién, la Guardia Civil? Acaso la imaginaban arriba y era de abajo, vecinal, cotidiana: estaba en la esquina de los barrios, a la hora de las pequeñas grandes emergencias, de las historias que ni siquiera llegaban a los titulares de los diarios, con protagonistas demasiado numerosos para ser escritos en una sola página o recordados en una sola tumba. Eran el pueblo mismo, los guardias que defendían Juanjuí, policías desconocidos a quienes esperaba una sepultura sin nombre pero alumbrada por la memoria popular, único alimento de eso que llamaban gloria nacional o altar de la Patria. Y no iban a caer en ningún engaño y volverse bandidos aunque estuviesen en desventaja de uno contra diez. "¡Comemos plomo y cagamos terruco!" —vociferó el guardia más alto que las detonaciones y al fin calló la voz del megáfono. Los atacantes pasaban al asalto con todo el poder de sus fuerzas.

EN LA POLICÍA DE INVESTIGACIONES, el comandante Hugo Castro Morán pudo contar al fin a quienes combatían a sus órdenes: siete de la DINTID y cuatro de la Jefatura Provincial de Juanjuí, incluido el servicio de guardia. Quedaban diez, pues el alférez Trissolini, de la DINTID, había

caído en el exterior. Como otras comandos policiales, la PIP ocupaba una antigua vivienda de ladrillo, a medias reforzada donde la DINTID guardaba su archivo sobre traficantes, con una caja fuerte para los secretos de la lucha antidroga: los nombres de tres mil sospechosos del Huallaga, incluidos doscientos pilotos y muchas autoridades y hacendados, además de mensajes en clave intercambiados con Lima o la base de Santa Lucía, expedientes confidenciales de bandas a las que estaban investigando y los nombres cifrados o los números asignados a sus informantes. En esa parte de la DINTID también conservaban copias de atestados policiales de los últimos tres años y su propio y cuantioso arsenal: dieciséis fusiles AKM, veinticinco pistolas ametralladoras FMK3 nuevas, veintidós revólveres S&W calibre 38 sin uso, dos cofres con munición de 7,62 mm y dos cofres con cartuchos de 9 mm, dos cajas con granadas de guerra, chalecos blindados, binoculares diurnos, miras infrarrojas, maletines que contenían equipos y reactivos para probar el nivel de pureza de las drogas capturadas y hasta explosivos de alto poder, plástico C-4 que usaban para destruir laboratorios clandestinos y pistas clandestinas de aterrizaje. Si todo caía en poder del MRTA significaba un desastre para la DINTID en el oriente peruano. Ni siquiera había sido necesario abrir el arsenal para defenderse, pues la Jefatura Provincial tenía una numerosa dotación de fusiles AKM, con más de mil cartuchos, y pistolas ametralladoras FMK3 que sobraban, cada una con dos cacerinas y un total de cuatro mil cartuchos. El comandante Castro procuraba conservar la serenidad. Maldita imprevisión: no todos los cargadores tenían balas al tope. El transreceptor estaba instalado en la Prevención, donde llovían balazos enemigos. Los teléfonos estaban interrumpidos y los *handies* con las baterías exhaustas. Tan pronto estalló el combate, el comandante Castro había ordenado al teniente PIP Jesús Donayre que repartiera a todos un solo tipo de arma, fusiles AKM16. No quería trágicas confusiones en el reparto de municiones.

El capitán PIP Ángel Pérez Irureta conocía otras zonas en emergencia. Había sobrevivido a varias emboscadas y combates con Sendero Luminoso. Era su primera confrontación con el MRTA. Sintió ahuecarse la cabeza al recibir el sonido de las detonaciones, que se fue achicando hasta no ser más que una crepitación detrás del gemido de los proyectiles que entraban a reventar trozos de la Jefatura

Provincial. Cada nuevo balazo abría agujeros más grandes en las paredes. Golpeaba fuerte la sangre en sus sienas, hasta que el corazón se le convirtió en un anunciador de emociones bien acompasado. Los sábados en la tarde solían ensayar el plan defensivo. Nadie había imaginado jamás un asalto tan numeroso. No era una simple incursión terrorista. El MRTA desarrollaba una operación verdaderamente militar. El capitán avanzó rampando con su AKM a la parte frontal. Lo peor venía del Jirón Grau. ¿Y Trissolini? Afuera, mi capitán. ¿Vivo? Le dieron, mi capitán. Parecía muerto pero había desaparecido. ¿Teléfonos? No hay. Tampoco radio. ¿A quién pedir ayuda? La Guardia Civil estaba acorralada. Tres republicanos no podrían defender por mucho rato su Jefatura Provincial. Nadie se acercaría a Juanjuí por lo menos hasta el siguiente mediodía. El MRTA cruzaba fuegos desde la casa Ibáñez y el Hostal Rosalvina. Lo peor eran los terrucos apostados en el tercer piso del Registro Electoral, justamente al frente de la PIP, y el fuego demoledor de una ZB30 instalada en otro techo, entre la PIP y la Guardia Civil. No parecía momento de quejarse, pero la Jefatura Provincial y la DINTID estaban pidiendo refuerzos desde el año anterior. Contestaban lo mismo, siempre: Juanjuí puede esperar. En la DIRIN y la DINCOTE conocía el peligro. Pero existía cierta asombrosa indiferencia por parte del gobierno, que ni siquiera asignaba fondos indispensables para el sostenimiento de las actuales guarniciones. Esa noche descansaban dos agentes. Faltaba el mayor que estaba al mando de la Jefatura Provincial de la PIP. Tenían tres descuentos: un cabo en Tarapoto, en tratamiento médico; el agente Jesús Lucúmbur, en Lima, con cien kilos de PBC recién decomisados; y el suboficial Rivas Fonseca, en el Hospital Central de las Fuerzas Policiales en Lima. En fin, tampoco estaba el suboficial Arturo Ártica, que había salido a visitar a su familia.

Si al menos hubiesen reunido las pequeñas guarniciones, preparándose para la guerra con rumas de sacos llenos de tierra, sin autorizar salidas a los domicilios ni permitir descuentos que no fuesen realmente inevitables, si hubiesen llenado a tiempo todos los cargadores disponibles, acaso fuese posible resistir hasta avanzada la luz del viernes. A los terrucos no les gustaba el sol. No habrían de quedarse todo un día peleando por Juanjuí, corriendo peligro de quedar acorralados si aparecían tropas al rescate. El comandante Hugo Morán conocía bien sus obligaciones en esa hora terrible: inutilizar el

armamento que no pudiese salvar, proteger la vida de sus subalternos, destruir archivos, resistir sólo si se cumplía un objetivo. Pero... ¿cómo destruir los archivos en ese momento? ¿De qué manera inutilizar el armamento sobrante si emprendían un repliegue a la larga inevitable? Sólo existía una manera: volando su propio arsenal. El comandante Morán pasaba inventario a los explosivos almacenados por la DINTID y a los tanques de petróleo de la empresa de electricidad y, aún peor, los mil galones de gas licuado en el vecino patio de ENTEL. Del otro lado del Jirón Grau estaban el grifo de Ibáñez y el depósito de combustibles de don Gilberto Peña del Águila. Por el momento, los defensores de la PIP ni siquiera usaban granadas, que tenían en cantidad, para evitar una explosión en cadena que pudiese borrar dos o tres manzanas de viviendas y negocios en el centro de Juanjuí.

Con el infortunado Trissolini herido o muerto, quedaban nueve. Arreciaba el vendaval subversivo desde una azotea del Jirón Castilla. Reconocían el sonido de una ametralladora de trípode, seguramente una Browning de calibre 30. Por deshechas ventanas los bañaban proyectiles. ¡Capitán, a retaguardia! ¡Yo lo cubro! El comandante Castro pasaba a saltos de un flanco a otro. Despachó al teniente Donayre, su oficial de logística, a sacar cargadores nuevos y más cartuchos, esta vez del arsenal de la DINTID. El teniente Gil Agurto seguía parapetado en la entrada principal. A ratos disparaba con una pistola ametralladora HK-G3, que también usaba cartuchos de 7,62 mm, mientras un cabo lo ayudaba a recargar su AKM. El cabo Perdomo Panduro defendía la ventana de la cuadra que daba por la izquierda al Jirón Castilla, por donde se había perdido el rastro de Trissolini. El agente PIP Algarnón Ortega se encargaba de la ventana derecha, apoyado por el SO2ª César Calderón. Otra vez crecían los disparos por la parte posterior. El MRTA atacaba ahora desde lo alto del depósito de la Coca Cola, por encima del patio de ENTEL-Perú. El comandante Castro identificó el emplazamiento de la ametralladora de trípode en una azotea a tres pisos de altura, más allá del Jirón Castilla. Si la movían en dirección contraria, podían disparar contra el Tercer Sector de la Guardia Civil. Los proyectiles del MRTA despedazaban la pequeña oscuridad que protegía a los defensores. En vez de reforzar la parte delantera, el comandante Castro mandó que los cabos Pérez Saldaña y Oswald Vela diesen apoyo al capitán Pérez Irureta en el flanco de la ENTEL.

NO TODOS ESTABAN HECHOS PARA ACABAR ESA NOCHE. No siempre los héroes morían acompañados. Tampoco era un simple asunto de valientes, ni sólo optaban por vivir los cobardes. Los héroes de verdad no entregaban la vida gratis. Acaso los iluminaba la certidumbre de la grandeza justamente cuando parecían derrotados o era evidente su debilidad ante un enemigo lleno de poder y soberbia. Los héroes no aplastaban a sus adversarios con las orugas de una fuerza inhumana y superior. Vencían o morían sin rehusar combate y sin rendirse, con el miedo superado por la fe y el coraje. Los cinco héroes de la Subcomandancia de la Guardia Civil detenían el asalto de un enemigo diez más numeroso y mejor armado. En la parte posterior del mismo edificio, otros guardias consideraban inútil la resistencia en semejante desventaja. Dos, tal vez tres habían escapado saltando una pared que daba a la huerta de don Julio Campos, cuya casa estaba en el centro mismo de la contienda, a medio camino entre la Guardia Civil y la PIP. Después empezaron a llover balazos al patio trasero y quedaron detenidos el guardia Avenzur Alvarado Chávez, cuya mujer e hijos seguían en Sacanche, de donde lo habían replegado con otros policías dieciocho días atrás, y el furriel, SO5ª Mario Pereyra Flores, el mismo que había acababa de viajar el miércoles de Saposoa a Juanjuí con el teniente Cieza. Alvarado tenía un AKM entregado por el cabo Pinedo. Pereyra sentía sudarle las manos que sostenían una pistola ametralladora MGP aún sin disparar. En la oscuridad rayada por el fuego de los atacantes se acababa de disolver la corpulencia del cabo Salvo. En vez de quedar atrapados, en ese callejón sin salida que era la Subcomandancia, el guardia Alvarado proponía moverse por los techos en busca de escape o de igualdad con el enemigo. Escuchaban retumbar los disparos de Cieza y los defensores de la puerta principal. Pereyra vio a uno de sus compañeros que pasaba como una exhalación al almacén y volvía al frente con bolsas de munición. Hubiese querido ir tras él, pero en ese momento emprendían un asalto por la parte posterior. Apenas tuvieron tiempo de tirarse al suelo antes de que hiciera explosión una granada de tipo piña que los bañó con esquirlas. El SO5ª Pereyra despachó de una sola vez treinta cartuchos que echaron un rojo resplandor sobre un vecindario por el que rodaban o corrían los agresores. "¡Guarda balas!" —gritó Alvarado, que disparaba a pausas, cuidando la munición 7,62 del AKM. El furriel siguió quemando enemigos.

El peso de cargadores repletos de cartuchos de 9 milímetros le reventaba el morral. Otros preferían fusiles. Pereyra se pasaba las tardes metiendo proyectiles en las esbeltas cacerinas de las MGP, que nadie usaba pues se les torcía el cañón si se calentaban demasiado. El furriel prefería usar un *chicle*, como conocían a las MGP, que quedarse sin cargadores llenos para un AKM. El suboficial Pereyra liquidó el intento de asalto con cinco cacerinas, una tras otra, y sólo entonces le pareció que se ablandaba el cañón de su arma. Tendría que enfriarla o corría peligro de que le reventara en las manos. A la vez sintió el dolor acuchillado de varias esquirlas. Se le iba empapando el uniforme con sangre oscura y caliente, un sirope grueso y untuoso. Hora de irse. El guardia Alvarado aprovechaba para dar culatazos al cielo raso de un baño vecino. Después rompió la cubierta exterior de vieja calamina. Vamos. Por aquí. Rápido. Pereyra dudaba, a medio esconder frente al patio y la pausada claridad de las cinco de la mañana. Tan pronto rompiera el día, serían blanco perfecto para los tiradores del MRTA. A ratos se miraba una mano herida sin saber como detener la sangre en su cuerpo claveteado de charneles. No se cansaban de combatir en la puerta principal. El estruendo seguía creciendo en la parte de la PIP. Vamos, no te voy a esperar. El guardia Alvarado se proponía escapar a los techos antes de que los traicionara el sol. Se apuraba el amanecer. De una vez. Rápido. Infortunado SO5<sup>a</sup> Pereyra, no quería abandonar a los demás defensores de la Guardia Civil, tampoco quedar solo en retaguardia. Dejaba ciento cincuenta casquillos vacíos sobre el piso de cemento y un rastro fácil de seguir, salpicaduras rojas que delataban su escapatoria. Un resplandor celeste se expandía sobre Juanjuí, como si la mañana intentara compensar la fealdad de la guerra y su niebla pestilente de explosiones y disparos. Empujó al guardia Alvarado por el hueco abierto en la delgada techumbre. Después pasó el AKM y su MGP por el momento inservible. El morral pesaba demasiado y lo dejó en el suelo. Alvarado lo ayudó a subir.

A LAS CINCO Y DIEZ DE LA MAÑANA, el sargento Agustín de la Cruz terminó de abrir un forado en la pared vecina, hecha de quincha, para salir con sus compañeros. No había decidido aún en que dirección escaparían, aunque sólo existía una buena ruta para salvarse: el viejo campo de aviación y, más allá, las huertas y el monte. De regreso a la

puerta de la Jefatura, el sargento tomó una Uzi para no irse desarmado. No estorbaría sus movimientos. Del otro lado del combate y la gruesa niebla de las detonaciones se veía crecer la claridad del nuevo día. Si demoraban, ya no podrían replegarse. Gritó sin escuchar su propia voz.

Tampoco lo oyó el cabo Lozano, que se había arrastrado junto al guardia Reátegui. Con la luz del día, los atacantes afinaban sus disparos. Acabarían por liquidarlos. Reátegui se quedaba sin cartuchos. Lozano guardaba medio cargador. Gritó al oído de su compañero: "Fidel, te cubro la espalda. Vete por delante." Reátegui asintió, empezó a moverse. En ese momento cayó el instalaza, un cohete de 40 mm capaz de abrir un tanque. Parecía un tiro de cañón. Se endureció el aire, volviéndose compacto lo invisible, una ondulación de hierro que golpeó la cabeza de Lozano. Acabó el combate entonces, la luz y los sonidos. Acabó la mañana incipiente y acabó Lozano en la oscuridad total de una muerte en tránsito, ya casi decidida a ser muerte definitiva.

Aturdido por la espantosa explosión, el sargento vio los cuerpos tirados y quietos del cabo Oswaldo Lozano y del guardia Fidel Reátegui. El instalaza había dado justamente en la delgada pared que los protegía, aventándolos a varios metros de distancia. Tenían ese aspecto descachalandrado de los muertos que caían al fondo de un precipicio, como si no les quedara un solo hueso en su lugar exacto, pobres títeres con las pitas cortadas. Sólo quedaba el sargento. Sus ojos quemados por la pólvora se despidieron de los compañeros rotos por el cohete enemigo. Después se arrastró a través del humo hacia el agujero que acababa de abrir. Los vecinos lo ayudaron a pasar a la otra casa y de ahí a otra y otra más donde al fin le dieron escondite.

LLEGABA LA LUZ DEL DÍA sin que nadie despertara de la pesadilla atroz de una ciudad súbitamente en guerra. El MRTA acababa de capturar la Jefatura Provincial de la Guardia Republicana. Se sucedían explosiones que remecían la totalidad de Juanjuí. Parecía un bombardeo. Desde cada vez menos penumbra, el teniente Cieza reconocía el espantoso sonido de la dinamita en racimos, sin imaginar que el MRTA había empezado la demolición de las propiedades estatales. De habersele dicho, no habría creído que las autoridades políticas habían fugado en

vez de organizar un contraataque o de pedir inmediato auxilio del gobierno. No estaba el señor subprefecto, así que los guardias que cuidaban la sede provincial del Poder Ejecutivo se habían marchado, pues nadie iba a defender el espacio de una autoridad vacante. Sin subprefecto y al parecer sin alcalde, no quedaba más gobierno en Juanjuí que las dos pequeñas guarniciones sitiadas, que no querían rendirse. En verdad, el teniente Cieza creía que daban tiempo para que llegasen fuerzas de auxilio. Demoraban al MRTA para que otros lo cercaran. En la propia ciudad de Juanjuí quedaban refuerzos. La Guardia Civil tenía disponibles a un capitán, cuatro sargentos y diez clases y suboficiales, aparte de los cabos que habían salido por la parte posterior al comenzar el asalto y del mayor Medina, al que Cieza suponía muerto o capturado. A la espalda de la Subcomandancia, no se dejaban arrollar los defensores de la Jefatura Provincial de la PIP, cuya obstinación ayudaba a proteger la estación del satélite. Pronto se cumpliría la eternidad de cincuenta minutos de combate. El subprefecto tenía que haber avisado por su propio sistema de radio a Tarapoto y Moyobamba. Acaso ya había informado al propio Director Superior de Gobierno Interior, pues las subprefecturas tenían comunicación directa con el Ministerio en Lima. ¡Toda una ciudad atacada por una columna del MRTA! Tendrían que salir tropas del cuartel de Morales, en cuestión de minutos llegarían helicópteros artillados, quedaría clausurada la ruta de escape de los sediciosos por la Marginal. Defensores del Perú en vano, los policías de Juanjuí. Ni siquiera recordarían sus nombres, ni les darían las gracias, ni esa mañana a nadie le importaba en Lima que estuviesen peleando en el Huallaga. La televisión prefería a las campeonas mundiales de voleibol, que habían aterrizado precisamente a las cuatro y media de la mañana, cuando empezaba el sacrificio policial en Juanjuí. ¡Gloria a las vencedoras! ¡La Patria las saludaba y rendía emocionado homenaje! Viva viva la mujer peruana. Viva el Perú viva. Un eco respondía desde los abismos de la Historia: *iva, iva, iva... erú, erú*. A las cinco y media dormía el señor presidente de la república. A nadie se le ocurría importunar al poderoso Ministro de Gobierno por un incidente de subversivos en la selva. Ya se las arreglarían los tombos de Juanjuí. Prevalecía una simplísima consigna: *no se dejen matar y no hagan escándalos innecesarios*. En noviembre seguía la guerra verdaderamente importante, la confrontación política de discursos en

las plazas públicas, la batalla por reunir multitudes cada vez más grandes, el angamos moderno de las encuestas de opinión entre el presidente y sus opositores. Sólo eso tenía valor esa mañana del trágico 6 de noviembre. La Patria oficial se alimentaba de elecciones generales y de votos y de un torrente inagotable de palabras y palabras, grandiosidades echadas al viento. Los defensores de Juanjuí estaban en otra dimensión de la pobre república desangrada, la de los uniformes viejos y los fusiles sin balas. Nadie más alto que ellos esa mañana en el Perú imposible pero auténtico, el país de roca, la nación despetrificada, hija predilecta del sol, el pueblo superior a sus gobernantes: sí, el pueblo.

Pese a todo, el guardia ahora teniente Cieza adivinó que el MRTA iniciaba la demolición de los símbolos del gobierno. Antes habían saqueado los archivos de la Subprefectura. Después la dinamitaron. En el Juzgado de Instrucción recogieron ciertos expedientes y al resto le echaron fuego. Ardían rumas de paquetes judiciales, sellados y anudados, causas que esperaban sentencia, denuncias y resoluciones. Todo se convirtió en cenizas mientras se apuraba el sol por llegar al horizonte, blanqueando un cielo demasiado pálido para un buen amanecer juanjuino.

A veinte para las seis, un balazo pegó en el rostro del cabo Pinedo.

*Soñaba sangre encharcada la esposa del teniente Cieza, sangre que resbalaba por las paredes sin poderse coagular, toda una lluvia de sangre frente a las ventanas de su pesadilla. Era como su propia sangre, pues se le adhería sin horror, a la manera de un aceite espeso y amistoso, y por ahí, a través del paisaje rojo que ella no conocía, de pronto regresaba Jorge Cieza Lachos preguntando por sus hijos, con su uniforme blanco de botones dorados, brillantados, el primero que había recibido al salir de alférez, cuando ella lo había amado más que nunca, con ese amor que se comenzaba y que era amor total, incomparable, aunque después creciera sólo que ya modificado por la sabiduría y la repetición. Lo veía acercarse, todo en rojo, todo en blanco, sonreírle, y Carmen quería llorar porque estaban equivocados los tiempos, aún no habían tenido hijos y él demandaba verlos, ella lo llamaba y él tenía que irse, le decía adiós esta vez sin decir cuál sería su verdadero destino.*

Una hora y casi diez minutos habían peleado protegidos por la coraza de su propia decisión. Al fin caía uno, con media cara deshecha

de un balazo. El más cercano de sus compañeros se quitó la camisa para ayudar al herido. Vieron que el cabo Pinedo estiraba una mano y tomaba la camisa para apretársela contra el agujero sin acabar de un proyectil de FAL: no estaba escrita su muerte esa mañana de 1987. Parecía tener la bala incrustada entre la dentadura y el pómulo, suficiente golpe para tumbarlo. Se negó a ser vencido y gimió al subir por partes, ocupando de nuevo su cuerpo mojado por la sangre. Amarró la camisa en derredor de su cabeza a fin de liberar sus manos y recoger el fusil casi sin balas. Fatal es, mi cabo. Volvió a disparar. Guardia teniente Cieza, ya no sería capitán. Se habían vencido todos los plazos sin que nadie llegara a ayudarlos. No se escuchaban disparos en el patio posterior. Estaban solos frente a la Plaza de Armas llena de enemigos. Cieza y el guardia Fernández defendían la puerta principal. Con el torso empapado en su propia sangre, el cabo Pinedo se esforzaba por reunirlos. El guardia Rojas peleaba en el flanco izquierdo. El cajamarquino Romero protegía el lado opuesto. Había llegado el momento de decidir la retirada. Tenía que salvar a sus hombres, el teniente Cieza. Su obligación era quedarse y darles protección en el repliegue. No podía abandonar. Estaba al mando.

*Carmen Rosa Quiroz despertó con un sollozo. Se miró las manos a la luz de la mañana acabada de llegar, creyéndolas mojadas en sangre. Tocó después su rostro intacto. Desde un retrato en su mesa de noche sonreía el teniente Cieza. Era una foto de sus tiempos de alférez, tal como ella acababa de verlo en su sueño. Se le doblaron las piernas cuando quiso salir y mirar a los niños. ¿Qué ocurría, dónde estaba Jorge verdaderamente, qué iba a suceder en las horas siguientes? Lima tardaba en despertar: un cuarto para las seis de la mañana. Sus ojos repasaron los rostros de sus hijos dormidos. Jorge Enrique parecía calcado de su papá, habría de ser alto y apuesto. Cinthia Lorena sonreía en sueños. Alguien la visitaba. Carmen Rosa sintió que volvía a perder el equilibrio. Pensó en llamar a su papá. Recordaba lo soñado, como si fuese una profecía. Avisaba sangre su sueño. Sin enfriar, extensa sangre gomosa, pintaba en las paredes las facciones de Jorge Cieza Lachos. No sintió miedo. Había ofrecido regresar el sábado. Apenas mañana. Era valiente y afortunado. Siempre había vuelto, siempre volvería...*

En realidad el guardia teniente ya nunca capitán estaba al mando

no sólo de esa posición sino del Perú de abajo, el numeroso, aquel de tantísimos héroes verdaderos que no entraban en una sola lápida, ni necesitaban nombres y apellidos, polvo siempre resucitado, idea invicta de un país que volvía a serlo pese a todas sus muertes y mutilaciones, su carne de cañón despedazada, sus partes llevadas a enterrar en dispersión remota y sin embargo reunidas. Se buscaba el Perú en la profundidad de las tumbas y volvía, siempre volvía, encarnado en otra multitud de seres legendarios y de nuevo olvidados, el pueblo hecho de arcilla original, a imagen y semejanza de su Creador sin rostro, el supremo innombrable que esa mañana quiso premiar a Jorge Cieza con el soplo de una vida sin años, sin la obligación de ir viviendo a rastras de los infortunios. Guardia ahora teniente definitivo, Jorge Cieza no podía seguir midiendo el tiempo. Parecía repetirse el principio con cada nuevo disparo. En derredor suyo se apagaba el estruendo del combate.

Exactamente a ocho minutos antes de la seis de la mañana, una bala tumbó al guardia Alberto Rojas.

Quedaban tres.

EL GUARDIA MARLON JERRY GARAY NO se resignaba a seguir fuera del combate. No se había separado del guardia Élver Díaz cuando el sargento 1º José Pérez Saavedra llegó a la azotea del Hostal Acuario. Era el suboficial de más alto rango en la pequeña guarnición juanjuina de la Guardia Civil. Informaron al sargento sobre su breve combate con una escuadra de contención. Habían escondido al chofer Manrique en un cuarto del mismo hostal. Necesitaba atención médica urgente. Garay quería bajar en ayuda de los defensores de la Subcomandancia. Sobraba el fusil del chofer herido para dárselo al sargento. Imposible llegar por una calle. El sargento había intentado acercarse a la Plaza de Armas. ¿Cuántos hay? Calculaba el sargento que de noventa a cien terrucos. Tenían ocupados los sitios más altos de Juanjuí. El sargento propuso acercarse por las huertas hasta la casa de don José Campos, dueño de "El buen amigo". Garay pidió permiso para adelantarse por detrás de la Jefatura Provincial de la PIP.

Envuelto en lo que quedaba de la noche, Marlon Jerry Garay trotó por el filo más oscuro del Jirón Dos de Mayo hasta meterse en una huerta cercana al poste de luz N° 25. De niño había sido avezado

trotamundos por la campaña de Huánuco. Pasó como una de esas sombras exhaladas por la propia noche cuando brillaba la luna y pasaban nubarrones. No lo podía creer: Juanjuí no aceptaba despertar a pesar del continuado trueno de las detonaciones. Sólo a ratos enfurecía el sonido de la ametralladora de trípode que los atacantes habían subido a uno de los techos. Tal vez empezaba a agotársele ese calibre al MRTA. Ventanas negras, puertas ni siquiera entreabiertas, ojos que no podían ser vistos en la asustada profundidad de las viviendas, Juanjuí simulaba no haberse levantado a esa hora de la madrugada. Tendrían que dar las seis para que admitiera el inevitable, rutinario retorno a la vigilia.

Nunca se las había dado de valiente, el guardia Garay. Tampoco solía escapar de los problemas. Rara vez le habían dicho que fuese a comprarse un perro o que era una gelatina. Pero nadie estaba seguro de nada en la vida. Los hombres eran una auténtica expresión de inconstancia. A veces se rajaban los valientes y los tipos quietos se transformaban en leones. A Garay se le había calentado la sangre después de correr a la escuadra de contención. Entonces habría podido abrirse paso a tiros por la Plaza de Armas. Ahora titubeaba, sin apocarse. Pasaba su alma del calor al frío, de modo que al llegar a una verja y sacar la mirada al Jirón Grau sintió que le temblaba la mandíbula y que sus dientes repicaban como si se estuviese congelando. Maldita gelatina, dijo encolerizado, hablándose a sí mismo. Mejor irse que estar ahí con miedo, pues la muerte prefería a los asustados y respetaba a los valientes. Los ojos de Marlon Jerry Garay se ajustaron a la debilitada oscuridad, apenas lo necesario para descubrir a los terrucos que tenían prisionero al suboficial Arturo Ártica, capturado cuando trataba de meterse a la Jefatura Provincial de la PIP. A no más de veinte pasos de distancia identificó a un grupo de atacantes por la fulguración incandescente de sus disparos. Se diluía rápidamente la oscuridad interior de la Jefatura Provincial de la PIP, donde raleaban los balazos de respuesta. En la dirección opuesta, Marlon Jerry Garay vio amontonarse terrucos que preparaban el asalto final contra la Subcomandancia. Volvió sobre sus pasos.

TENIENTE EN FIN PARA SIEMPRE, Jorge Cieza Lachos rompió a culatazos las armellas del candado que clausuraba el almacén. Volaban los

minutos. Entró a tientas, sin desviarse de las cajas de metal que guardaban al fondo. Tenía que haber cartuchos y hasta cargadores llenos para los AKM. No pudo abrir. No tenía las llaves y sería difícil forzar los cofres de acero en ese momento. Regresó a la entrada. Estaba vacío su fusil. Cambió de arma con el cabo Pinedo y ordenó al guardia Romero que llevara al herido por la parte posterior. Las seis y cinco. Sólo el guardia Fernández detenía la aproximación de los terrucos. "Salvo a mi cabo y regreso por usted, mi teniente", propuso el guardia cajabambino. Cieza negó con la cabeza. Otra vez demandaban rendición por un megáfono. "Sálvese usted también, es una orden", dijo Cieza. Ni siquiera tenía cartuchos para dejar, el guardia Romero. Había sido el único defensor armado con un FAL y una cacerina doble casi agotada.

Fernández calculó que quedaban diez cartuchos en el último cargador de su AKM. A la luz blanca de una mañana desabrida pudo ver que pululaban atacantes por los techos y al fondo de la Plaza de Armas. Se volvió en busca de órdenes. La mirada de Cieza mandó partir. Tendría que auxiliar al guardia Rojas en la peligrosa retirada por el patio. El balazo le había descolgado un brazo. Se le veía pálido, demacrado por el dolor y la hemorragia. "Fernández, encárguese de Rojas." La voz del guardia teniente ya nunca capitán no admitía réplica. Rápido. Detrás del almacén había una ventana por la que aún podrían pasar a los predios de don Julio Campos. Les daría escondite hasta que se fuera el MRTA. Buscaba un nuevo emplazamiento, Jorge Cieza Lachos. Los atacantes querían entrar al asalto. Tiró dos veces del gatillo y dos detonaciones los hicieron retroceder. No se rendía la Guardia Civil.

Un rato antes de las seis, los defensores de Electro Oriente escaparon por las huertas. Los republicanos que defendían ENTEL se escabulleron hacia el campo de aviación. No tenía sentido defender la estación del satélite, con una antena despedazada a balazos. Juanjuí quedó sin electricidad, incomunicada. No quedaban autoridades políticas. En la Jefatura Provincial de la PIP se encharcaba la sangre. Quedaban cinco defensores, baleados dos de ellos. El comandante Castro ordenó a los ilesos que cada uno sacara a un herido, mientras él lanzaba granadas de fragmentación por una ventana. El capitán PIP Pérez Irureta se hizo cargo del teniente Gil Agurto, que tenía una clavícula destrozada por un proyectil de FAL. El teniente PIP Cordero

Galoso salvó al SO2<sup>a</sup> César Calderón Bazán, que dejó tras de sí una caudalosa huella de sangre. Repliegue. No les quedaba un solo cartucho para los AKM. Último salió el comandante Hugo Castro Morán, que iba dejando explosiones de granada para demorar a los subversivos. Replegarse. No pierdan sus armas. Cuiden a los heridos.

Rápido, más rápido. Juanjuí se derrumbaba, caía en poder de la columna subversiva.

Nadie había llegado en su auxilio. La gente seguía encerrada en sus casas. Sólo por Juanjuchillo y cerca del embarcadero se juntaba el populacho a escuchar arengas revolucionarias.

Desde el interior de la Subcomandancia de la Guardia Civil apenas se escuchaban los tiros de un fusil solitario. Jorge Cieza Lachos no se había rendido. Cada vez que intentaban acercarse a la puerta, los tiroteaba con el AKM de Pinedo. De guardia a teniente y ya nunca a capitán, estaba parapetado detrás de la pared de ladrillo entre el patio posterior de la Prevención, los calabozos y los dormitorios laterales. Las seis y veinte de la mañana. Casi dos horas habían transcurrido. Por puerta y ventanas entró entonces una descarga cerrada de fusilería. El guardia Romero había dejado al cabo malherido en casa de don Julio Campos y volvió en ayuda de Fernández. A su vez Fernández vio al teniente Cieza con la plegada bandera de la Subcomandancia en una mano y su pistola belga en la otra. Retrocedía a saltos de un solo pie, con el pantalón verde olivo roto por un balazo a la altura del muslo. Se encontraron sus miradas. La de Fernández decía "ya voy por usted, mi teniente". La de Cieza ordenaba evacuar a los heridos y salvarse.

Muerte azul, de mañana muerte casi alegre, puertas al fin abiertas para llevarse lejos de los vientos largos y sus remolinos de polvo que aullaban mensajes indescifrables. Sintió que se le acercaban los espectros de antes y de después, quienes esperaban su tiempo para nacer y después morir, azules bajo mañanas que aún no habían amanecido. Pues se reunían todos en la esfera final de un tiempo que no necesitaba explicación, hasta verse y seguir el mismo rumbo, satisfechos de haberse separado de la soledad humana. Azul soleado la muerte en Juanjuí, ya no quedaban cartuchos en su AKM. Se retiraba Cieza con el arma vacía cuando vio el pabellón de la Subcomandancia abandonado en la Prevención. No era más que un rectángulo de tela

con el escudo nacional, en el que una gruesa cornucopia derramaba caudales imaginarios, una bandera simple y llamativa, tres franjas de color que vestían a su pobre país desde los Andes hasta la inmensa llanura boscosa del Amazonas: rojo, blanco; blanco, rojo. Podía ser símbolo de un pueblo, memoria de mártires del pasado y también un pobre trapo vencido o un trofeo que exhibirían los terrucos. Así que Cieza regresó por ella, bandera de la Guardia Civil del Perú. Rojo, blanco, rojo, un escudo, la identificación de la 76<sup>a</sup> Comandancia, Tercer Sector, Juanjuí. No la soltó cuando le dieron el tiro en la pierna izquierda. No necesitaba otra confirmación de su destino. Había llegado a la primera mañana de su muerte.

Tiempo vencido. Muerte matadora, al menos Cieza no quería entregarse: tendría que asesinarlo.

Se daban encuentro en viejos campos de batalla y en tumbas frescas, a través de la niebla de las épocas cumplidas y del vapor de la sangre acabada de derramar, los que habían aprendido a morir y quienes aún se resistían a no ser lo que creían haber sido siempre, los aturdidos principiantes y los ángeles viejos, la multitud de cadáveres reciclados por la madre naturaleza que separaba elementos para devolver cada dosis de energía a su dimensión original, ahí donde Cieza esperaba a Cieza, el punto de encuentro entre el pasado y el final inmediato, no un distante porvenir sino cuanto había empezado a suceder, la vida por ser vivida ahora mismo, el final pendiente. Pues de pronto comprendía que no había sido uno sino una sucesión de muchos, cada mañana un ser distinto aunque parecido al de la víspera, conectados en su totalidad por la memoria y la voluntad de continuarse, cada quien necesitado de sí mismo, verdadero amor original que se contemplaba en el espejo de la existencia. Llevó un inventario de las sensaciones finales, el calor de la sangre saliéndosele por el balazo, las ondas de dolor continuo y circular exhaladas por la profundidad del agujero y el otro dolor profundo, que se extendía por los hilos de una médula astillada hasta componer un cierto laberinto que coincidía con su propia forma en el espacio turbio de la agonía acabada de inaugurar. Tuvo que dar una pierna por perdida mientras buscaba refugio en la sección de los oficiales. Entonces recibió un segundo balazo que le cruzó el cuello a ras de la oreja izquierda, justo por detrás de la articulación de sus mandíbulas aunque sin herir las vértebras ni abrirle la yugular. Muerte matadora, lo iba despedazando

sin que aflojase la mano con la pistola belga que volvió a disparar, echando al enemigo que había entrado a la Prevención. Quiso gritar y para qué. Había hablado con sus hechos, Jorge Cieza Lachos, un hombre como cualquiera. A la luz total de las seis y veinticinco podía ver los ojos de sus enemigos apuntándole al cuerpo, sus ganas de matar, también sus miedos.

*Sintió que la tocaban, Carmen Rosa. Le daban alcance una respiración, un pensamiento. Las seis y veintiocho. Supo que mataban a su marido.*

El único callejón estrecho en el que Cieza podía plantarse a combatir con sus últimos cartuchos era el corto pasaje que daba al baño de los guardias. Por ahí retrocedió el teniente final mientras incrustaba el segundo cargador de su pistola. Llevaba la bandera de la 76ª Comandancia plegada y protegida por su cuerpo, entre el cinturón y la camiseta de faenas militares mojada en sangre, agregando rojo arterial al rojo y al blanco, rojo. Entonces vio un agujero en el techo de calamina. Otros habían abierto esa vía de escape a fuerza de culatazos. Oyó que al fin entraban los atacantes, buscándolo. "Que no escape", gritaban. "Hay que juzgarlo." Hasta los bandidos jugaban a Dios. Cieza calculó la distancia del salto, no para irse sino para esconder su bandera. Ya le habían matado una pierna. El balazo al cuello le impedía mover la cabeza. La primera mañana de su muerte: faltaban minutos. Seguían su rastro de sangre, protegiéndose en las esquinas pues habían aprendido a respetar la obstinación de sus disparos. Con un supremo esfuerzo logró subir Cieza, empujándose hasta esconder el pabellón sobre las calaminas. Resbaló después a las baldosas viejas, pintando con sangre la pared blanca.

Vio entonces a los Cieza reunidos siempre a destiempo, el padre joven, los hijos como serían después, a Carmen Rosa esa mañana y él mismo cuando empezaba a ser hombre, acabado de partir de Chota, con uniforme de guardia antiguo, sus parientes desencontrados, su madre vieja y el suegro como había sido al conocerlo, su hijo Jorge Enrique al acabar el colegio, Cinthia Lorena casi mujer, todos venidos de épocas distintas para su último retrato de familia. Esta vez Cieza estaba al centro, sonriente, posando con cierta solemnidad, permitiendo ser fotografiado por sus propios ojos de muerto inmediato, a plazo fijo.

Quedaba un minuto.

Dio tres pasos de un solo pie por el pasillo, reclinado en una pared para alzar con pulso de piedra la mano y la pistola. Entró un terruco y Cieza disparó. Otro enemigo metió el cañón de un FAL y soltó un chorro de balazos. Ninguno dio en Cieza pero fragmentos de rebotes llenaron su rostro de lastimaduras, así que demoró en ver al siguiente, que entraba con un lanzador de cohetes. Aún quiso tirar del gatillo. La última mañana sin pan fresco ni buenos días, ni hijos rodeando el desayuno, ni sol alumbrando el canto de las aves. Menos de un segundo y aún existía la eternidad. Un fogonazo inmenso se le acercó. Todavía escuchó el trueno horrendo del instalaza que estallaba en el centro mismo de su cuerpo.

Las seis y treinta en punto de la gloria. Y ya no importaba más a nadie qué hora podía ser...

## Una historia que no acaba...

Los tabloides de Lima dedicaron sus primeras planas a las campeonas mundiales de voleibol. El regreso de las deportistas achicó y hasta borró la pobre historia del Huallaga. Un importante matutino se acordó de ella en un rincón de la página uno, con un titular estrecho que decía: "Anoche murió un policía en Juanjuí." Mencionaba al teniente Jorge Cieza Lachos en el tercer o cuarto párrafo. Otras publicaciones ni siquiera dieron su nombre. Demasiados nombres tenía el Perú entonces para que entrasen en una sola lápida. Guardia desconocido convertido en teniente, no se le hizo efectivo el ascenso a capitán pues había muerto antes de tiempo. Semanas después recibió el ascenso póstumo de los caídos en un acto de servicio. Ya lo habían enterrado de teniente.

El momentáneo héroe de Juanjuí para la prensa nacional y mundial fue Víctor Polay, el misterioso Comandante Rolando, quien se dejó identificar y luego entrevistar por enviados especiales de los medios de Lima, cuyos informes rebotaron al extranjero. Polay era noticia. Al mismo tiempo el MRTA distribuía su propio video de "la liberación de Juanjuí" en varios idiomas.

Mientras Polay y el MRTA alcanzaban el estrellato, tardíos despachos informaban en los diarios que las fuerzas policiales habían salido en estampida, entregando Juanjuí a los sediciosos.

El Presidente de la República recibió a las voleibolistas en su palacio. En el Congreso pedían medallas y recompensas para ellas. Ninguna autoridad política tuvo la ocurrencia de visitar a los heridos en el Hospital de Policía en Lima o de asistir al funeral del teniente Jorge Cieza Lachos.

Llegó a Lima en una bolsa negra en un Búfalo enviado por la DIPA desde la base de Santa Lucía.

Don Enrique Quiroz fue a recibir los restos de su yerno. Representaba a la familia. De Panamá volvía el teniente coronel Carlos Cieza Lachos, aunque tarde para asistir al entierro de su hermano. El calor de la selva había malogrado lo que quedaba del héroe.

La mañana del 6 de noviembre, el guardia José Fernández había regresado a la Subcomandancia desde la propiedad de don Julio Campos. Ya estaba muerto el teniente. Fernández se introdujo dos veces al almacén para salvar cartuchos sueltos y granadas de fragmentación.

En la Subcomandancia de la Guardia Civil el MRTA sólo encontró ocho fusiles AKM, aparte de mucha sangre y un oficial muerto, que había rehusado rendirse.

Ni un prisionero le tomaron a la Guardia Civil. Ilesos o heridos, los defensores se habían llevado su armamento. Por el suelo quedaban mil cartuchos quemados en tres horas de combate.

El MRTA no pudo capturar el pabellón de la 76ª Comandancia de la Guardia Civil, Tercer Sector, Juanjuí.

El guardia Fernández escapó nuevamente al escuchar que los atacantes llamaban a reunión para un juicio popular.

La explosión de un instalaza no mató al cabo de la Guardia Republicana Oswaldo Lozano. Quedó sordo e inconsciente. Despertó con los pulgares atados a la espalda, junto a Reátegui y al suboficial PIP Ártica, únicos prisioneros del MRTA. Al rato los llevaron a la Plaza de Armas. Se turnaban los jefes subversivos para despachar discursos a una multitud en parte reunida a punta de pistola. "Aquí los tienen", se oyó al Comandante Rolando, "ni siquiera han defendido Juanjuí. ¿A quién fusilamos primero?" Los pillastres del embarcadero señalaron al suboficial Ártica. Rolando insistía: "¿No hay nadie que los defienda?" Entonces apareció el Padre Pepe, respetado párroco que se atrevió a preguntar: "¿Y quiénes son ustedes para juzgar a estos hombres?" El

populacho bajaba los ojos. Polay prefirió entregar los prisioneros al Padre Pepe, que los llevó de inmediato a la iglesia de La Merced.

Un rato antes de las nueve, el MRTA llamó al saqueo de lo que quedaba en las propiedades estatales. Mientras una turba arrancaba hasta los cordones eléctricos y los sanitarios de las jefaturas provinciales y los juzgados, el MRTA hizo empujar los vehículos de la DINTID a la pista de aterrizaje, donde fueron incendiados.

El guardia Marlon Jerry Garay seguía oculto en el techo de "El buen amigo". Su propietario, don José Campos, lo hizo bajar para darle ropas civiles. Garay ocultó su fusil en la huerta y escapó por los patios hasta su pensión. Ahí encontró a otros dos guardias civiles escondidos. Confirmaron la fuga de las autoridades políticas. Ni siquiera habían avisado a Tarapoto. Decidieron arriesgarse a caminar hasta el centro comunitario de La Merced, donde había teléfonos. No funcionaban.

A las nueve y cuarenta inició su retirada el MRTA. Cargaba un valioso botín de armas y dinero. Garay fue al Hospital de Apoyo, donde aún existía la radio del Ministerio de Salud Pública. Se topaba por las calles con saqueadores cargados de muebles y cuanto habían encontrado de valor en los almacenes de la policía. Encontró a un capitán informando a la jefatura de Moyobamba. El MRTA se iba al norte por la Marginal, para tomar el desvío a San José de Sisa. Después, al monte.

Garay se dirigió a la Subcomandancia. Hasta las puertas habían sido arrancadas durante el saqueo. Ni siquiera habían perdonado los casquillos vacíos abandonados en el suelo sucio de sangre. Era el primero en volver, el guardia Garay. Un olor a muerte lo atrajo a los dormitorios. Sólo en ese pasadizo quemado por la explosión de un cohete se había detenido la turba. Al fondo se veía lo que quedaba del guardia llegado a teniente y ya nunca a capitán Jorge Cieza Lachos.

Lo había agujereado el instalaza, hasta volarle casi la totalidad del torso. Se le veía cabeza y cuello, una parte de los hombros y sus brazos. Abajo, un pedazo de cadera reuniéndole las piernas, la izquierda baleada. A pesar de todo, la explosión y el balazo a ras de las mandíbulas, mostraba una expresión de rara serenidad intacta, con los ojos abiertos y la boca entreabierta, no caída sino mostrando sus dientes superiores, como si quisiera sonreír. Una restregadura roja en la pared atrajo la atención de Garay. Tenía que ser la huella de un cuerpo aún entero y ensangrentado, resbalando de regreso. El hueco abierto en el

techo había servido para desfogar la explosión, de modo que el resto de calaminas seguía en su lugar. Subió Garay pensando que tal vez el teniente había escondido un fusil. A medio doblar, empapado en la sangre del teniente, encontró el pabellón nacional que pertenecía a la 76ª Comandancia, Tercer Sector en Juanjuí.

El guardia Garay recobró el pabellón. Estaba a solas con su teniente. Por un segundo le pareció que Jorge Cieza Lachos aún no había partido, que ahí quedaba algo de su vida. Se inclinó respetuosamente y le cerró los párpados para que al fin pudiera descansar. Después lo cubrió con la bandera de la Guardia Civil.

Nadie habría de contar su historia, hasta este libro. Como otros caídos por su país en los últimos treinta años, Jorge Cieza Lachos era uno de muchos demasiado numerosos para que sus nombres fuesen escritos en esa lápida nacional en la que sólo se lee:

LA PATRIA AL POLICIA DESCONOCIDO.

Once años después, se puede agregar su nombre y las siguientes palabras:

GUARDIA ASCENDIDO A TENIENTE JORGE CIEZA LACHOS

DEFENSOR DE JUANJUÍ.

MUERTO POR AMOR A SU PATRIA.

VIVO EN LA MANSIÓN DE LOS HÉROES